

R402220



LA MANZANA DE ORO.

DAU

12955

II

T. 5441

Victor Enseñat

LA

MANZANA DE ORO,

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ SELGAS.

VICTOR ENSEÑAT

II.

MISERIA HUMANA.

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ,
calle del Carmen, 13.

PARÍS,
LIBRERÍA DE D. FRANCISCO BRACHET,
8, rue de l'Abbaye.

1872.

MISERIA HUMANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

¿Qué será.....?

Ya sabemos cómo se habían cruzado las primeras miradas y las primeras sonrisas entre Miguel y Magdalena, entre el presunto millonario y la futura duquesa; ó lo que es lo mismo, entre el *corrector de pruebas* y la costurera ó la modista; en fin, entre el amigo de Matusalem y la hija de Juana; y ahora debemos esperar que se crucen entre ellos las primeras palabras, que regularmente serán palabras casi vacías de sentido, pero de

cualquier modo llenas de amor, de ese amor espontáneo que se siente... válgame Dios... sin saber qué se siente.

Miguel habia experimentado el deslumbramiento de esa admiracion que á primera vista causa la hermosura, y se habia dicho á sí mismo muchas veces..... «¡Qué hermosa es!»

Despues habia observado que la mirada de la vecina resplandecia con una luz tan pura, que le parecia imposible sentirla sin adorar en ella á un alma desnuda de toda malicia..... Es claro, la hacia tan hermosa de alma como de cuerpo.

Todo pensamiento grosero se disipaba ante aquellos ojos de un azul profundo, de un azul misterioso, de ese azul que muestra el cielo en las noches serenas, poco despues del crepúsculo, sobre la tibia atmósfera de los climas meridionales.

Parecia que por aquellos ojos miraba un ángel.

Muchas veces habia sentido Miguel las miradas provocativas de las mujeres que llevan en los ojos ó la vanidad impertinente de

sus atractivos, ó una curiosidad equívoca, ó lo que es peor, la expresion descarada de una sensualidad vergonzosa.

Estas miradas complacen mucho á los hombres, porque, al fin, para los hombres vulgares una mujer sin decoro es siempre un hallazgo, y francamente y con permiso del principio de la soberanía popular, debo añadir que el vulgo está en todas partes en mayoría.

La honestidad de las mujeres tiene dos grandes enemigos en los ojos, aunque los ojos sean pequeños.

Miguel habia encontrado muchas de esas mujeres, mejor dicho, muchas de esas miradas, sin dejarle más impresion que la del momento, tan fugitiva como la mirada misma.

Su corazon era una especie de vagamundo, que iba de una parte á otra sin fijarse en ninguna; las mujeres feas no le gustaban, y las mujeres hermosas le parecian fátuas.

Allá en el último rincon de su alma se habia él forjado un mundo imaginario, cuya realidad no encontraba por ninguna parte, y

se vengaba de esta crueldad de su suerte burlándose de la realidad de todas las cosas.

Nada le parecía tan ridículo como un hombre enamorado; para él el amor era la luz, y enamorarse, según lo que tenía observado, era cerrar los ojos, más aún, quedarse ciego.

« Todo hombre, se decía, encuentra siempre una mujer que lo quiera; esto está demostrado: tiene mujer hasta el verdugo.

» Novio: hé ahí una posición abierta para todos los hombres; porque toda mujer, desde que lo es y antes de serlo, sueña con un novio, y este novio puede ser cualquiera.

» Marido: hé ahí una cosa mucho más fácil que ser pobre, que ser tonto, que ser malo, porque todas las mujeres quieren casarse.

» Supongamos, añadía, que yo soy el hombre más hermoso de la tierra; mi vanidad de estatua estará siempre satisfecha, las mujeres se disputarán mis obsequios, querrán dominarme, encadenarme, poseerme.

» Supongamos que hay alguna que toma por amor de su alma el alucinamiento de sus sentidos; supongamos que yo creo en esa

pasion de perspectiva. Nada faltará á mi felicidad, esa mujer cerrará los ojos para no ver nada más que á mí.

» Hé ahí un amor profundo, inmenso, que duraria todo lo que pudieran durar los frágiles encantos de mi persona.

» Disipada la perspectiva se desharia la ilusion óptica.

» Dejaria de ser hermoso, lo cual sería lo mismo que dejar de ser querido.

» Así adoran las mujeres sus joyas, sus adornos, sus dijes.

» Sed ricos y deslumbraréis con vuestros millones, y las mujeres adorarán vuestra opulencia.

» Un hombre rico es siempre un tesoro para cualquiera mujer..... hambrienta.»

Así discurría este soñador de veinticinco años, deduciendo estas dos consecuencias: «No quiero ser hermoso, ni quiero ser rico.»

Sin embargo, respecto á la segunda consecuencia habia variado de parecer. Ya sabe el lector que hubo un momento en que se abrió su alma al deseo de ser rico; pero aque-

llos millones amontonados sobre una cuartilla de papel se los llevó el aire, y debemos decir que ya no volvió á pensar en semejante cosa.

Respecto á la decision de no ser hermoso, se mantenía firme en ella; mas la portera, con sonrisa bastante maliciosa, habia observado que el pobre muchacho ponía más cuidado en vestirse; lo habia sorprendido muchas veces haciéndose el lazo de la corbata, sirviéndose de los vidrios de la ventana como de un espejo.

Un dia lo vió bajar y se le quedó mirando. Miguel se detuvo en el último descanso de la escalera, y dijo:

—Le conozco á V. en la cara que va á soltar alguna tontería.

—¡Válgame Dios! exclamó Gertrúdis santiguándose, lo que es hablar á tiempo; casualmente lo estoy mirando á V. y no tengo nada que decirle.

—¿Nada? ¿Absolutamente nada?

—Nada.

—De manera que hoy podré salir á la calle sin sufrir el registro de esa aduana que

contra mi equipaje tiene V. establecida en su portería?

—No sé lo que es eso de aduana ni de registro; mi obligacion es ver quién entra y quién sale, y yo no tengo la culpa de que usted no sea invisible.

—Pero, portera insoportable, ¿me quiere V. hacer el favor de decirme qué especie de inspeccion es ésta que V. se obstina en ejercer sobre mí?

—Es cosa de desesperarse con este hombre. Vaya una manía. Se viste, se acicala, se peina y se perfuma como una señorita, y no quiere que yo lo note. ¿Qué mal le hago yo en advertir que se va volviendo otro?

—Sin duda V. quisiera que yo anduviera siempre hecho un Adan, raído, destrozado, en cueros.....

—¡Ave María purísima! Usted es el que parece empeñado en que yo no lo vea nunca vestido.

—Pero bueno. ¿A V. qué le importa que yo me vista, y me asee, y me acicale, y me peine, y me perfume?

—¿Y á V. qué le importa que yo repare en ello?

—Vamos á ver. ¿Le robo yo á álguien mis pobres vestidos?

—Vaya una salida..... Pero dígame usted, ¿mis ojos no son míos? ¿Le quito yo á nadie la luz con que veo?

—No bajo vez por esta escalera que no me la encuentre á V. ahí : apénas me ve empieza á sonreirse, y en cuanto empieza á sonreirse empiezan á llevarme á mí todos los demonios.

—Debe ser así, porque sale V. siempre echando chispas, y en cuanto pone el pié en la baldosa de la calle alza la cabeza y mira al cielo como si quisiera buscar la mirada de algun ángel.

Miguel bajó los ocho escalones que lo separaban de Gertrúdis, se acercó á ella y le dijo en voz baja :

—¿Cuándo ha visto V. eso, demonio de mujer?

Gertrúdis acercó la cara al oído de Miguel, y parodiando el ademan trágico de éste, le contestó tambien en voz muy baja :

— Eso lo veo yo todos los días.

— Pues señor, este es un espionaje insufrible. Yo no puedo cepillarme el pantalón sin que la señora Gertrúdis no lo note. No puedo ir limpio sin que me diga: «Bueno, esta semana ya van tres camisas.» Si me abotono la levita, es que quiero lucir el talle; si la llevo suelta, es que quiero lucir el chaleco. ¿Le parece á V., señora, que un ciudadano en un país civilizado puede vivir mucho tiempo bajo el imperio de semejante estado de sitio? ¿Quién le ha concedido á usted la facultad extraordinaria de vigilarme de ese modo? ¿A qué viene este estado excepcional en que me tiene? ¿Es V. una portera, ó es V. un agente de policía? Reclamo la integridad de mis derechos constitucionales; V. me la devuelve ó yo emigro. Quiero vestirme sin que V. lo note; quiero entrar y salir sin que V. repare en ello; quiero vivir, en fin, sin que V. se meta, como Pedro por su casa, en el hogar doméstico de mi vida.

Gertrúdis se santiguó diciendo:

— Bendito sea Dios, habla V. como un

periódico, y así es que no dice V. más que desatinos. ¿No es V. mi huésped?

— Sí señora.

— Pues tengo que saber lo que come, lo que viste, lo que duerme. ¿No soy yo la portera de esta casa? Pues tengo que verle cuantas veces éntre y cuantas veces salga.

— Pues esa ama de huéspedes es insufrible, y esa portera insoportable.

— Bueno; pero no es eso todo.

— ¿Qué más hay?

— Hay, que yo lo miro á V. como á un hijo, y sé hasta lo que piensa.

— ¿Y qué pienso yo, señora Gertrúdis?

— En este momento piensa V. que esa levita que lleva le cae muy bien; que esa corbata azul realza la blancura de su cuello; piensa V., en fin, que va hecho un guapo mozo.

— ¿Y de dónde ha sacado V. eso?

— ¡De dónde!.....

— ¡Sí señora! ¿de dónde?

— ¡Pues aunque yo estuviera ciega!

— ¿Y qué ve V. en mí para hacerme víctima de semejante calumnia?

—Veo que quiere V. agradar; que quiere V. parecer bien. Esto no tiene nada de particular para que haga esos gestos y se ponga tan furioso; pero, amigo mio, esto es nuevo; V. no era así ántes, y.....

Miguel se cruzó de brazos con la calma desesperada de un héroe de tragedia, y Gertrúdis se detuvo mirándole con una sonrisa muy natural, pero muy burlona.

Miguel le dijo:

—Prosiga V., señora, prosiga V.; porque estoy dispuesto á beber hasta la última gota del veneno que destila esa lengua de víbora. Prosiga V., prosiga. Yo soy Sócrates y V. es la cicuta.

—Dios sabe quién será ese Sócrates y quién será esa Cicuta.

—Sócrates era un filósofo, dijo Miguel.

—Pues no diga V. más; entónces, la Cicuta debia ser alguna perdida; por el hilo se saca el ovillo.

—Señora, la cicuta es el veneno que le hicieron beber á Sócrates.

—Lo mismo me da. El caso es que V. no era así ántes; decia V. que era eso..... filó-

sofo, y ensartaba V. cada disparate que cantaba el credo. Decía V.: la belleza es..... no me acuerdo; es..... Jesus, lo tengo en la punta de la lengua.....

—Pura perspectiva.

—Eso es, perspectiva.

—Y lo mismo que lo decía lo digo; sí señora; la belleza es un conjunto de adornos más ó ménos armonioso; una combinación de pormenores fugitiva; un poco de polvo brillante que el más ligero soplo se lleva.

—Y bien; ¿y qué?

—¿Qué? Que á las mujeres se las puede permitir que sean hermosas y que quieran serlo; pero al hombre sólo le es permitido ser hombre.

—No entiendo ni una palabra de lo que está V. diciendo; el hombre debe ser hombre y la mujer mujer: esto es claro, así lo ha dispuesto Dios; pero ¿qué mal encuentra V. en que la mujer sea hermosa y el hombre no sea feo?

—El hombre, señora Gertrúdis, como no sea un monstruo, es siempre hermoso;

porque siempre tiene la gallardía de la fuerza, la belleza de la inteligencia.

—Vaya una noticia. De manera que para ser hombre es preciso tener muchos puños y mucha cabeza.

Miguel se sonrió, y dijo:

—Eso mismo.

—Pues allí tiene V. á su hombre, exclamó la portera señalando hácia la calle, en la cual se veía apoyado sobre la pared una masa humana al parecer, cuya enorme cabeza desaparecía bajo las inmensas alas de un sombrero informe.

La figura que la señora Gertrúdis señalaba á Miguel como el tipo, digámoslo así, de su bello ideal, era un mozo de cordel.

Miguel se encogió de hombros; figura retórica con la cual quería decirle: es V. imbecil.

En aquel momento se dibujó en el cuadro de la puerta una figura de mujer, que volvió la cabeza como quien trata de averiguar si álguien la sigue; se detuvo vacilando sin saber qué hacer, hasta que al fin, decidiéndose, salvó con graciosa ligereza el portal

que se levantaba sobre la acera de la calle, y entró diciendo con voz agitada y temblorosa :

— ¡Señora Gertrúdis, señora Gertrúdis!

No habia mucha distancia desde el pié de la escalera hasta la puerta de la calle, pero la portera notó en el acento de la voz que la llamaba tal urgencia, que se adelantó á su vez exclamando :

— ¡Qué es, hija mia! ¡qué ocurre!

La portera llamaba así á una preciosa criatura modestamente vestida, pero que á cualquiera le hubiera parecido una gran señora que habia tenido el capricho de vestirse humildemente.

Habia en su persona lujo de belleza.

Se veian reunidos en ella, por un gracioso capricho de la edad, los encantos de la niña y los atractivos de la mujer.

Notábase en su aire y en todos sus movimientos esa elegancia que la moda busca con volubilidad incansable y que la naturaleza guarda en la misteriosa caja de sus secretos con impenetrable sigilo para sus hijos predilectos.

La sencillez de su traje rayaba en pobreza, y sin embargo, aquel conjunto respiraba lujo.

Todos los pormenores estaban escogidos, de manera que al verla nadie podía decir: «Quiere y no puede.»

Más bien podía decirse: «Ni puede ni quiere.»

El lujo es la pasión de las mujeres. Por ahí se las ve, desde las más humildes hasta las más soberbias, desde las más pobres hasta las más ricas, arrojando á los ojos de la turba que las admira, la confesion de un deseo ardiente jamas satisfecho.

Todas van diciendo: «No tengo bastante.»

«No tengo bastante», es una frase que necesita ser traducida para la completa inteligencia de aquellos lectores que no hayan aprendido todavía á traducir su propia lengua.

«No tengo bastante», es lo mismo que decir: «¿Quién me compra?»

Detras del lujo está la miseria, como detras de los ojos están las lágrimas.

No tengo bastante, dicen todas; pues bien, la hermosa criatura á quien Gertrúdis acaba

de llamar «hija mia», parece que dice: «Todo me sobra.»

Miguel permanecía al pié de la escalera contemplando con particular atención aquel semblante risueño y triste á la vez; aquella boca pronta á sonreirse, aquellos ojos prontos á llorar.

La pregunta de Gertrúdis habia quedado sin respuesta; así es que volvió á preguntar:

—Pero ¿qué es, hija mia? ¿qué ocurre?

—Que soy muy desgraciada, dijo la *niña*, y sus párpados se cubrieron de lágrimas.

En este momento vió á Miguel, que la contemplaba, y en el que no habia reparado todavía, y entónces la *mujer* recogió apresuradamente sus lágrimas, quiso sonreirse y añadió:

—Nada; ¿qué ha de ser? que soy una loca.

La señora Gertrúdis le cogió la mano, y dijo:

—Bueno; serás una loca, pero estás temblando.

—¡Tiemblo! Sí, es posible. No tiene nada de particular. ¡He venido tan deprisa!

—Pues entra aquí y descansa; beberás un vaso de agua con azúcar, que te sentará muy bien; me parece que tienes la boca seca.

—Sí, un poco.

—Entra, entra.

Y diciendo y haciendo, la portera la empujaba hácia el estrecho chiribitil, desde donde vigilaba la entrada de la casa, merced á un ventanillo hábilmente abierto, y desde el cual se veía desde la puerta de la calle hasta el primer descanso de la escalera.

Este chiribitil, arrinconado debajo del segundo tramo de la escalera, tenía sobre el ventanillo un magnífico letrero, en el que era imposible no leer la palabra *Portería*.

—Vamos, entra.

—Es que.....

—¡Qué!

—Que es tarde.

—Más tarde será mañana.

—Pero.....

—Tengo curiosidad por ver lo que traes en ese lío.

—¿En este lío?

—Sí, en ese lío; yo tengo obligación de

enterarme de todo lo que sale y entra en la casa.

— Son unos encajes.

Al decir esto volvió la cabeza hácia la puerta de la calle, en la cual debió ver algo, porque empujando entónces ella á Gertrúdis, dijo con notable precipitacion :

— Sí, sí; entraré; estoy cansada; el vaso de agua me sentará muy bien, y verá V. los encajes; son magníficos, es cosa muy rica.

Y apartó á Gertrúdis y se entró en la portería, pasando por delante de Miguel sin levantar los ojos.

Miguel la siguió con la mirada, y sin saber quién hablaba dentro de sí mismo, sintió como en el fondo de su alma una voz que le decia :

— « Parece que se esconde. »

Gertrúdis se quedó suspensa un instante, se mordió el labio inferior, y se entró en su chiribitil diciendo :

— Sí, veamos los encajes.

Al mismo tiempo se hacia con el pensamiento esta pregunta :

« ¿ Qué será.....? »

CAPÍTULO II.

Malo..... Malo..... Malo.....

No se veían más que dos sillas en el *chiribitil* de la portera: sin duda alguna eran pocas, pero la verdad es que no cabían más; por consiguiente, no debemos atribuirlo á la escasez de sillas, sino á lo reducido del espacio.

Ademas habia sido preciso partir la miseria del terreno con otros dos muebles indispensables: eran éstos una pequeña mesa de pino blanco con honores de costurero, que servia á la señora Gertrúdis para hacer sus labores, principalmente para hacer calceta, por ser su labor favorita, y un armario estrecho y alto como la caja de un reloj, donde la portera tenía una bandeja con dos vasos, un papel con azúcar y una botella con

agua. La botella y los vasos pertenecian á esa raza de cristal que está tocando con el vidrio.

Algunas veces los ratones hubieran podido encontrar dentro del armario los restos seductores del almuerzo de la señora Gertrúdis, esto es, algunas migajas de pan y algunas cortezas de queso; pero la puerta del armario, maliciosamente entreabierta, podia dar paso de pronto á un enorme gato blanco y negro, que, insensible, por razones particulares, á los devaneos á que se entregan sus semejantes, se habia recluido voluntariamente en la portería, consagrando su vida á la persecucion de los ratones.

Semejante sorpresa, en medio de las delicias del banquete, hubiera sido para ellos un caso tan terrible como el del festin de Baltasar. Allí hubiera sido Troya, ó mejor dicho, allí hubiera sido Babilonia.

Más de un atrevido habia pagado ya con su vida el apetito desordenado con que los ratones aman al queso; y estas catástrofes, cuya sangrienta relacion debió correr de boca en boca, los hicieron más cautos, porque los

ratones, algo más avisados que los hombres, suelen escarmentar en cabeza ajena.

Sobre la pared, y enfrente de la pequeña puerta que daba entrada al *chiribitil*, dejaba ver sus rasgos confusos, más piadosos que bellos, una estampa de Santa Gertrúdis. Entre la puerta y el ventanillo, colgado de un clavo, pendía un espejo, en cuyo marco, de supuesta caoba, se encerraba un cristal fantástico, que alargaba los semblantes y ensanchaba las narices, torciendo á la vez las bocas y los ojos.

Quizá la señora Gertrúdis, que no era por cierto un prodigio de belleza, lo habria elegido así por pura coquetería; pues no pudiendo, al contemplarse en cualquier espejo, decir, como todas, «¡qué hermosa soy!», al mirarse en éste bien podía exclamar con certidumbre consoladora: «Bah..... yo no soy tan fea.»

Una vez dentro del *chiribitil*, abrió su armario, siempre entreabierto, llenó un vaso de agua, sumergiendo en ella un pilon de azúcar labrado, desnudándolo ántes de su funda de papel verde; al momento el agua comen-

zó á enturbiarse dulcemente, estallando en su superficie globos continuos de aire imperceptibles, que se escapaban del azúcar al deshacerse ésta en el fondo del vaso.

La señora Gertrúdis presentó la bandeja á Magdalena, la cual tomó el vaso con mano trémula, acercándolo tímidamente á sus labios, y el agua, sedienta de aquella boca fresca y sonrosada, menguó dos dedos en el vaso.

Por supuesto Miguel se habia quedado en el último peldaño de la escalera, inmóvil como una estatua y sin saber qué hacer, porque su voluntad, partida en dos voluntades, le decia por un lado «véte», y le decia por otro «espera.»

Las dos mujeres que acababan de entrar en la portería lo traian y lo llevaban de ese modo, la señora Gertrúdis empujándolo hácia la calle, y Magdalena deteniéndolo al pié de la escalera. Por primera vez de su vida sintió el deseo de ser invisible para no estar allí y no irse, esto es, para poder ver á la vecina sin que á él pudiera verlo la portera.

Aquel hubiera sido el tercer encuentro del *idilio*, en el que, despues de las primeras miradas y de las primeras sonrisas, hubieran venido las primeras palabras; mas su imaginacion poética no habia contado con el inconveniente prosaico de la señora Gertrúdis; así es que miéntras no acertaba á decidir otra cosa, se entretenia en maldecirla porque le obligaba á irse, si bien allá en el fondo de su corazon la bendecia, porque al fin y al cabo Magdalena habia entrado allí en busca de la portera, y él habia podido verla de cuerpo entero; lo cual, por otra parte, no le hacia mucha gracia, en razon á que semejante visita era indicio seguro de que se conocian y se trataban al parecer con bastante intimidad, circunstancia que no le dejaria mostrarse afa-ble y fino con la vecina, ni siquiera le sería permitido admirar su hermosura, sin exponerse á que la señora Gertrúdis lo supiera, y en tal caso estaba perdido, pues se obstinaria con su implacable sonrisa y su burla sobona en hacerle creer que se habia enamorado como un tonto, y sería cosa de matarla..... ¡Enamorado él!..... ¡Él, que habia ju-

rado solemnemente no enamorarse nunca!...

En cuanto á la inquietud de Magdalena, se la explicaba fácilmente, atribuyéndola á la sorpresa que debió causarle su presencia, cosa que le parecia muy natural, habiéndoselo encontrado allí cuando ménos lo esperaba; y á pesar de todos sus propósitos y de toda su filosofía, no le era desagradable haber sido causa de aquel efecto, en cuyo caso debemos inclinarnos á creer que lo creia, porque le agradaba.

Toda esa confusion de cosas se agitaba en su cabeza, cuando advirtió que era preciso decidirse; y echándole á la señora Gertrúdis la última maldicion, salió con aire indiferente..... tan indiferente, que se detuvo en el portal un instante, como quien calcula la direccion que debe seguir; instante que bastó á Magdalena para ver y áun medir el gallardo talle del *corrector de pruebas*.

—Vamos, dijo la portera, á tí te pasa algo..... cuéntame, hija mia, lo que te pasa.

—Mi madre, dijo la costurera bajando la cabeza, ha querido hoy que salga sola á casa

de la señora..... una señora marquesa que no sé cómo se llama.

—Y bien. ¿Qué mal hay en eso? preguntó la señora Gertrúdis.

—Es que.....

Magdalena se detuvo sin acabar la respuesta, y la portera preguntó de nuevo:

—¿Qué?

—Que..... mire V..... que el hombre de los ojos grises me persigue.

—¡Diantre!..... ¿Y quién es el hombre de los ojos grises?.....

—¡Ah!..... un caballero.

—¿Caballero tenemos?.....

—Sí; mi madre dice que es muy guapo y muy rico.

—¿Y cómo has conocido tú á ese hombre?

—¡Cómo!..... Pues si va á mi casa todos los dias.

—Ya.

—Mi madre le hace muchos agasajos.

—Sí, ¿eh?

—Sí señora.....

—¿Y tú qué haces?

— Yo quisiera esconderme..... quisiera huir.

— ¿Por qué?

— Porque ese hombre me da miedo.

— ¡Miedo!.....

— Miedo y vergüenza.

— ¿Y te escondes?

— No.

— ¿Huyes?

— Tampoco.

— No te entiendo.

— Es que mi madre no me deja huir y no me deja esconderme.

— Entónces..... ¿qué haces?

— Nada.

— Cuando no hacemos nada, dijo la señora Gertrúdis, no sabemos hacer cosa buena.

— Yo estoy allí.

— ¿Allí?

— Claro.

— Y bien.....

— Él habla.

— ¿De qué?

— De todo.

— ¡Mira qué hablador!

-
- Dice cosas muy raras.
- ¡Ave María!.....
- Como V. lo oye.
- ¿Y qué dice?
- ¡Oh!.....
- ¿Dice..... oh?.....
- Vaya..... es muy retumbante.
- Algo más dirá.
- Sí dice.
- ¿Qué?
- Antes de ayer, guiñándole un ojo á mi madre, me dijo: *Je t'ame*.
- ¿Y qué es eso?.....
- Eso es frances.
- ¡Frances!.....
- Sí.
- ¿Te diria en frances que eres hermosa?...
Eso es verdad.
- No. *Je t'ame* en frances, quiere decir yo te amo.
- Pues mintió en frances.
- Es claro.
- Y tú, ¿qué le contestaste?
- Yo le dije..... *N'est pas possible*.
- ¿Tambien en frances?

- Sí.
- Quedo enterada.
- *N'est pas possible* es, no es posible.
- ¡No es posible!..... Pues, hija mia, dijiste en frances una tontería, pudiendo haber dicho en español una gran cosa.
- ¿Qué cosa?
- Ésta: «Caballero, por la puerta se va á la calle.» Así se habla en castellano.
- Eso quise decir.
- Sí..... pero no lo dijiste.
- Como estaba allí mi madre.....
- Tu madre no sabe frances.
- Es verdad.
- Y dime; cuando te dijo esa mentira, ¿le guiñó el ojo á tu madre?
- Sí señora.
- ¿Lo viste tú?
- Yo misma.
- Luego..... lo mirarias.....
- Lo miro sin querer mirarlo.
- *Malo*..... exclamó la señora Gertrúdis.
- Quiero decir, se apresuró á replicar Magdalena, que no lo miro con buenos ojos.

— Eso no es posible, hija mia, y vale más que no lo mires.

— Le aseguro á V. que no quisiera volver á verlo, que no quisiera haberlo visto nunca..... Cuando llama á la puerta lo conozco en el modo de llamar, y tiemblo; cuando se va respiro.

— ¿Y qué contestó tu madre á la seña de ese hombre?

— Cerró los ojos, apretándolos como quien dice: «Así, así; eso, eso.»

— Vamos á ver; y hoy ¿qué te ha sucedido?

— Hoy me han sucedido muchas cosas.

— Cuéntamelas.

— Pues mire V., esta mañana me hizo mi madre ir á casa de la Marquesa, que es una señora muy hermosa, que vive en una casa magnífica, y tiene muchos criados y gasta mucho lujo..... ¡Qué salones!..... ¡Qué alfombras!..... ¡Qué espejos!..... Su tocador es una cosa preciosa..... Junto al tocador tiene el cuarto del baño con dos grifos de bronce que parecen de oro, figurando dos amorcillos que aletean sobre dos ánforas, por donde cae el agua en una pila suntuosa de már-

mol blanco como la nieve, cruzado por venas de color de rosa; hay cuatro estatuas en los cuatro ángulos, que son Juno, Apolo, Vénus y Júpiter; el techo se cierra como una media naranja, y brilla con un resplandor azulado que parece el cielo. Yo no sé por dónde entra, pero se respira allí un aire tibio y perfumado como el de la primavera; hay jarrones con flores, una jardinera..... qué sé yo lo que hay allí..... Por supuesto, el pavimento es también de mármol, y hay además un gran espejo tan bien puesto, que la Marquesa puede verse perfectamente desde el baño..... La luz penetra por cristales de colores que dan á una galería, y bañan la estancia de modo que parece iluminada por el arco íris.

— ¡Hola, hola! exclamó la señora Gertrúdis, moviendo lentamente la cabeza. Advierto que todo eso te se ha grabado bien en la memoria.

— Ya lo creo, si aquello parece un rincón del cielo.

— Sí; pero vamos al grano. Fuiste á la casa de la Marquesa.

— Eso es; fuí á casa de la Marquesa á recoger estos encajes blancos para adornar un vestido azul..... La señora me recibió en su tocador, donde pude ver todo eso en un momento que me dejó sola. Al volver, traía en la mano la caja de los encajes, y examinándome atentamente de piés á cabeza, como si ántes no me hubiera visto bien, me dijo: «Tiene V. mi misma estatura y mis mismas carnes, y quiero ver el efecto de un traje, del cual no estoy completamente satisfecha.» Tiró de un cordon verde y blanco que caía por la pared junto al espejo, y sonó una campanilla que por el sonido parecia de plata, y en seguida apareció su doncella. Me hizo dejar el manto, y la doncella desató los cordones de mi bata. En un abrir y cerrar de ojos me vi envuelta en una nube de seda. Era un soberbio vestido de color de fuego, magníficamente velado por ondas de encaje negro..... Yo estaba avergonzada, sin saber adónde dirigir los ojos, pues por todas partes me veía, porque por todas partes habia espejos. No contenta con esto, hizo echar sobre mis hombros desnudos un collar de perlas. Se retiró

algunos pasos para contemplarme á su sabor, y dijo : «Muy bien..... no hay nada que pedirle..... es de un gran efecto y á V. le cae admirablemente; está V. con él hermosísima.» Y mirándome más, añadía : «Muy hermosa, muy hermosa. Es lástima que no la vean á V., porque volveria V. loco á medio mundo; mas espere V. un momento»; y salió. Yo me creí sola, porque, mire V., señora Gertrúdis, me olvidé de la doncella, y sin poderlo remediar empecé á mirarme, ya en un espejo, ya en otro, ya en todos á la vez..... Vamos, estaba loca..... me miraba como si yo fuera otra..... Me veia más alta, más blanca, más rubia, más..... más todo. Los espejos me sonreian, y es que yo..... mire V. qué tonta, sin darme cuenta de ello, me sonreia tambien. Tan embebida estaba en verme y en mirarme, que no advertí que la Marquesa habia vuelto, y que detenida en el quicio de la puerta, me observaba en silencio; detras de la Marquesa y por encima de sus hombros, asomaba otra cabeza que al pronto no distinguí bien.

No perdía palabra la portera escuchando

atentamente el relato de Magdalena, y ésta prosiguió :

--Al verlos no pude contenerme y dí un grito.

—¡Un grito! exclamó la señora Gertrúdis..... ¡Un grito! ¿por qué?

—Porque la cabeza se adelantó y la distinguí claramente.

—¡Jesus! ¿Y de quién era esa cabeza?

—¿De quién?..... Aciértelo V.

—¿Qué sé yo, hija mia?..... Hay una cabeza muy nombrada, que debe ser horrible, porque asusta mucho á los ojos que la ven..... Se llama..... la cabeza de..... de.....

Magdalena, más instruida, cayó en la cuenta, y dijo :

—Sí, *la cabeza de Medusa*.

—Cabal..... esa misma..... ¿Fué *la cabeza de Medusa* la que viste?

—No.

—Entonces.....

—Fué la cabeza del hombre de los ojos grises.

—¿Y qué hacia allí ese caballero?

—Toma, estaba en su casa.

—¿Pues no estabas tú en la casa de la Marquesa?

—Sin duda; pero la Marquesa es su hermana.

—¿Vive con ella?

—Sí señora; porque la Marquesa es viuda y él soltero; y como la casa es un palacio, viven muy bien juntos, porque pueden vivir separados.

—¿Qué enterada estás, hija mia!

—Como que él mismo me lo ha dicho.

—Sigue, sigue.

—Al grito que yo dí se volvió la Marquesa al otro, diciéndole: «Vamos, Javier, parece que causas efecto.» Y volviéndose á mí, me dijo con semblante risueño: «No se asuste V., señorita; este caballero es mi hermano.» Sentí frío y calor, rabia y pena..... ¡Yo en casa de aquel hombre..... de aquel modo..... en aquel momento!..... Sentí lo que siempre que lo veía; miedo y vergüenza..... Maquinalmente cogí mi manto, que se hallaba junto á mí sobre un divan, y me lo eché al cuello apresuradamente, cubriendo con él mis hombros desnudos. Al

ver esto la Marquesa se echó á reir, y su hermano, dirigiéndose á mí, me dijo: «Así estás más hermosa.»

—¿Con toda esa confianza te habla?

—Sí señora; *tú por tú*..... Desde el primer dia me habla de ese modo.

—¿Y qué le contestaste?

—No supe qué decir; estaba aturdida; pero le aseguro á V. que en aquel momento lo hubiera confundido, hubiera confundido á la Marquesa, y me hubiera confundido á mí misma.

—¿Hay más?

—Sí que hay.

—Pues cuenta.

—La Marquesa, dijo Magdalena, siguió riyéndose como una tonta, y su hermano mirándome con los ojos medio entornados..... Esto lo veia yo de reajo por uno de los espejos que nos rodeaban.....

—¿Y duró mucho tiempo esa escena muda? preguntó la portera.

—No sé..... Para mí duró un siglo, porque no sabía qué hacer; mas en medio de mi confusion oí distintamente al hombre de

los ojos grises que le preguntaba á su hermana: «¿Qué tal mi bella costurera?» Al oír estas palabras me volví como si me hubiera picado una víbora, mientras ella contestaba: «Encantadora; es realmente un tipo original..... pero, ó tiene todavía poco mundo, ó tiene ya demasiado.» Entónces dije yo: «Señora, quisiera retirarme.»

—Muy bien dicho, exclamó la portera, dando una palmada.

—La Marquesa me contestó diciendo: «Sí, ahora mismo; la he entretenido á V. más de lo regular»; y dirigiéndose á su hermano, añadió: «Vamos, Javier, déjanos solas, que tu hermosa costurera va á cambiar de vestido.» Los dos hermanos se miraron y se sonrieron y él se marchó. En un instante me despojé de aquel precioso vestido, que parecía hecho para mí. (*Aquí suspiró.*) Me puse mi pobre bata, tomé mi manto y salí.

—Gracias á Dios, prorumpió la señora Gertrúdis respirando con fuerza. Tenía miedo de verte tan sola en esa casa.

—Pues áun queda lo mejor, dijo Magdalena.

—¿Más aún?

—Ahora verá V. Al llegar al pié de la escalera, vi un coche delante de la puerta; una preciosa berlina de dos asientos, pequeña como un juguete..... con dos caballos como dos torres. Delante de la portezuela de la berlina estaba el hombre de los ojos grises hablando con otro muy bien vestido, pero pequeño y feo.

—No te se escapa nada, hija mia, dijo la portera.

—Señora, si eso saltaba á la vista.

—¿Y qué hablaban esos hombres?

—Vamos; V. tambien es curiosa.

—Un poco.

El hombre pequeño, prosiguió Magdalena, preguntaba si estaria visible la Marquesa, y el otro le contestó que sí, diciendo: «La Marquesa está siempre visible para V., mi querido.....» Y se detuvo como si no se acordára de su nombre; pero él se adelantó añadiendo: «Mi querido Matusalem..... No tenga V. reparo en llamarme así..... ése es mi nombre..... no se me conoce de otro modo desde la escena del teatro. Fué una infamia que debió castigar el verdugo..... pero, ja,

ja..... yo soy superior á esas cosas. Y despues de todo, ¿qué más da llamarse Matusalem ó Alejandro?..... el uno vivió nuevecientos años, el otro treinta, y aunque mi verdadero nombre es Alejandro, prefiero que me llamen Matusalem.....» En esto llegué yo á la puerta y el hermano de la Marquesa se adelantó cerrándome el paso, y me dijo: «No puedo consentir que te vuelvas á pié y sola, y he hecho poner para tí la berlina.» Y lo que es la berlina, eso sí, era magnífica, brillaba como un espejo; pero yo me excusé; él insistia y yo me negaba..... El otro caballero se habia plantado sobre las narices unos *quevedos* y me miraba con tanta impertinencia..... que como quien no quiere la cosa, fuí, y muy bonitamente me eché el velo. Entónces puso la mano en el hombro de su amigo, y acercándose á su oido, le dijo en voz alta: «El quinto ó el sexto..... no recuerdo bien, no estorbar. Es de *primissimo cartello*.» Y en tres saltos llegó á la escalera cantuseando *la donna è mobile*. Yo aproveché la ocasion y eché á andar muy de prisa, muy de prisa; mas ántes de llegar á la pri-

mera esquina, el hombre de los ojos grises me alcanzó y se puso á mi lado..... ¡Qué habia de hacer!..... Seguí andando y él siguió junto á mí..... diciéndome, figúrese V., todo cuanto se le ocurria. Me habló de palacios suntuosos, de jardines encantados, de todos los placeres, de todas las magnificencias del mundo. Brotaba de su boca un manantial de felicidades y todas me las ofrecia..... yo andaba, oia y callaba. «Elige, me decia, Londres, París..... Italia; vivirémos donde tú quieras, y donde tú quieras que vivamos allí verás satisfechos todos tus caprichos, todos tus deseos; donde quiera que estés brillará tu hermosura y serás la reina de la belleza y el ídolo de mi corazon. Si no te satisfacen las glorias del mundo, huirémos á un lugar ignorado, donde una naturaleza tranquila sea el único testigo de nuestro amor..... Allí, como en todas partes, seré tu esclavo; adivinaré tus gustos, me anticiparé á tus deseos, me miraré en tus ojos, velaré tu sueño y seré el más feliz de los mortales.....» ¡Qué hombre, señora, qué hombre!.....

La señora Gertrúdis, que la escuchaba sin

pestañear, movió lentamente la cabeza, y ella continuó de este modo :

—Por último, me dijo: «Compromisos de familia me obligan á casarme con una rica heredera, y tú has hecho ya imposible ese matrimonio, porque te has apoderado de mi alma y yo no puedo amar á nadie más que á tí. Por tí soy capaz de todo; en tu mano está hacerme el más feliz ó el más perverso de los hombres.» No sé lo que iba á contestarle; me sentia subyugada por sus palabras y alucinada por sus promesas, y á pesar del miedo que me inspira, casi me daba lástima. Al mismo tiempo que yo abria la boca para decirle no sé qué, un caballero se le acercó y lo detuvo..... yo seguí andando; conforme me alejaba de él me sentia más fuerte y apreté el paso, doblé la esquina y corrí..... Me parecia que el ruido de sus pisadas sonaba á mi espalda, y no dejé de correr hasta aquí, y me entré huyendo al mismo tiempo de ese hombre y de mi casa. Ya sabe V., señora Gertrúdis, todo lo que me sucede.

Hubo un momento de silencio, al fin del

que la señora Gertrúdis movió lentamente la cabeza, y dijo :

— *Malo..... Malo.*

Magdalena esperaba algunas palabras más, pero la portera permanecía silenciosa; entonces le preguntó :

— Y bien; ¿qué hago?

— Algo hay que hacer.

— Haré lo que V. me diga.

— Ante todo, hay que huir de ese hombre cielos y tierra.

— Sí, eso es claro; mas para huir de ese hombre tendria que huir de mi casa.

— Es verdad..... es verdad, dijo la portera.

— ¡Estoy tan sola! exclamó la vecina, rompiendo en llorar.

— ¿Y tu madre?

— Mi madre, contestó Magdalena enjugándose los ojos, quiere que sea rica á toda costa.

— ¿Y tu hermano qué dice?

— Mi hermano me aborrece..... y le pide dinero á ese hombre, y ese hombre le da mucho dinero.

- Es un mal negocio.
— Vaya si es.
— ¿Y á tí no te se ocurre nada?
— Nada.
— ¿No tienes ningun pariente?.....
— Ninguno.
— ¿Ningun amigo?.....
— Ninguno.
— ¿Tan sola estás en el mundo?
— Muy sola.
— ¿Álguien habrá que se interese por tí.
— Nadie.
— Piénsalo bien.
— Sí..... Tiene V. razon; hay una persona que se interesa por mí.
— ¿Mucho?
— Mucho.
— ¿Lo sabes bien?
— ¡Me lo ha dicho tantas veces!.....
— Vamos, ¿y quién es?.....
— ¿Quién ha de ser?
— ¿Conozco yo á esa persona?
— Sí, contestó Magdalena, sonriéndose.
La portera, como hablando consigo misma, dijo:

— No sabía yo que la cosa estaba tan adelantada.

— ¡Qué cosa!

— Ésa.

— ¿Cuál?

— Pues.

— ¿La de ese hombre que me persigue?

— No.

— Entónces.....

— La otra.

— ¡La otra!.....

— Es claro.

— ¿De quién habla V.?

— ¿Y tú de quién hablas?

Ambas se miraron un instante con viva curiosidad; con esa curiosidad asombrada con que se miran dos personas que se hablan y no se entienden.

— Yo, dijo Magdalena, hablo de la única persona que se interesa por mí en el mundo.

— Pues bien, replicó la portera; de esa misma persona hablo yo.

— ¿Y quién es esa persona?

— ¡Toma!..... él.

— ¡Él!.....

— ¿Me lo vas á negar despues de habérmelo dicho?

Magdalena bajó los ojos, se puso encarnada como una amapola, y replicó:

— Yo, señora Gertrúdis, hablaba de V.

— ¡De mí! exclamó la portera..... Es verdad que te quiero mucho, que me intereso por tí más..... Iba á decir más que tu madre; pero eso no debo decirlo, porque aunque no es tu madre, al fin es tu madre, y no he de ir á meterme donde no me llaman. Y yo, ¿de qué puedo servirte?..... Y mira, hay que hablar claro: tú necesitas una persona que te defienda de ese hombre, que te defienda de tu madre, que te defienda de tu hermano, que te defienda de tí misma.

— Eso he pensado yo muchas veces.

— A ver, á ver. ¿Cómo has pensado eso?

— Son pensamientos que no se pueden contar, parecen sueños..... Figúrese V. que me encuentro á la orilla de un pozo profundo; que dentro de este pozo, allá en lo más hondo, se ven luces; muchas luces, que ciegan

los ojos, y suenan músicas que encantan los oídos, y de allí salen perfumes que marean la cabeza..... Yo oigo, veo y aspiro..... Mi madre me dice: «Baja; mi hermano me empuja y ese hombre me arrastra al fondo del pozo. Yo misma siento deseos de precipitarme y miedo de caer en él. ¿No se ha asomado V. nunca á la boca de un pozo?..... Es una cosa terrible; no sabe una qué hacer, si huir ó tirarse. Siento que mis piés se escurren sobre la orilla, que mi cabeza se inclina sobre el abismo; siento que voy á caer, que voy á precipitarme, y levanto los brazos como si pidiera auxilio..... Entónces una mano poderosa coge la mía, me sostiene como en el aire, me aparta de allí..... y me salva. Cosas así son las que pienso.

—Y esa mano que te salva en el momento de caer, ¿de dónde sale?

—Sale de un brazo.

—¿Y es el brazo de un hombre?

—Sí, contestó Magdalena, volviendo á ponerse encarnada.

—Y ese hombre, ¿dónde está?

—No sé.

— ¡No sabes!,.....

— No.

— Será algún ángel caído del cielo.

— Puede.

— Quizá sea el santo de tu devoción.

— Es posible.

— ¿Ves cómo no estás tan sola en el mundo?..... ¿Ves cómo hay quien se interesa por tí, te defiende y te salva?.....

Magdalena meneó la cabeza, como quien dice que no, sin estar seguro de lo que dice.

— ¿Dudas?..... le preguntó la portera.

Tampoco tuvo nada que contestar á esta nueva pregunta.

No debe extrañarse su obstinacion en guardar el secreto de aquel amor inesperado, porque era verdadero y profundo, porque acaso sea el único amor que sienta en su vida. Este sentimiento, cuando nace de lo íntimo del alma, parece que se encierra en ella como un perfume que no quiere evaporarse. Es una confidencia misteriosa que el alma se hace á sí misma y que la boca no suele encontrar palabras con qué repetirla.

La portera no comprendia bien esas deli-

cadezas de lamor verdadero, y queria una declaracion franca, una confesion terminante para meterse de hoz y de coz en el asunto, y estrechar la comunicacion entre aquellos dos corazones que áun no se habian hablado una palabra, y que sin embargo ya se lo habian dicho todo. Y estaba formalmente empeñada en ello, porque se le habia puesto entre ceja y ceja que sólo Miguel podia salvar á Magdalena.

— Bueno, dijo; no soy tan tonta que no me ponga al cabo de la calle. Si tú callas, él bien claro habla.

— ¡Él!..... ¿qué dice él?..... exclamó Magdalena sin poder contenerse.

— Él dice..... que desea agradarte; que le has entrado por el ojo derecho; que te lleva en las entretelas de su corazon como un relicario.

— ¡Dice esas cosas!.....

— No las dice, pero yo las veo..... Tambien como tú quiere ocultármelo; pero, hija mia, el amor y el dinero no pueden estar ocultos.

En aquel momento apareció en el portal

la figura de Juana llamando á su hija.

—Mi madre..... dijo Magdalena aterrada.

—Aquí está, señora, gritó la portera.

—Vamos, Magdalena, vamos, gruñó la madre; hace una hora que debias estar en la casa.

—La he entretenido yo, replicó la señora Gertrúdis.

Magdalena salió del *chiribitil* de la portera y siguió á su madre.

La portera estuvo pensativa algun tiempo, buscando en los rincones de su imaginacion un recurso que resolviera las dificultades del caso; mas no debió encontrar nada, porque cogió la calceta y comenzó á enredar el hilo en las agujas, diciendo:

—La madre, el hermano, ese hombre, ella misma..... La van á perder..... y este mameluco podia salvarla.

Y siguió pensando en silencio.

Por último, y como en resúmen de todo su pensamiento, prorumpió en estas tres palabras:

—*Malo..... Malo..... Malo.....*

Entre cada una de ellas colocó una serie de puntos; serie de puntos que se escaparon de su calceta.

CAPÍTULO III.

Empiezan á enredarse los hilos de esta verdadera historia.

En efecto, la Marquesa estaba visible y Matusalem fué recibido por ella con esa exquisita familiaridad que distingue á las mujeres de buen tono, porque el amigo de Miguel era en aquella casa, como ya hemos podido presumir, una persona de confianza. Su intimidad con la Marquesa habia servido por algun tiempo de pasto á las conversaciones, dando ocasion á várias disputas. Las mujeres sostenian que el capricho de la Marquesa era una extravagancia de malísimo gusto, y los hombres á su vez afirmaban que semejante capricho no existia.

No se extrañará que ellas insistieran en su tema, porque de ese modo se defendian de

la Marquesa, que solia humillarlas con su lujo, con su hermosura y con su talento, y en cuanto á ellos, aunque parezca raro que tomáran tanto calor en la defensa de una mujer, téngase en cuenta que se defendian á sí mismos, porque realmente los humillaba la Marquesa, prefiriendo entre todos á Matusalem.

Verdaderamente no era el decoro de tan bella dama lo que se discutia en estas disputas; se trataba simplemente de su buen gusto, que era lo importante; mas de cualquier modo, el nombre de la Marquesa y el nombre de Matusalem rodaban juntos por las más ricas alfombras de los más suntuosos salones.

No se le ocultaron á la Marquesa estas murmuraciones, pues aunque no llegaron nunca á sus oidos, comprendió fácilmente que sus preferencias por Matusalem habian de dar ocasion á ellas, pero les hizo frente con tan invencible indiferencia, que poco á poco se fueron disipando.

Por lo que hace al amigo del *corrector de pruebas*, gozaba de su gloria con suma dis-

crecion, como si fuera tan frágil que pudiera romperse al más pequeño choque. Parecía asustado de su propio triunfo y huía de aquellos obsequios y de aquellas distinciones con que, digámoslo así, la Marquesa lo perseguía..... sin ningun género de reserva.

Dos respuestas de la Marquesa dadas en distintas ocasiones se comentaban á la sazón. Un dia que se hallaban reunidos en su casa á la hora de comer varios personajes, su hermano, algo impaciente, le dijo :

—Luisa..... ¿pido la comida?..... Ya es la hora y estamos todos.

—Espera, replicó ella; falta Alejandro.

—No sé, exclamó el hermano, por qué prefieres de ese modo á Matusalem.

Entónces ella le contestó :

—¿Qué quieres?..... no he encontrado otro.

A los pocos dias, hallándose rodeada de un círculo de adoradores que admiraban la gracia con que habia prendido á sus cabellos una flor, dijo :

—Esta rosa es un obsequio de Alejandro.

—¡Oh!..... exclamó un general de salon, que formaba parte del corro, el señor Ma-

tusalem es envidiable; siempre está en los labios de la Marquesa.

—Mi general, no lo extrañe V., contestó ella, porque Matusalem es mi bandera de guerra.

Ambas respuestas se comentaban de diverso modo, y las mujeres sacaban de ellas un gran partido, incitando el ánimo de los hombres contra aquella mujer extravagante.

—«No ha encontrado otro», decían unas... lo cual significa que todos ustedes valen menos que Matusalem.

—Justo, añadian otras; «es su bandera de guerra», esto es, su cartel de desafío.

—Contra ustedes, replicaban ellos.

—¡Contra nosotras!.....

—Sin duda.

—¿Y quién ha de ir á disputarle los obsequios de ese hombre?

—No faltarian.

—Imposible.

—¿Imposible?..... Vamos, desde que Matusalem es preferido por la Marquesa..... tiene más partido entre las mujeres. Esto es evidente.

— Es simplemente objeto de curiosidad.

— Es lo mismo.

— ¡Lo mismo!

— Ustedes dirán: ¿qué hay en este hombre que ha conseguido fijar la atención de la Marquesa?..... ¿Poseerá alguna fortuna desconocida, fabulosa, inverosímil?..... ¿Le habrá sorprendido á ella algun secreto que la obligue á someterse?..... ¿Estará realmente enamorada de un hombre semejante?..... De cualquier modo que sea, en ese hombre se encierra algo que es preciso averiguar, que es preciso saber, y á estas fechas más de cuatro se han propuesto la conquista de Matusalem; quiero decir, la conquista de su secreto.

La primera vez que oyeron tan inesperada réplica, se quedaron pensativas, calculando cuáles podían ser las que se habrían propuesto llevar á cabo aquella empresa.

Ello es que la Marquesa por medio de Matusalem tenía revuelta á la buena sociedad. ¿Se divertía de ese modo?..... Aún no debemos saberlo, y no es de suma urgencia adivinarlo.

Matusalem penetró hasta el último rincón de la casa, hasta la perfumada habitación conocida entre la servidumbre de la Marquesa con el título de «el gabinete reservado de la señora», especie de templo escondido y solitario, donde á la vez se rendían tres cultos distintos. Sobre una de las cuatro paredes, colocadas en sus perchas de caoba maciza, se veían tres escopetas: una belga, otra inglesa, otra vizcaína, de cañones cincelados, de cajas bordadas, de elegante forma, y encima elevaba sus enramados cuernos hasta el techo una cabeza de venado perfectamente disecada, cuyos ojos inmóviles brillaban como si estuvieran vivos.

Enfrente se abría un escritorio de palo santo, sobre el cual había papeles y libros, acompañado de dos pequeños estantes con molduras doradas, y que por el color y el dibujo de la madera debían ser de cedro.

En medio de la habitación, interpuesto entre las armas y las letras, entre la armería y el escritorio, se alzaba un precioso costurero de ébano con incrustaciones de marfil, sobre el que descansaba toda una primavera

de ramos á medio tejer, de rosas á medio hacer, de espigas á medio brotar.

Podian vivir allí á un mismo tiempo tres divinidades: Diana, Minerva y Céres, y si queremos descender del Olimpo y bajar á la tierra, dejando á los dioses por los simples mortales, dirémos que en esa estancia, cuya triple fisonomía hemos apuntado, podian vivir á la vez una amazona, una literata y una florista; de lo cual justo será inferir que la Marquesa habia de ser las tres cosas; aquellas armas, aquellos libros y aquellas flores descubrian su inclinacion á la caza, al estudio y á las labores delicadas; su gabinete reservado podia ser á la vez el cuarto de un filósofo, la antesala de un cazador y la celda de una monja.

En honor de la verdad, cuando Matusalem penetró en la estancia, la bella Marquesa ni cazaba, ni leia, ni hacia flores, porque sumergida en el voluptuoso abismo formado por los dobles almohadones de una rica otomana, parecia embebida en la ardua tarea de no hacer absolutamente nada.

Nuestro hombre entró con el cuerpo en-

corvado por el peso del saludo que iba á dejar caer á los piés, preciosos por cierto, de la hermosa dama.

Ella lo miró apénas, y señalándole con la mano el asiento más lejano al suyo, le dijo:

—Amigo mio, si no trae V. esta mañana alguna novedad con que distraerme, le aseguro que voy á concluir por aburrirme.

—Casualmente, divina Marquesa, exclamó Matusalem, hoy.....

No pudo continuar, porque ella lo interrumpió, diciendo:

—Ante todo, hoy no quiero ser divina, ni hermosa, ni bella, ni amable, ni siquiera querida Marquesa. Dígame V. Marquesa á secas.

Matusalem se inclinó cortésmente mientras ella añadía:

—Vamos, ¿hoy qué?.....

—Hoy traigo una verdadera novedad.

—¿De qué género?

—De un género enteramente nuevo.

—Quiero acertarla.

—Es muy difícil.

—Por eso.

—Pregunte V.

—Pregunto : ¿qué vela llevo yo en este entierro?

—La pregunta va derecha al asunto, pues aunque no se trata de un entierro, viene á ser lo mismo, porque se trata de una resurreccion.

—Pero bien, ¿represento yo algun papel en ese milagro.

—El principal.

—¿Es decir, que yo resucito?

—Sí y no.

—¿Cómo es eso?

—Usted no resucita, eso es claro; pero indudablemente V. es la que resucita.

—Ya lo entiendo; yo soy la que hago resucitar.

—Eso mismo.

—No es posible volver á la vida sin haber salido ántes de ella.

—Así parece.

—Luego aquí habia un muerto que ha vuelto á la vida.

—Eso es.

—¡Bah!..... dijo la Marquesa con aire

de fastidio; ya estoy al cabo de la calle.

—Lo dudo, replicó Matusalem.

—Veamos.

—Veamos.

—Salazar está muerto por mí y anda hecho una sombra.

—Cierto.

—Anoche lo traté muy amablemente.

—Es verdad.

—Y el hombre se animó.

—Todos lo notamos.

—Al despedirse me oprimió la mano y me dijo: «Marquesa, me ha vuelto V. á la vida..... ¿No es éste el milagro?»

—No señora. Eso no es nuevo, ni original, ni extraordinario; se trata de una verdadera resurreccion, de haber hecho salir del sepulcro á un cadáver, de haber vuelto al mundo á un muerto, real y verdaderamente muerto.

—Debe ser muy curioso el caso, dijo la Marquesa, hundiéndose más entre los cojines de la otomana, y entornando los ojos como si quisiera ver mejor algo que debia tener en el pensamiento.

—Muy curioso es, añadió Matusalem.

—¿Y quién le ha contado á V. eso?

—Nadie. A mí no me gusta que me cuenten las cosas, y ésta la he visto yo con mis propios ojos; lo he visto muerto, más aún, sepultado..... y calcule V. cuál sería mi asombro cuando ayer..... ayer mismo, me lo encontré vivo. Usted lo ha vuelto á la vida, al mundo, y me ha quitado de encima un peso enorme.

Matusalem obtuvo por toda respuesta un bostezo encantador.

—Imagínese V., continuó, que me veía perseguido por un hombre implacable, especie de sombra que se me aparecía siempre en los sitios más públicos, y cuya sola presencia me aterraba. Yo creo que se había sepultado en el sepulcro de la miseria sólo por perseguirme, que se había muerto sólo por no dejarme vivir.

—La Marquesa miró un momento á su interlocutor con los ojos más hermosos del mundo, pero con una mirada tan poco halagüeña, que Matusalem se quedó cortado, y ella dijo:

—Vaya, hoy está V. muy poco amable y lo veo en camino de llenarme los oídos de tonterías.

—Señora, exclamó; al más estirado le doy la persecucion de que yo he sido víctima y de la que V. acaba de librarme, volviendo á ese hombre á un mundo, al cual ya no pertenecía. Ahora ya es otra cosa; si insiste en perseguirme lucharémos.

¿Pero qué hombre es ése? ¿de qué hombre habla V.? preguntó la Marquesa con impaciencia.

—Del hombre más extravagante que hay bajo la capa del cielo. Y que entre todos los mortales me ha elegido á mí para blanco de sus burlas feroces. De un hombre, que no puede ver mi sombrero sin hacerlo saltar sobre mi cabeza, porque se complace en verlo rodar por el arroyo..... De un hombre, que donde quiera que me encuentra, me abraza, me estruja..... me ahoga haciéndome objeto de la risa de los circunstantes..... De un hombre, que si me ve subir á un coche, grita: «Eh, chico, al saladero.....» De un hombre cubierto de harapos, que me coge en el *Prao*,

se cuelga de mi brazo y me pasea de un extremo á otro con una arrogancia que me llena de vergüenza..... De un hombre, que me espera alevosamente á la puerta de la embajada francesa, donde averigua que como los mártres..... Mártres; dia aciago.—Me tiende su mano tiznada de intento, yo la estrecho contra mi guante blanco como la nieve. Me hace mil protestas de su formalidad sacudiendo mi brazo con efusion cariñosa y me deja en paz. Subo, dejo en la antesala mi abrigo y penetro en el salon donde se hallan reunidos los convidados, y observo que me miran con particular atencion y que cuchichean unos con otros. Creo que causo efecto y atravieso triunfante; pero entónces las miradas y los cuchicheos se convierten en risas mal comprimidas que estallan á mi espalda. Llego hasta la señora de la casa, va á recibir mi saludo tendiéndome la mano, pero la retira de pronto, me mira un instante y suelta la carcajada. ¿Qué es esto? me pregunto asombrado, y al tender la vista á mi alrededor buscando la explicacion de semejante grosería, tropiezo con un espejo y veo

mi cara..... ¡Mi cara tiznada precisamente en la punta de la nariz! Acudo instintivamente con la mano y el tizne se extiende por mis mejillas. ¡Qué horror!..... Los convidados revientan de risa y yo reviento de cólera..... Miro al fin mi mano, veo el guante ennegrecido y lo comprendo todo. «Señores, dije con gran presencia de espíritu: he sido víctima de una broma de malísimo gusto, que vengaré dignamente.» Con este arranque conquisté la compasión de los circunstantes, que me dieron todo género de excusas, sin dejar por eso de reirse.

Miéntras Matusalem hablaba, la Marquesa habia ido saliendo poco á poco del fondo de su otomana azul de cielo, sembrada de pequeñas flores blancas, y con su cuello de cisne y sus hombros redondos, parecia la imágen de Vénus saliendo de la espuma del mar.

Este movimiento advirtió á Matusalem que era escuchado atentamente, y que cuando ménos, la hermosa Marquesa se distraia oyéndole; así es que, satisfecho por el éxito alcanzado, prosiguió diciendo:

—Ésas son sus hazañas; de esa manera me persigue como un espectro.

—¡Qué hombre! exclamó la Marquesa.

—No diga V. hombre, señora; no es hombre; es un miserable cubierto de harapos, que se burla de todo; de la hermosura, de la juventud, de la sociedad, del cielo y de la tierra; en fin, se burla hasta del dinero..... Podía ser rico y no quiere serlo; es hermoso y va hecho un demonio; es jóven y todo lo que lleva encima es horriblemente viejo. Tiene talento y es imbécil..... No es hombre, es un cadáver insepulto.

La Marquesa colocó el codo sobre la rodilla, y escondiendo la barba en el hueco de la mano, dijo:

—¡Oh! me interesa ese hombre.

—¡Es posible! exclamó Matusalem asombrado.

—Sí, replicó. Me interesa, me interesa mucho.

—No comprendo qué interes puede inspirar un hombre que no se sabe de qué vive, cómo vive, ni por qué vive.

—Precisamente eso lo hace más interesante.

— Pero, señora, si es un perdulario.

— A lo ménos, insistió la Marquesa, no lo oculta.

— Yo lo conocí siendo estudiante; entón- ces era otra cosa..... Le hice muchos favo- res..... lo saqué de muchos apuros que me ha pagado despues con la más negra ingra- titud..... Sus amigos..... ya no los tiene..... porque todos le huyen. En fin, sus padres le han abandonado.

— ¡Abandonado!

— Sí señora.

— ¡Cómo!.....

— Figúrese V., como que han muerto.

— ¿Y no tiene hermanos?.....

— ¡Hermanos!..... ¿Y quién habia de ser hermano de semejante hombre?

— ¿Y parientes?

— Ni uno.

— Pero entendámonos, dijo la Marquesa, ¿es ése el hombre á quien yo he vuelto á la vida?

— Ese mismo.

— ¿Dónde?..... ¿Cuándo?..... ¿Cómo?

— ¿Dónde?..... en la calle del Príncipe.

¿Cuándo? hace quince dias..... ¿Cómo? dándole una limosna.

La Marquesa se puso de pié, diciendo:

—Lo recuerdo perfectamente..... Tenía el sombrero en la mano dejando ver una hermosa cabeza. ¿Es ése?

—Ése.

—¿Qué casualidad!.....

Esta exclamacion se la hizo la Marquesa á sí misma, y Matusalem dijo:

—Acababa de jugarme una de las tuyas haciéndome rodar por el lodo, y V. me proporcionó la ocasion de vengarme, porque V. es el ángel.....

La Marquesa lo interrumpió, diciendo:

—Caballero, hemos convenido muy formalmente en que hoy no he de ser más que una pobre mujer.

—Bueno, pero el caso es que V. fué para mí un rayo de luz, que iluminó mis ojos, y vi el cielo abierto.

—Corriente; pase el rayo de luz por esta vez; pero en cuanto al cielo abierto, dudo que V. vea nunca semejante cosa.

—Lo estoy viendo en este instante.

Luisa, pues ya sabemos que éste era su nombre, usando del tono más dulce de su voz, pronunció con melodiosa lentitud las siguientes palabras :

—Soporto las lisonjas con que el mundo inciensa nuestro paso por la vida cuando me las tributan en público, porque entónces pertenezco á los cortesanos de mi hermosura y de mi opulencia; pero á solas me aburren soberanamente, y en boca de V., querido amigo mio, me son insoportables.

—Marquesa, es V. incomprensible.

—Vamos, vamos al caso.

—Como decia, al verla á V. detenida delante de nosotros, quise humillarlo y lo traté como á un pobre que pide limosna, y V. completó mi venganza arrojando á sus piés una moneda desde la ventanilla del coche.

—Es cierto.

—Pues bien; aquella limosna, prosiguió Matusalem restregándose las manos, debió producirle un efecto infernal; pues al volver la esquina de la calle del Príncipe lo vi por el vidrio que corria detras del coche con el sombrero echado atras y los puños crispa-

dos. Debía bramar como un toro. Jamas habia conseguido verlo furioso, porque se burla de mis insultos lo mismo que de mis súplicas, encerrado en su inexpugnable miseria. Aquella moneda debió llegarle al alma, y así vengué tantos ultrajes, sobre todo el del teatro; aquella broma infame que hizo resonar por todas partes el nombre de Matusalem.

—¿Fué él tambien, preguntó la Marquesa, el autor.....

—De esa infamia, sí señora; él..... no podia ser otro..... solamente él se hubiera atrevido.

—Divino..... divino..... exclamó Luisa, dejándose caer sobre el divan y riyendo á carcajadas.

—¿Todavía, señora, celebra V. la gracia?

—¡Oh! sí, sí, contestó ella; desde aquel dia fué V. una celebridad..... de ese modo llamó V. mi atencion, fastidiada por los obsequios de tantos aspirantes á mi fortuna; entónces lo conocí á V. y lo distinguí entre todos, porque dije: éste es el hombre que yo necesito.

—¿Para qué, señora..... para qué me necesita V.?..... Hace ocho meses que todos los días me dirijo la misma pregunta y nunca sé contestarla. Usted me distingue en público de una manera que me vuelve loco, y luego aquí, en la intimidad de nuestra..... pues..... de nuestra confianza, me trata V. con un desden que me deja tonto. No lo entiendo..... no lo puedo entender.

—¿Y para qué quiere V. entenderlo?..... Ni ¿con qué derecho se atreve V. á pedirme explicaciones de mi conducta?..... Conténtese V. con las apariencias de mi aprecio..... con la suposición de mi confianza. Y en honor de la verdad, no me parece V. más despreciable que los otros.

Estas últimas palabras resonaron en los oídos de Matusalem como una lisonja. No ser más despreciable que los otros equivalía á valer tanto como cualquiera, y en tal caso, podía aspirar al amor de la Marquesa. Algunas veces habia pasado por su pensamiento la idea de obtener su mano, idea muy halagüeña para su espíritu positivo, porque le parecia mucho mejor negocio ser su ma-

rido que ser su amante; más práctico poseer su fortuna que poseer su corazón; mas no atreviéndose á pronunciar palabra alguna que descubriera el secreto de su sueño dorado, se esforzaba con su conducta discreta y dócil en convencer á la opulenta viuda de que no encontraría en el mundo un marido más complaciente.

Sabía que la Marquesa, por una extravagancia de su carácter, ó más bien por un error de su entendimiento, había formado el propósito de no volver á casarse, y que menos que con nadie se casaría con el hombre que acertara á interesar su corazón.

Fundaba su propósito en la realidad de una triste experiencia. Se casó muy jóven, y según ella misma decía, enamorada. El Marqués la amaba frenéticamente; ambos eran muy ricos; el mundo los rodeaba de todos los encantos de la vida. Amor, fortuna y placeres; nada faltaba á la felicidad de aquel matrimonio. Pero ya se ve, ¡la vida del gran mundo tiene tantas seducciones!..... Las fiestas, los saraos, los deberes de su posición, su presencia absolutamente indispensable en

todos los espectáculos, las amigas..... los amigos..... la sociedad, en fin, alegre, bulliosa, brillante, se fué poco á poco interponiendo entre los dos esposos, que apénas tenían tiempo para verse, para oirse; en una palabra, para amarse. La bella Marquesa tenía su córte que la acompañaba á todas partes, y el Marqués buscó sus distracciones; al año de matrimonio, eran dos amigos que vivian en un mismo palacio. Cuando Luisa advirtió que el amor de su marido se habia evaporado, ya era tarde, y disimuló su pena aumentando su fausto y realzando su hermosura con todos los atractivos del lujo..... Pobre mujer; queria seducir á su marido, y ¡en qué ocasion!..... precisamente cuando las piruetas de una bailarina famosa le habian hecho perder la cabeza.

Mostrarse celosa hubiera sido una ridiculez, y por aparecer indiferente se hizo aturdida; desplegó todos los recursos de la coquetería y acabó por ser la mujer de moda.

Al poco tiempo murió el Marqués en un desafío.

Esta historia suya la veia repetida en va-

rios ejemplares, y habia resuelto morir viuda.

Alguna vez surgia del fondo de su corazon una súbita dificultad; podia haber en el mundo un hombre que encendiera en su alma el fuego de un nuevo amor; tal vez del único amor, porque se le ocurría al mismo tiempo la sospecha de que no habia amado á su marido como ella era capaz de amar; y si me es permitido, añadiré..... que la dificultad que se levantaba contra su propósito de viudez perpétua, no nacia tanto del temor de hallar ese hombre, como del deseo de encontrarlo.

Entónces se afirmaba más en su resolucion, porque habia observado que en el mundo en que vivia era más fácil conservar el cariño de un amante que el amor de un marido, y le tenía horror al matrimonio.

Afortunadamente, hasta el momento en que nos encontramos, el hombre temido ó deseado no habia aparecido por ninguna parte, y la bella Marquesa seguia conservando su viudez con toda tranquilidad de conciencia.

Matusalem estaba al cabo de la calle; conocia perfectamente la situacion de ánimo de

la Marquesa, la firmeza de su resolución y la imposibilidad de realizar su sueño dorado, porque conocía que conforme se acercaba á la Marquesa iba siendo para él más inaccesible.

—Ejerce V. sobre mí, dijo, un dominio absoluto, tan absoluto, que todavía no me he atrevido á amarla. ¿Puedo hacer mayor sacrificio?

La Marquesa lo miró con amable desden, y le contestó:

—Dejemos eso y volvamos á nuestro cuento. Estábamos en que la limosna le había llegado al alma, en que corría desalado detras del coche.....

—Eso; corría furioso..... pero volvimos la esquina y lo perdí de vista.

—¿Y eso es todo?

—Falta lo principal. Desde aquel día redoblé mis precauciones, porque su venganza debía ser terrible..... Tuve intenciones de anunciar en el *Diario de Avisos* un viaje..... á Lima..... al Polo..... al fin del mundo; pero desistí..... pensando que no lo creería, y que en todo caso apresuraría su venganza.....

Ademas era descubrirme. En tres dias no salí de casa, pero semejante resolucion no habia de ser eterna, y me eché á la calle, por supuesto en coche ó volviendo siempre la cabeza. Era no tener sosiego, no vivir; andar á salto de mata como un facineroso empezaba á serme insoportable; habia que tomar una resolucion enérgica; me ocurrió y la adopté inmediatamente.

—¿Cuál fué esa resolucion?

—Ésta: he alquilado un *matachin* que á cierta distancia me sigue á todas partes, dispuesto á volver á presidio por defenderme; idea magnífica que ha debido ocurrírseme ántes.

—¿De manera que ha buscado V. á un asesino para matar á un muerto?

—No es más que para enterrarlo, para que no vuelva á ponerse en mi presencia, para que me deje vivir. La ley natural autoriza á matar en defensa propia..... Ademas, ya le he dicho á V., y esto es lo nuevo y lo original del caso, que el muerto vive.

—En efecto, hablaba V. de una resurreccion.

— Ni más ni menos; el cadáver ha dejado la mortaja; la limosna que V. arrojó en el sepulcro de su miseria, lo ha vuelto á la vida. Usted le hizo comprender que era un miserable; se llenó sin duda de indignacion contra sí mismo y ha resucitado. Ayer lo vi y me costó trabajo conocerlo..... no era el mismo, era otro.

— Hágame V. su retrato, dijo la Marquesa; lo he visto muerto y quiero verlo vivo.

— Pues imagínese V. una persona decente y ahí tiene V. su retrato.

— No; quiero los detalles, los pormenores, todo.

— Pues bien, imagínese V. aquella cabeza burlona.

— No, no, replicó ella; diga V. aquella hermosa cabeza.

— Pues imagínese V. aquella hermosa cabeza bajo las alas de un sombrero nuevo; coloque V. ahora en su cuello una corbata azul; sobre sus hombros una levita de paño de Alcoy, probablemente forrada de lana; añada V. un chaleco negro cerrado hasta la

barba, que debió servirle para el luto de su madre; un pantalon blanco y negro á cuadros menudos como la piel de una culebra, y ahí tiene V. al muerto resucitado. Semejante transformacion á V. se la debe.

Más detalles, exclamó la Marquesa; quiero más detalles.

—Sólo recuerdo una circunstancia bastante singular.

—¿Qué circunstancia?

—La transformacion de su vestido habia transformado su rostro; aquella sonrisa burlesca y aquella mirada audaz habian desaparecido; eran sin duda la misma boca y los mismos ojos, pero ojos distraidos y boca pensativa..... Al nacer por segunda vez no nacia precisamente llorando, pero nacia triste.

—Estaria hermoso.....

• —¡Hermoso!..... diga V. más bien *cursi*. Tan abstraído iba en su pensamiento, que no me vió..... De seguro es la primera vez que ha pasado junto á mí sin verme. Yo lo miré bien, como no lo he mirado nunca, con insolencia, desafiándolo con los ojos..... pero nada, no me vió; se conoce que está decidi-

do á vivir, porque yo llevaba detras á mi hombre.

—Infeliz de V., exclamó la Marquesa acercando á Matusalem sus mejillas pálidas y sus ojos chispeantes..... Infeliz de V. si llega á sucederle algo.

—Pero, señora..... quiso replicar Matusalem asustado.

—Yo lo protejo, gritó la Marquesa. ¿No dice V. que me debe la vida? pues bien; esa vida me pertenece.

—Esto es más original, más extraordinario de lo que yo imaginaba.

—¿Cómo se llama? preguntó ella.

—Se llama Miguel.

—¿Miguel! qué?.....

—Miguel..... phs; cualquier cosa; Miguel Lanuza.

Sonrióse la bella viuda como complacida del nombre y del apellido, y repasando las jerarquías del cielo y de la tierra, dijo:

—Miguel..... nombre de arcángel. Lanuza, apellido de un aragones ilustre..... Y volviéndose á Matusalem, que la miraba absorto, añadió:

—Su amigo de V. es completo.

—¡Completo!..... ¡porque se llama Miguel!..... Vea V. qué mérito tan singular..... Si el nombre supone algo en el mundo, reclamo mi derecho, porque yo me llamo Alejandro.

—Su nombre de V. es más respetable que todo eso; V. se llama Matusalem.

—El pobre hombre se mordió los labios; el nombre de Matusalem en boca de la Marquesa le hizo un efecto deplorable; y por un cruel capricho de la memoria, vino á recordar que la primera vez que Miguel le nombró de ese modo le causó el mismo efecto. Sin embargo, despues de morderse los labios se sonrió de la mejor manera que le fué posible, y sintiéndose débil para defenderse, volvió al ataque, repitiendo de nuevo:

—¡Completo!..... completo..... ¡Si V. lo conociera!

—Ya lo conozco.

—Señora, lo ha visto V. una sola vez y á escape, hace quince dias.

—Lo habia visto ántes..... alguna vez, y despues lo he visto muchas veces.

—¿Dónde?

—¿Quién sabe?

—¡Oh!..... es imposible.

—¿Por qué?

—Porque lo hubiera V. reconocido el día que lo vió en la calle del Príncipe.

—¿Y V. qué sabe si lo reconocí?

—Lo sé, puesto que me preguntó V. si era un pobre.

—Y bien.....

Y le arrojó V. una limosna. Me parece que esto no tiene réplica.

Aquí la Marquesa elevó graciosamente el labio inferior, dando á su boca la expresion del más soberano desden, y dijo :

—Pues á pesar de eso, lo he visto ántes y despues de ese día, porque hace mucho tiempo que tengo su retrato.

—¿Su retrato!..... exclamó Matusalem.

—Sí, insistió la Marquesa; su retrato, que va siempre conmigo.

Ignoraba si era pobre ó rico..... sabía únicamente que era como es.

—Ya comprendo. Usted allá en sus ratos de ocio se habia imaginado un hombre.....

un *bello ideal*, y hé aquí que el *bello ideal* es ¡oh noble Marquesa! poco ménos que un mendigo.

— Justo.

— Esto es incomprendible.

— ¿Dónde vive? preguntó ella.

— ¿Dónde vive?..... ¿qué sé yo?..... ¿Quién es capaz de saber dónde vive un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto?

— ¡Oh! insistió la Marquesa: es preciso saberlo.

— En ese caso..... no habrá más remedio que averiguarlo.

— Hoy mismo.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tal imperio, que Matusalem se puso de pié, diciendo:

— Quiero que sepa V. adónde llega mi..... Por V. soy capaz de todos los sacrificios.

— ¡Oh alma generosa! exclamó la Marquesa con cómica admiración. Hoy, quiero confesarlo, me ha hecho V. feliz, completamente feliz..... Vamos, hoy me ha llegado V. al alma. Créame V., amigo mio; pensaré en V. hasta que volvamos á vernos,

y deseo que nos volvamos á ver pronto.....
muy pronto.

Y señalándole con una mano la puerta del gabinete, le tendió la otra.

Matusalem salió diciéndose á sí mismo:

—¡Demonio! ¡Demonio! Maldito Miguel;
maldita lengua mia; esta broma va á ser la
más pesada.

CAPÍTULO IV.

Tesis, Hipótesis y Síntesis.

Cuando Matusalem se encontró en la puerta de la calle indeciso acerca de la dirección que debía tomar, comprendió las dificultades de su empresa. ¿Dónde encontrar el camaranchon que serviría de albergue á Miguel? ¿Acaso había algun rincón en alguna casa donde pudiera decir: «Aquí vivo»? La primera duda que le asaltaba era si Miguel vivía en alguna parte.

Madrid es un pueblo muy hospitalario; durante el día tiene abiertas de par en par sus calles para todo el mundo, ofreciendo en el verano la sombra de las esquinas, y en el invierno el sol de las plazuelas; durante la noche no le falta nunca al más perdido el modesto rincón de alguna taberna, la cómoda

hospitalidad de algun café, ó el seguro domicilio de algun garito donde esperar la luz del nuevo dia, porque estos establecimientos de beneficencia están siempre abiertos para recibir á los más extraviados en el camino de la vida.

Por supuesto, sin contar los caisnos, donde algunas gentes, que tienen familia por mera costumbre y casa por puro lujo, pasan el dia y la noche, y donde, por regla general se bebe, se charla y se juega poco más ó ménos como en las tabernas, en los cafés y en los garitos.

No viviendo Miguel en ninguna parte, sólo podia encontrarlo Matusalem en una de las cuatro partes del mundo moderno, á saber: en alguna calle, en alguna taberna, en algun café ó en algun garito. Y échese V. á buscar á un hombre entre cien mil transeuntes en un laberinto de mil calles lo ménos, entre seis mil tabernas próximamente, en más de dos mil cafés y en quinientos garitos. Le hubiera sido más fácil encontrar la fórmula científica de la cuadratura del círculo.

Lo primero que le ocurrió fué no buscarlo, volver á la noche y decirle á la Marquesa: «Señora, ese arcángel, aragones ilustre por más señas, no vive en ninguna parte»; pero no sintiéndose con fuerzas para hacer frente al enojo de tan opulenta dama, renunció á su idea. Además, con semejante recurso sólo conseguía aplazar la dificultad, porque la Marquesa enojada lo obligaría á emprender de nuevo sus pesquisas, aunque fueran las dos de la madrugada.

Matusalem no tenía de sí propio una grande idea; era justo consigo mismo y no se atribuía ningun mérito extraordinario; pero sabía aprovechar las imperfecciones ajenas, amoldándose á ellas con la suave ductilidad de la cera. Dejaba á los tontos la admiracion y el entusiasmo por las buenas cualidades, dedicándose especialmente á lisonjear todos los defectos, á excusar todas las debilidades con tal que las debilidades y los defectos recayeran en personas colocadas por cualquier circunstancia en elevadas posiciones. Su espíritu práctico, digámoslo así, mercantil, lo conducía siempre á la transaccion, partiendo

equitativamente la diferencia entre la verdad y la mentira, entre el vicio y la virtud. Á lo que una razon austera llamaria su egoismo, el mundo le daba el nombre de bondad. Habia reglamentado sus vicios, ordenado sus dudosas costumbres, y era, preciso es decirlo, un hombre de bien tan servicial, que era difícil prescindir de sus servicios.

En otra época, ménos amable, ménos condescendiente, hubiera sido en vez de servicial, servil, pero cada uno debe nacer en su tiempo, y ya vemos que Matusalem habia tenido la fortuna de nacer en el suyo.

Tenía un Dios y una moral; el dios éxito y la moral de los hechos consumados; habia aprendido perfectamente la ciencia de la vida y sabía vivir.

Su ambicion era la Marquesa; descontentarla era exponerse á caer de la altura á que ella misma lo habia elevado; era más, era perder sus esperanzas..... esperanzas remotas, pero al fin, esperanzas..... porque todo era posible en aquella mujer extravagante, con la cual se habia propuesto agotar el tesoro de sus complacencias.

Por consiguiente, se hacia preciso buscar á Miguel y encontrarlo, y saber dónde vivia, aunque no viviera en ninguna parte.

Mas esto era materialmente imposible, sobre todo en tan poco tiempo. El infeliz se encontraba entre la espada y la pared. Dos dias ántes hubiera dado la vida por no verlo; ahora Dios sabe lo que daria por encontrarlo.

Desechada la primera idea, se le ocurrió la segunda, porque era un hombre tan ordenado que nunca se le ocurrían dos ideas á la vez; en él todo iba por su órden, lo primero ántes, lo segundo despues.

La segunda idea fué la transaccion entre buscarlo ó no buscarlo, un subterfugio para huir del mismo modo del enojo de la Marquesa y de la dificultad de encontrar á Miguel, medio seguro de ganar tiempo, que se reducía al sencillo expediente de inventar unas señas; mas el engaño se descubriría pronto, pues para algo queria la Marquesa saber dónde vivia Miguel, y entónces el enojo de la señora subiría de punto.

Regularmente se desea saber dónde vive

una persona ó para escribirle ó para visitarla, y Matusalem se inclinó á creer que la Marquesa haria lo primero, y en tal caso vió con perfecta claridad la manera de salir del paso con todos los honores de un triunfo completo.

Le era sumamente fácil buscar en aquel momento una boardilla, alquilarla en el acto con el nombre de Miguel Lanuza, poner en ella una persona de su confianza, llevar las señas de esta habitacion á la Marquesa y esperar..... ¿Esperar qué?..... Probablemente una carta, que al punto vendria á sus manos, que leeria de la cruz á la fecha y que él mismo se tomaria el trabajo de contestar en nombre de Miguel. Esto era tener en sus manos el hilo de la intriga, que podria dirigir, alargándola ó cortándola segun el aspecto que fuera presentando; era adquirir una coleccion de preciosos documentos, en los que la Marquesa, á la segunda carta, se abandonaria al ímpetu de su loca imaginacion, una vez metida de hoz y de coz en aquellos amores de novela, en los que, claro está, no llegaria á verificarse ninguna entrevista.

Poseer aquellos documentos era poseer el corazón de la Marquesa, era hacerse dueño de ella, era todo lo que podía apetecer, era dar un paso enorme, gigantesco, hácia sus remotas esperanzas; era, en fin, ver acercarse á sus ojos despiertos la realidad deslumbradora de su sueño de oro.

Concebido el plan, no vaciló ya más tiempo y se lanzó á la calle en busca de una boardilla desocupada. Marchaba con aire triunfante, con esa arrogancia que siente el hombre que va satisfecho de su talento; se admiraba á sí mismo y se creía un genio.

Andando, andando, vino á desembocar en el centro de Madrid, pensando á la vez en dos cosas bien opuestas; en un palacio y en una boardilla.

Cruzó la Puerta del Sol y subió por la calle de la Montera lentamente, porque dudaba cuál sería el sitio más á propósito para elegir su nueva habitacion, ó mejor dicho, la habitacion de Miguel Lanuza. Demasiado céntrica no convenia, demasiado extraviada tampoco le parecia conveniente.

Así son los cálculos humanos; aún no había encontrado la boardilla y ya no sabía dónde ponerla.

Después de entrar y salir en muchas calles, tropezó al fin con una puerta, en la cual se hallaba una tablilla, que decía: *Se alquila la mejor boardilla de la casa.* Miró cautelosamente á un lado y á otro, y no viendo en la calle á ninguna persona conocida, entró en la portería.

Al sentir sus pasos, el portero sacó la cabeza por el ventanillo, y ántes que pudiera preguntarle, ¿á qué cuarto va V., caballero? Matusalem le dijo:

— He visto en el portal que se alquila una boardilla.

— Sí señor, una hermosa boardilla; pero me parece que no ha de ser habitación para usted.

— Ciertamente; no es para mí, replicó Matusalem, satisfecho de la observación del portero.

— En ese caso.....

— En ese caso, la necesito.

— Entónces es para V.

— No es para mí; es para..... para una pobre familia, á quien quiero hacer esta obra de caridad.

— Eso sí; para una obra de caridad es una boardilla que ni pintada; ademas, sólo cuesta cuatro duros al mes; dos meses de fianza y uno adelantado.

— No es barata, advirtió Matusalem.

— Véala V., replicó el hombre.

— Es inútil; cuando se trata de hacer bien no debe repararse en duro más ó ménos.

El portero arqueó las cejas como exclamando: ¡qué buen corazon!..... Mientras Matusalem ponía en sus manos una á una dos monedas de oro y dos monedas de plata, diciendo:

— Diez y dos doce.

— Ésa es la cuenta. ¿A favor de quién extendiendo el recibo?

— A favor de Miguel Lanuza.

Como se ve, el portero era á la vez administrador de la casa, y extendió su recibo dictándoselo á sí mismo en voz alta. Despues que lo hubo firmado se lo entregó, y

Matusalem, leyéndolo, llegó hasta la firma, que decia : *J. Martin.*

—Muy bien; esta noche quedará instalada la familia.

—Los pobres, añadió el portero, pronto hacemos la mudanza. Ocho dias hace que sirvo en esta portería y me mudé en cinco minutos. Figúrese V.; me traje mis siete hijos y mudanza hecha.

—¡Siete hijos nada ménos!

—Nada ménos..... Es una bendicion de Dios, y es preciso que las pobres criaturas coman..... La mayor ya le ayuda á su madre y vamos viviendo. Ademas, cuento con un miserable retiro que no me pagan.

—¡Hola!..... ¿V. ha sido militar?..... preguntó Matusalem tomando la llave que el portero le entregaba.

—Ya lo creo, contestó éste; como que tengo siete heridas.

—¡Friolera!..... exclamó el amigo de la Marquesa. ¿Y es eso todo el botin que ha sacado V. de sus campañas?

—No señor, no señor; he sacado tambien siete cruces.

—¿Siete cintajos?

—No son cintajos, caballero; son honrosas condecoraciones que he ganado en acciones de guerra. Véalas V., añadió, mostrándole la solapa raida de una especie de gaban sumamente corto, que difícilmente se abrochaba en su pecho. Véalas V., véalas V..... no son cruces de pronunciamientos.

Matusalem hizo un gesto de admiración. ¿De qué se admiraba? ¿de que hubiera en el mundo un militar tan honrado?..... No; ó por lo ménos no era ésa la fórmula de su pensamiento; se admiraba de que hubiera en su siglo un hombre tan tonto.

Cuando con su llave y su recibo en el bolsillo se disponia á tomar de nuevo la calle, el portero lo detuvo, diciendo:

—¡Eh..... caballero!..... el inquilino deberá traer su cédula de vecindad, porque no podemos admitirlo de otro modo.

—Por supuesto, contestó Matusalem.

En honor de la verdad, no habia pensado en semejante requisito, pero fácilmente saldría de la dificultad. A un hombre como él, tan bien relacionado, no habria de faltarle

un amigo en el extenso personal de la administración pública, que se apresurara á proveerlo inmediatamente de aquel documento falso, indispensable para llevar á cabo su feliz idea. Y si el favor, que puede tanto, no era suficiente, apelaria al dinero, que lo puede todo, porque era un negocio en el cual estaba dispuesto á echar la casa por la ventana.

Seguro de resolver en el acto la dificultad de este pormenor, llegó á la esquina de la calle, y al tiempo en que iba á volverla sintió sobre el hombro el peso de una mano, y sin poder evitarlo, llevó las suyas al sombrero y se le heló la sangre en las venas. Aquella mano, que habia caído repentinamente sobre su hombro, como suele caer la mano de la justicia sobre el hombro de algun criminal, debia ser..... era indudablemente la mano de Miguel. Por eso se le heló la sangre en las venas y acudió en auxilio de su sombrero; que siempre era el sombrero la primera víctima en estos encuentros tan temidos como inesperados.

No se atrevió á volver la cabeza por no

encontrarse con la realidad, y la realidad era aquella cara burlona, aquella risa infernal, aquellos ojos diabólicos, más irritados que nunca por el fuego de la venganza. Con la rapidez del pensamiento se imaginó todos los pormenores del suplicio que iba á sufrir; se sentia ya abrazado, oprimido, estrujado; oia distintamente su voz enternecida, lacrimosa, que le decia: «Mi querido Matusalem, mi tierno amigo, mi dulce compañero»; palabras feroces, que eran sus gritos de guerra, la señal de sus terribles ataques.

Esta vez no se contentaria con abrazarlo y hundirle el sombrero..... Y el caso es que aquel dia, creyéndose seguro de una nueva acometida, habia suprimido la compañía del hombre encargado de protegerle. Infame Miguel, lo pillaba indefenso.

Y no era esto solo. La escena sería como siempre: un escándalo..... la diversion de los curiosos y el entretenimiento de los transeuntes..... y allí, á veinte pasos de la casa cuya boardilla acababa de alquilar, claro es que el portero sería uno de los espectadores, y esto era entrar en la boardilla con malísimo pié;

era comprometer el sigilo indispensable en una intriga tan bien combinada.

Comprendió que su situación era terrible y resolvió quemar el último cartucho; esto es, apelar á la fuga; mas quiso correr y no pudo; estaba bajo el peso de una pesadilla. Su espíritu era fuerte, pero ¡ah! sus piernas eran flacas.

Como el que se lanza frenético á un peligro inevitable, cerró, digámoslo así, los ojos y volvió la cabeza.

¿Qué vió?

Vió una cara pálida, una sonrisa burlona, unos ojos medio dormidos debajo de unos párpados medio cerrados, y una nariz fina y puntiaguda; y francamente, respiró como el que acaba de nacer, aunque respiró á medias, porque si no era Miguel..... era Javier, el hermano de la Marquesa; verdadero contratiempo, pero que al fin y al cabo no era una catástrofe; del mal el ménos.

—¿Qué demonios viene V. á hacer por estas calles? exclamó Javier; pero añadió en seguida: Perdone V. mi indiscrecion; trae-

rá V. entre manos alguna trapisonda..... Cosas de hombres.

—No; contestó Matusalem con ingenuidad; hace tiempo que me retiré de las aventuras callejeras y he pasado por aquí..... casualmente. Mas..... ¿cómo me ha visto usted?

—Como se ve á cualquiera. ¿Acaso es V. invisible?

—No por cierto; pero quiero decir precisamente lo mismo que V. ha dicho; esto es: «¿Qué demonios viene V. á hacer por estas calles?»

—Yo vengo por aquí todos los días, contestó el hermano de la Marquesa, enganchando su brazo al brazo de Matusalem.

—Yo, dijo éste, con la mayor naturalidad del mundo y acaso sin mentir, me parece que es la primera vez que piso esta calle.

—Es muy posible, y en todo caso es para mí un feliz encuentro.

—¿Por qué?

—Porque tengo una duda y no sé cómo salir de ella.

—Una duda..... ¡bah!..... la duda es el

principio de la sabiduría, aunque otros dicen que el principio de la sabiduría es el temor de Dios.

—Lo mismo me da, replicó Javier; la cuestión es que V. me viene de molde.

—Cuánto me alegro!

—Sí señor; V. es hombre de mundo y encuentra para todo soluciones prácticas.

—Tengo algunos años más que V., y aunque no sean muchos, como la experiencia enseña tanto.....

—Pues bien..... V. no comerá hasta las siete; son las tres..... algo más..... de manera que podemos dar un buen paseo.

No le hizo á Matusalem mucha gracia la proposición, pues el paseo iba á robarle un tiempo preciso, necesario para buscar al inquilino de la boardilla y adquirir la indispensable cédula de vecindad, garantía de los hombres de bien lo mismo que de los tunos; pero no tuvo más remedio que aceptarla.

—Por aquí, dijo el hermano de la Marquesa, cortamos el terreno; caemos en la calle del Barquillo y por la calle de Alcalá bajamos al *Prao*.

Aceptado el itinerario, se pusieron en marcha cogidos del brazo; esto es, codo con codo, como dos caballeros que eran, ó como dos presidiarios que podian ser, dada la fragilidad de la naturaleza humana.

Matusalem fué el primero que tomó la palabra, y la usó haciendo esta pregunta:

—¿Con que, se trata de una duda?

Javier echó al aire una bocanada de humo perfumado, que por medio de una boquilla de ámbar acababa de extraer suavemente de un soberbio habano, y contestó:

—Cabal; una duda endiablada.

—Póngame V. en antecedentes.

—Los antecedentes son de todo punto inútiles..... En casos de esta naturaleza los antecedentes son siempre los mismos.

—Entónces, veamos el caso.

—Yo, dijo el hermano de la Marquesa, planteo sencillamente la cuestion, y pregunto: «¿Qué se hace con un rival importuno, que sin más ni ménos se nos planta en medio del camino?»

A esta pregunta inesperada, Matusalem alzó los ojos para observar mejor la fisono-

mía de su compañero, pues aunque la pregunta podia ser inocente, podia ser tambien capciosa, porque la malicia suele tomar el aire de la inocencia. ¡Qué diablo de pregunta, que le cogia á él de medio á medio! Para responder sin contestar, exclamó :

— ¡ Ah! ¡ ah!..... eso es muy serio.

— No lo dudo..... y por lo mismo quiero saber qué se hace.

— Yo le diré á V. Conviene distinguir para no confundirse; hay dos especies de rivales: unos que *quieren* y otros que son *queridos*. ¿A cuál de estas dos especies corresponde el rival de que se trata?

— Sin ningun género de duda, corresponde á un mismo tiempo á las dos especies.

— ¿Es decir, que quiere y es querido?

— Eso es.

— En una palabra, ¿ que se entienden?

— Justo.

Matusalem respiró, porque no era aquél su caso; la Marquesa y Miguel no habian llegado á entenderse todavía. Sin embargo, quiso remachar el clavo de su tranquilidad con otra pregunta :

—Y ¿cómo, dijo, se ha puesto V. en la pista de esa inteligencia?

—De un modo muy sencillito, contestó Javier. La muchacha tiene un hermano muy listo, de la misma piel del demonio, que merced á algunas monedas de oro, le tengo completamente á mi devocion. Pues bien; hace tres dias me dijo: «Compañero, ó yo veo visiones ó se le llueve á V. la casa.» ¿Por dónde? le pregunté; y haciendo un guiño horrible, me contestó: «¡Por dónde! jum, jum..... por el cuarto de enfrente.» Claro está; desde ese dia me puse en acecho, he observado, y ciertos son los toros.

—¿Y qué tal es?

—¿Quién? ¿él?

—Sí.

—Es..... un pobre muchacho..... pero temible.

—¿Muy temible?.....

—Quizá no sea mucho, porque ya sabe V. que los rivales nos parecen siempre mejor de lo que son.

—¿Y ella?.....

—¡Ah! ella es un portento.

— Calle V.; ¿es la que yo he visto esta mañana, hace cuatro horas, que rehusó el coche que V. le ofrecia?

— La misma.

— ¡Oh!..... es un prodigio; siempre es hermosa la mujer que nos agrada; esto es, la mujer que apetecemos; pero ésa es verdaderamente hermosa; comprendo muy bien que se haga por ella cualquier desatino; es una conquista que honraria al mismo Alejandro; pero las locuras hay que hacerlas con juicio; el talento se necesita para todo, y quizá para nada se necesita tanto como para hacer un disparate, y por eso habrá V. observado que los grandes desatinos los hacen los grandes talentos; si salen bien son hazañas, si salen mal son disparates; por consiguiente, el valor real y positivo de toda empresa consiste en que la cosa salga bien; y créame usted, amigo mio, lo que no sale bien es porque no hemos sabido hacerlo.

A Javier le pareció concluyente la observacion de su amigo, y desde aquel momento lo tuvo, segun su misma expresion, por el hombre de más *pesquis* que habia conoci-

do en su vida; y aplicando la teoría al caso en que se encontraba, preguntó:

—¿De manera que tendremos que hacer algun disparate?

—El disparate ya está hecho, contestó Matusalem.

—Yo no he hecho nada todavía..... porque..... porque, es claro, no sé qué hacer.

—¡No ha hecho V. nada y está enamorado! ¿Le parece á V. flojo desatino enamorarse?.....

—Ése es precisamente el punto de partida.

—Bien; la locura ya está hecha; ahora se necesita mucho juicio para que no salga mal.

—Ése es el caso.

—Sí; pero el caso no deja de ser arduo.

—Piense V. y darémos en ello.

—Si se tratára de un rival de la primera especie, no sería difícil defenderla de sus pretensiones..... Si sólo fuera un rival querido, el asunto sería malo; pero no faltarian medios de alejarlo ó de alejarla, y bastaria con que él no supiera nunca el amor que habia inspirado; mas un rival que quiere y es

querido..... dos que se ven, que se buscan y se entienden, es una verdadera diablura.

—Yo, exclamó Javier, estoy dispuesto á todo.

—Calma, dijo Matusalem; calma.

Javier se echó el sombrero atras para darse una palmada en la frente, y soltó estas palabras.

—Tengo un medio.

Su amigo lo miró, diciendo:

—Yo tengo otro.

—Hable V.....

—No, no; V. primero; procedamos con órden.

—Mi medio es sencillo.

—El mio sencillísimo.

—Lo que á mí me ha ocurrido es coser y cantar.

—Con mi idea no hay más que llegar y besarla durmiendo.

—A mí me ocurre lo siguiente.

—Veamos.

—Con cualquier pretexto, valiéndome de un motivo cualquiera..... busco á mi rival.

—Perfectamente.

—Trabo con él una conversacion más ó ménos animada.

—Va V. bien.

—Las palabras se enredan fácilmente.

—¡Cómo!.....

—Una disputa se la encuentra cualquiera al volver de una esquina.

—Siga V., siga V.

—Si él dice blanco, yo digo negro, se acalora y me acaloro, grita y grito; en una palabra, armamos camorra..... lo insulto, me desafía, le envío mis testigos, nos batimos, lo mato y asunto concluido.

—Eso es añadir á una locura otra locura, á un desatino otro desatino. Un duelo al fin y al cabo es un duelo, y lo mismo se va á matar que á morir..... Luégo es un recurso violento, desesperado, y lo que es peor de todo, vulgar. ¿Y qué adelantaria V. aunque llevára al lance metida en el bolsillo la vida de su adversario?..... Por de pronto el ódio de ella, el rencor de la mujer á quien le quitan el amante preferido; un mes de lágrimas contínuas, capaces de desesperar á un santo..... Despues de muerto lo querria

más para mortificarlo á V. doble..... Lo nombrará mil veces al dia, llevará su retrato encima y lo besará siempre que V. pueda verlo, y despues de todo esto, vendrá otro y V. se quedará con un palmo de naricés.

Javier se echó el sombrero sobre las cejas, diciendo :

—Es verdad..... todo eso es posible y probable.

—Mi recurso, añadió Matusalem, no tiene nada de sangriento ni de peligroso; es seguro..... En vez de su ódio tendrá V. su afecto, en vez de sus lágrimas recogerá V. sus sonrisas..... y en vez de otro..... V. será, al fin, el otro.

—Eso es sublime, exclamó Javier.

—Es una solucion práctica, positiva, juiciosa, en la cual nada absolutamente se expone y todo se consigue, absolutamente todo.

—Veamos, veamos esa solucion maravillosa.

—Va V. á verla.

—Venga, venga.

—Ella debe ser pobre.

—Sí, muy pobre..... vive del trabajo de sus manos, porque jamas he conseguido que acepte ni el obsequio más insignificante.

—Muy bien.

—A la madre sí le doy mucho, pero la hija no lo sabe.

—Mejor. ¿Él será también otro pobre diablo?

—Sí, aunque parece un caballero, se conoce que está á la cuarta pregunta..... Debe ser escribiente de alguna oficina.

—¡Soberbio!..... Todas las circunstancias nos favorecen, y ese hombre que V. me pinta parece que nos lo han hecho de encargo. ¿Cómo se llama?

—No sé su nombre.

—Tanto monta: el caso es que sea un infeliz y debe serlo, porque los pobres que se enamoran de mujeres demasiado hermosas, serán muy dichosos, pero por lo comun son unos infelices.

—Tenemos dos términos del problema.

—¿Y qué falta?

—Otro.

—¿Cuál?

— El tercero.

Maravillado estaba Javier de la precision con que su amigo discurria, ó mejor dicho, hablaba, y lo escuchaba como á un oráculo; mas era tal su impaciencia, que lo interrumpia con contínuas preguntas. ¿Cuál sería el tercer término del problema?..... No pudo adivinarlo y lo preguntó.

— El tercer término del problema, dijo Matusalem, está averiguado; pero es preciso establecerlo, y es éste: V. es rico, muy rico.

— Cierto..... Sea la que quiera mi suerte, lo que es fortuna no me falta.

— Pues bien..... la solucion salta á la vista.

— No la veo.

— Es natural; el amor ciega. Ella es hermosa, él pobre y V. rico; pues bien, cáselos V. y asunto concluido.

— ¡Que los case!..... exclamó el hermano de la Marquesa, con verdadero asombro.

— ¿Qué inconveniente hay en ello? replicó el amigo del *corrector de pruebas*; ella no se opondrá, porque las mujeres no se opo-

nen nunca á tener marido; él se dejará casar como un cordero; la luna de miel pasa pronto; el amor es un perfume que se evapora fácilmente si no encuentra dificultades que le cierren el paso; ambos le deberán á V. su mutua felicidad; un hombre agradecido es mudo y sordo y ciego; y una mujer es al fin mujer, y está siempre dispuesta á sacrificarse por el hombre que la hace feliz..... La gratitud no es ciertamente el amor; pero cuando se trata de un hombre como V., una mujer agradecida es una mujer conquistada..... Me parece que no se puede pedir más. Esto es lo positivo.

—¡Casarlos!..... ¡casarlos!..... repitió Javier. Imposible..... Despues..... bueno..... pero ántes, jamas.

—Vaya, dijo Matusalem; veo que está V. más enamorado de lo que yo pensaba; enamorado como un trovador, como un Macías ó como un Otelo; en cuyo caso, no hay más que morir neciamente por mano del verdugo, de un lanzazo estúpido ó colgándose de un pino.

—Todavía..... queda mi recurso.

—Piénselo V. bien; el enemigo más terrible es el enemigo desconocido; aquel de cuya fuerza no tenemos una idea exacta; y ántes de todo se puede optar por un término medio; los términos medios dan siempre buenos resultados.

—¿Y qué término medio es ése?

—Ni matarlo, ni casarlo.

—Eso no es hacer nada.

—Poco á poco. Entre uno y otro término está el término medio. Hágase V. su amigo. Eso es bien fácil; ¿quién no ha de recibir con los brazos abiertos la amistad de un millonario?..... él se dará con un canto en los pechos; V. podrá sondear su corazón y su carácter; sáquelo V. del rincón de su pobreza; mévalo V. en el torbellino del mundo, y se perderá de modo que esa bella costurera no volverá á encontrarlo en su vida; y si te vi, no me acuerdo..... Diplomacia, amigo mio, diplomacia; si no le gusta jugar le gustará beber; si no le gusta beber le gustará holgar, y si no le gusta holgar le gustará lucir, y es muy posible y muy probable que le gusten todas esas cosas á la vez,

y si no le gustan hace V. que las pruebe, y si las prueba le gustarán.

—Eso ya es aceptable..... digo más, me parece un recurso excelente; es tener al enemigo en el bolsillo.

—A jajá..... para lo cual es preciso tener el bolsillo muy largo.

—No importa, añadió Javier..... el dinero es para las ocasiones..... Sí señor, seré su amigo..... lo llevaré á mi casa, lo acostumbraré á mi amistad de modo que no acierte á vivir sin mí..... Sabré hasta sus respiraciones..... ¿No es esto?

—Eso mismo.

—Lo primero será hacerle mudar de domicilio.

—Por supuesto.

Despues de esta conversacion, Matusalem se detuvo de repente, sacó su reloj, y dijo:

—¡Las cinco!..... ¡qué memoria!..... y sin más explicaciones se despidió de su compañero, que se quedó contemplándolo y diciendo:

—¡Matusalem, Matusalem!..... ¡Ah!..... debia llamarse..... Meternich..... ¡qué largo es..... qué largo!.....

Aquella misma noche, á las diez, entró en casa de la Marquesa con aire triunfante.... La señora lo recibió como siempre, y con dulce voz le dijo :

—Amigo mio, ¡qué tarde!.....

—Allí estaba Salazar, el enamorado Salazar, que al oír tan tierna reconvencion hubiera querido tener nuevecientos años, sólo por ser Matusalem.

—Señora, dijo éste, negocios importantes me han detenido contra mi voluntad.

—No es tarde, replicó la Marquesa, si esos negocios importantes han salido á pedir de boca.

—Han salido, contestó él, á medida de mi deseo.

Una señora mayor interpuso su voz, preguntando :

—¿Y al fin se sabe de positivo si hay crisis?

Otro de los presentes contestó :

—Señora, la crisis pasó hace ya diez ó doce dias; el famoso artículo de *El Oriente* no consiguió descomponer al ministerio.

—¿Pues si dicen que están los ministros como perros y gatos?

—Ésas son invenciones de los descontentos; el ministerio está más unido que nunca.

—Alejandro, que acaba de entrar, dijo la Marquesa, nos dirá lo que haya en el asunto, porque suele beber en buenas fuentes.

—En el asunto hay de todo. Es verdad que el artículo de *El Oriente* no ocasionó la caída del Gobierno; pero ustedes saben que el ministerio tuvo que hacer solemnes declaraciones y renunciar al empréstito en los términos en que lo habia proyectado..... No se puede decir..... que fué una derrota; pero tampoco fué una victoria..... Ahora es otra cuestion la que hay sobre el tapete..... Parece que el Gobierno tiene grande empeño en saber con certidumbre quién es el autor del artículo; porque circulan acerca de esto los rumores más extravagantes..... En fin, hay quien se lo atribuye á uno de los ministros; pero, como ustedes ven, eso no tiene sentido comun.

La Marquesa lo interrumpió diciendo:

—¡Oh! si yo fuera presidente del Consejo de ministros, le daria á V. el encargo de

esa averiguacion, y creo que conseguiria saberlo.

—Crea V., Marquesa, que no faltarian recursos para salir del paso..... porque de un presidente del Consejo de ministros como V., bien se puede ser agente de policia.

—No se me pique V., caballero, replicó la Marquesa, con su sonrisa más encantadora..... No me interrumpa V., que voy á rectificar. Si yo fuera reina constitucional..... no lo permita Dios, ¿no sería V. mi ministro responsable?.....

Matusalem se inclinó hasta tocar con la barba en las rodillas, y contestó :

—Señora mia, sin vacilar.

—Me parece, añadió ella, riendo á carcajadas, que nos hemos entendido.

De todo lo que allí se habló, esto es lo único que nos conviene saber, para la mejor inteligencia de los sucesos que se nos vienen encima.

Cuando Matusalem se encontró solo en medio de la calle, envuelto en su magnífico abrigo, camino de su casa, iba diciendo para su capote :

—Su ministro responsable..... eso es..... entendido..... entendido.

Luégo apresuró el paso, y por último desapareció detras de la puerta de su casa, que no era un palacio ciertamente, pero habia en ella una habitacion, donde sin gran lujo se hallaban reunidas todas las comodidades posibles; no le faltaba requisito; se conocia á primera vista que la habitaba un hombre que sabía vivir.

Matusalem entró en ella, se hizo desnudar por su *ayuda de cámara* y se metió en la cama, cama elegante y perfumada, como pudiera serlo la de una señorita.

Antes de dormirse hizo el resúmen filosófico de su situacion, en estos términos:

Tesis. La Marquesa está neciamente enamorada de Miguel.

Hipótesis. Yo me apodero del secreto íntimo de estos amores estúpidos.

Sintésis. Me casaré con ella.

Inmediatamente despues se quedó dormido.

Acaso algun lector pregunte: «¿Se durmió tranquilo?.....» Sí, contestamos; tranquilo; más aún, satisfecho.

CAPÍTULO V.

A. Gil y Agudo.

Aquella noche no durmió Javier tan tranquilo como Matusalem, porque lo sorprendió el día devanándose los sesos por encontrar la manera más breve de entablar amistad estrecha, íntima, tierna, con el hombre que se atrevia á disputarle la posesion de tan bella criatura, y sea por lo limitado de sus alcances, ó por ofuscacion del momento, ó porque la cosa fuera más difícil de lo que al pronto parece, ello es que el enamorado caballero no daba en el *quid*, y lo que es más, cada vez le parecia ménos accesible la amistad de aquel pobre diablo oscuro y desconocido, cuyo nombre ignoraba.

Se le ocurrían mil medios y mil dificultades; el medio más sencillo y más ejecutivo

era ir y buscarlo en su misma casa, presentándose en ella con toda franqueza. Para esto necesitaba un pretexto cualquiera; por ejemplo, decia: «Necesito un jóven de buena presencia y finos modales para que me sirva de secretario y se encargue de mi correspondencia y de mis asuntos; me han encaminado aquí, y yo mismo vengo á proponerle á V. este empleo, en el cual disfrutará de un sueldo decente y de las debidas consideraciones. Aunque lo raro del caso lo sorprenda, porque los beneficios no caen así por la chimenea, parece muy natural que acepte una posicion que no por ser inesperada deja de ser ventajosa, y en tal caso el negocio me sale redondo; pues me será fácil hacerle mudar de domicilio, dándole habitacion en mi propia casa..... Mas debemos pensarlo todo, y aunque no es probable, es posible que rehuse..... y áun así..... quiere decir que algo hay hecho, vencida la dificultad de la primera entrevista.»

La idea debió parecerle completa, pues comenzó á vestirse con ánimo resuelto de ponerla inmediatamente en planta. Mas de

pronto se detuvo exclamando: «¡Qué disparate!..... es imposible. En primer lugar, no sé cómo se llama, y esto es indispensable para ir á su casa, porque al abrirme la puerta he de preguntar por álguien..... Pero estoy estúpido esta mañana..... eso lo averiguo en el acto; el comisario de policía del barrio me dará todos los datos que necesite.»

Sin embargo no quedó satisfecho de su perspicacia, porque hizo un gesto de disgusto tan expresivo, que dejaba traslucir claramente que habia tropezado su plan en un nuevo obstáculo más grave que el que acababa de vencer.

«Yo sé, dijo hablando consigo mismo, que esos amores del diablo no han pasado todavía de los preliminares; esto es, de las primeras miradas y de las primeras sonrisas, pero despues de las primeras miradas y de las primeras sonrisas vienen á escape las primeras palabras..... hay, pues, que anticiparse á este peligro, que me parece inminente; mas es el caso que yo no puedo ir á buscarlo..... Ayer, huyendo de mí la ingrata, se me perdió de vista; creí que se habria entra-

do en su casa; pero cá, se habia metido en la portería de la casa de enfrente á charlar con la portera, que segun Juana, es una mujer que en todo se mete y que todo lo habla. A charlar con la portera y de paso á facilitarle al otro el camino de que le diga..... algo..... ¡Qué mujeres!..... ¡qué mujeres!..... Resultado, que no puedo ir á esa casa sin exponerme á ser descubierto, y aquí es indispensable que ese maldito rival empiece á ser mi íntimo amigo sin que Magdalena lo sepa..... y aunque ya no le será tan fácil volver á la portería, ¿quién me dice á mí que la portera no puede ir á su casa y cantar de plano? porque ya se ve, en aquella calle todo el mundo debe conocerme.»

Despues de este monólogo, dicho palabra por palabra delante del espejo, ante el que arreglaba sus cabellos y atusaba sus bigotes excesivamente rubios, se quedó pensativo..... porque..... se le habia ocurrido una nueva idea.

Pensó por un momento que lo mejor de todo era hacer que Juana se mudára de casa; pero no le satisfizo, porque inmediatamente

comprendió que Magdalena le daría de algún modo noticia de su nueva habitación, y si no era así, él se daría buena maña á averiguarla, y si no se hacían guiños de ventana á ventana, se harían muecas de la ventana á la calle, lo cual era lo mismo, ó peor, porque no pudiendo verse tan cómodamente, apelarian al recurso de escribirse; no faltaría ocasión para alguna cita, y entónces era asunto perdido.

Como se ve, Javier discurría minuciosamente, y no se dirá que no pesaba y medía todos los pormenores favorables y adversos, si no con gran lucidez, á lo ménos con decidido empeño de acertar con el medio más seguro.

Al fin volvió á su primer pensamiento, es decir, al pensamiento de Matusalem, que indudablemente era el mejor, el que más aseguraba un éxito completo.

El hermano de la Marquesa, especie de D. Juan Tenorio de su tiempo, tenía de las mujeres una opinion no del todo desencaminada; daba por cosa segura que, abandonada Magdalena de aquel hombre que se le

habia metido en la cabeza, sentiria el despecho del primer desengaño, y su amor naciente se convertiria en ódio, y cuando una mujer odia al hombre á quien al mismo tiempo quiere, está en disposicion de dejarse amar por toda la mitad del género humano.

Javier conocia algunas víctimas de esos desengaños, y calculaba que por hermosa que fuera Magdalena no dejaria por eso de ser una mujer como todas las mujeres..... Las mujeres perdonan fácilmente una infidelidad, pero suelen no perdonar una ingratitude, y para ellas son ingratos, son infames, no los hombres que las engañan, sino los hombres que las desengañan. Al hombre que por ningún concepto vale más que la mujer, le sucede lo mismo.

Esta última reflexion no la hizo Javier; la hago yo, para que el lector no se tome el trabajo de hacerla.

Ciertamente un desengaño sería para Magdalena un golpe terrible, pero tal vez su corazon confiado y tierno no creyera en él, y entónces el hermano de la Marquesa perderia el tiempo, porque ella viviria con

la esperanza de volver á encontrar al que habia perdido. Tambien era posible que herido su corazon por la crueldad del desengaño, se cerrára su alma afligida á otro nuevo sentimiento. Podian suceder, en fin, muchas cosas imprevistas; pero Javier no tenía ojos para verlo todo, y quedó plenamente convencido de que el éxito completo de su empresa consistia en alejar á aquel hombre de Magdalena, haciéndolo desaparecer de la noche á la mañana, sin que ella tuviera conocimiento del caso, ni indicio ni sospecha alguna.

Despues de tanto reflexionar, se encontraba al principio, porque la gran dificultad estaba en el primer paso.

Mas en rigor, lo que él no podia hacer podia hacerlo otro; una persona hábil y discreta desempeñaria perfectamente la comision, yendo á proponerle á su rival el empleo de secretario, y nada más probable, conduciendo el asunto con habilidad, que el pobre muchacho agradecido se apresurára á venir á su casa, aunque no fuera más que á darle las gracias; é inmediatamente que pensó esto, dijo:

—«Justo..... justo..... No hay que pensar más..... La única persona que puede arreglarme este asunto es el mismo Matusalem.»

Habia concluido de vestirse y fué á pedir el coche para salir en busca de su amigo, cuando un criado entró anunciándole la visita de un caballero.

—¡Un caballero!..... exclamó enojado; ¡un caballero!..... ¿Y quién es ese caballero? ¿acaso se le ha perdido el nombre?

—No lo ha dicho, le advirtió el criado, encogiéndose de hombros.

—No lo ha dicho; es claro, por eso es preciso que V. se lo pregunte.

El criado salió, y volvió á entrar inmediatamente con una tarjeta en la mano.

Al verlo Javier, le dijo:

—Hoy está V. bastante torpe..... ¿No ha tenido V. nada en que traerme esa tarjeta?

El pobre lacayo volvió á encogerse de hombros pensando en dónde podría llevar la tarjeta mejor que en la mano; duda que se comprenderá fácilmente cuando se sepa que este criado era nuevo en la casa, y no habia tenido tiempo de advertir que las tarjetas se

presentaban á los señores en una bandeja, por lo ménos de plata.

Así se lo hizo entender su amo, en vista de lo cual, y convencido al fin de su tórpeza, salió de nuevo, volviendo á entrar otra vez con la tarjeta en una preciosa bandeja de plata primorosamente cincelada.

Entónces tomó Javier la tarjeta con su mano, no precisamente bella, pero sí blanca y suave, como la mano de una niña, y la acercó á sus ojos, exclamando:

— ¡Demonio!..... ¡qué dice aquí!

En efecto, la letra en que estaba litografiado el nombre era una letra casi imperceptible, cuyos diminutos caractéres parecían una línea de puntos. Despues de restregarse los ojos dos ó tres veces pudo Javier descifrar el enigma, leyendo:

A. GIL Y AGUDO.

— Hé aquí un nombre que se pierde de vista, dijo, poniendo la tarjeta sobre el mármol de la chimenea..... Gil y Agudo, buen danzante..... No esperaba semejante visita,

pero..... puede servirme. Y volviéndose al criado que esperaba sus órdenes, añadió : Dígame V. que pase.

Un instante despues apareció en la puerta Gil y Agudo perfectamente encerrado en un gaban negro; gaban ó levita, ó más bien las dos cosas á la vez. De seguro le habria dicho al sastre: Hágame V. una cosa que me abrigue, sin que precisamente sea un abrigo.

La nariz resueltamente aguileña daba á su rostro cierta semejanza á la cara, si podemos llamarla así, de un ave de rapiña..... los ojos eran penetrantes, la sonrisa afable.

Parecia más viejo que jóven, y era más bien alto que bajo, más bien flaco que gordo, moreno, perfectamente afeitado y calvo.

Se apoyaba en un baston enorme, sobre el que descansaba su mano izquierda, mientras la derecha sostenia el sombrero cogido por el ala á la altura de su pecho.

—Apénas lo divisó Javier, le gritó :

Adelante, amigo mio, adelante.

Antes de dar el primer paso, Gil hizo una cortesía, que no me atreveré á llamar graciosa, pero sí fácil, como hombre flexible,

acostumbrado á doblar y á erguirse, segun el caso y las circunstancias.

—Al leer mi tarjeta, dijo, entrando con paso seguro, habrá V. dicho: No esperaba semejante visita; pero un amigo es siempre un amigo.

—Cierto, exclamó Javier, sin atreverse á tenderle la mano, porque veia que Gil y Agudo tenía las dos suyas ocupadas, la una en el sombrero y la otra en el baston, medio de que al parecer solia valerse para no ser nunca el primero en dar la mano á nadie.

—Pero, añadió, sentiria en el alma interrumpirlo á V. en alguna ocupacion importante, ó detenerlo á V. más tiempo del conveniente, cuando quizá ó sin quizá reclamen su presencia negocios graves..... porque..... ya se ve, el hombre se debe á su posicion, y cuanto más elevado es por lo ilustre de la sangre, por el rango, por la fortuna ó por el talento, parece que está más obligado á defender los principios seculares de una sociedad, á la que al fin y al cabo todo se lo debe..... Así es que..... repito, sentiria en el alma privarlo á V. de un tiempo precioso.....

tanto más, cuanto que mi visita no tiene otro objeto que saludar á un amigo querido, á quien no podemos ver todos los dias.

No hizo mucha gracia á Javier este exordio, que lo mismo podia ser una lisonja que un reproche; pero conocia las pretensiones dogmatizadoras de la persona que tenía delante, y en vez de enfadarse se echó á reir, diciendo:

—Bueno; miéntras el mundo arregla sus cosas como las tenga por conveniente, deje usted ese sombrero y siéntese, que los principios seculares de la sociedad no echarán de ménos el tiempo que perdamos fumando un buen cigarro..... porque..... no debemos hacernos ilusiones, nuestra sociedad está perdida.

—Ustedes, replicó Gil y Agudo, ustedes, los que se hallan arriba, los que han alcanzado los favores de la fortuna, serán los responsables ante la historia.

—No me aterra el tribunal ante el que usted me emplaza; mas si su fallo nos fuera desfavorable, crea V. que sería injusto, porque éste no es, rigurosamente hablando, nues-

tro tiempo..... Nosotros pasamos; ahora le toca á la clase media; ella es hoy la reina del mundo, y nosotros no podemos hacer más que ir viviendo.

—¡La clase media, la clase media! exclamó el Sr. Gil arqueando las cejas; y jugando con el vocablo, añadió: clase media es lo mismo que media clase; ni *fa* ni *fo*..... el triste reinado de las medianías envidiosas, el culto de los intereses del momento, el egoísmo, la codicia y el miedo..... ¡Ah! lo que no haga la nobleza, que ya no puede hacer nada, lo hará la plebe, que quiere hacerlo todo, y si no está ménos corrompida, es siquiera más valiente.

—Malas deben andar las cosas, Sr. Gil, cuando tan sombríos hemos amanecido esta mañana.

—No andan bien y cada dia han de andar peor.

—¿Pues qué hay..... qué hay de nuevo? preguntó Javier.

—Lo de siempre, contestó su amigo, aspirando una soberbia bocanada de humo, que salió por sus narices como por los caño-

nes de una chimenea puestos boca abajo.

—¿Se conspira, eh?

—Por supuesto..... hace mucho tiempo que vivimos en estado de conspiracion, bajo el doble estado de sitio de los gobiernos y de los conspiradores; pero ya se ve, cada vez la cosa va siendo más séria.

—Y bien, ¿qué demonios hace la policía?.....

—La policía..... es la policía.

—Si no es útil, ¿para qué se tiene?

—Se tiene, porque es preciso tener algo.

—¿Algo inútil y caro?

—Sin duda; pero desde que los hombres de bien no sirven para nada, desde que son tan cobardes, que no se determinan ni á defenderse, ha sido preciso apelar al recurso de la policía.

—¿Y para qué?.....

—Para hacer que hacemos, y es claro, ha tenido que formarse por punto general de gente *non sancta*; no habiendo hombres de bien que oponer á las maquinaciones de los malvados, ha sido preciso oponer pillos á pillos.

—Pero bien, ¿qué hay? volvió á preguntar Javier. ¿Qué regimiento está en puerta?..... ¿qué ilustre general se va á echar á la calle?

—De todo hay; mas todavía no se entienden bien..... falta dinero.

—De manera que la cosa no es inminente.

—No.....

—Entónces rueda la bola.

—Ya sabe V., dijo A. Gil y Agudo, que yo no soy hombre político, ni nada tengo que perder en los trastornos que sobrevengan; pero no puede uno ser indiferente á ciertas cosas. Por ejemplo: hoy tiene V. al Gobierno empeñado en sostenerse contra viento y marea; desde que *El Oriente* lanzó el famoso artículo, el ministerio debió haberse retirado.

—Mientras tenga mayoría.....

—Sí, ¿pero qué hace con mayoría y sin empréstito?..... porque lo que es el negocio ya no pasa..... Y..... hombre, ¡vió V. que artículo tan admirable!

—Ya lo creo..... fué un golpe terrible.

—El director de ese periódico tendrá un talento de primer orden.

—Es muy listo y muy amigo mio.

—¿Sí, eh?.....

—Mucho..... fuimos compañeros de universidad; por cierto que perdiamos todos los años..... él siempre le tuvo aficion á los periódicos; pues á pesar de eso..... le aseguro á V. que no lo creia capaz de haber escrito un artículo tan brillante..... Mucha gente duda que sea suyo.

—¿Qué disparate!..... exclamó el Sr. Agudo. ¿De quién habia de ser!

—Por supuesto.

—¿A qué habia de ocultarse el autor de un artículo que por sí solo hace la reputacion de un hombre?

—Claro está.

—Yo tengo pasion por los hombres de talento.

Javier se levantó á mirar la esfera del reloj de bronce que latia sobre la chimenea, y al ver la hora hizo un gesto de impaciencia, que Gil no habria visto si el espejo, al cual miraba casualmente de reojo, no se lo hubie-

ra hecho ver con esa inocencia con que los espejos repiten todo cuanto se pone á su alcance. Así es que levantándose á su vez, repitió :

—Sí señor; tengo pasion por los hombres de talento. Los admiro, añadió, cogiendo el sombrero..... En fin, mis viajes por Europa no han tenido más objeto que el de conocer personalmente á los hombres más ilustres, no así como quiera, sino conocerlos y tratarlos; siempre encontraba algun amigo que me presentára á ellos..... Pero basta de visita.

—¿Se marcha V. ya?..... preguntó Javier.

—Sí, amigo mio; su conversacion de V. es encantadora, pero..... de lo bueno poco.

—Espere V. y saldremos juntos.

—¡Ah! ¿V. tambien sale?.....

—Sí.

—En efecto, ahora reparo que está V. vestido *de calle*.

—Tengo que ver á un amigo ántes de almorzar.

—¿Será ese amigo acaso el director de *El Oriente*?

—No.

—Lo siento.....

—¿Por qué?.....

—Porque es un hombre de talento y tengo hambre de conocerlo y de tratarlo, y V. me presentaría á él. Supongo que no tendrá usted inconveniente en ello.

—Ninguno; mi amigo recibirá una satisfacción, pues siempre son lisonjeras esas presentaciones. Si estuviese ahora en la redacción, lo veríamos al paso.

—¿Lleva V. ese camino?

—Precisamente.

—Entonces aprovecho la ocasión que se me presenta.

Javier pidió el coche, que estuvo al punto al pié de la escalera, y ambos amigos, porque los dos eran antiguos conocidos, se dejaron llevar al gran trote de dos arrogantes yeguas, que según decía el mismo cochero, devoraban las calles.

Pronto llegaron á la puerta de la redacción de *El Oriente*, se apearon y subieron; Gil cogido al brazo de Javier.

No son las redacciones de los periódicos

sitios muy *confortables*; suele hacer en ellas mucho calor en el verano y mucho frío en el invierno. Una mesa redonda como la de un café ó como la de una fonda, tres ó cuatro tinteros siempre modestos, como la virtud y como el talento; várias plumas, unas de acero y otras de ganso, segun la forma de letra de cada uno; gran acopio de obleas para pegar, grandes tijeras para cortar, muchas cuartillas de papel blanco, sobre las que nunca faltan más ó ménos borrones; muchos periódicos esparramados por el suelo, rotos, pisoteados y escupidos, mucha conversacion con toda clase de palabras, mucho humo de toda clase de tabacos, y ni un libro siquiera, forman por lo comun la base obligada, el pié forzado, esto es, la piedra angular de la redaccion de un periódico.

Las hay más lujosas, y las hay más modestas, pero siempre partiendo del desórden de esa mesa redonda, sólo comparable al cajon de un sastre, al rededor de la que, talentos casi siempre ignorados ilustran al mundo conocido, dirigiendo la opinion pública, de la cual á la vez son ecos.

La redaccion de *El Oriente* era esto mismo; mas habia en ella un gabinete con chimenea, seis sillas, dos butacas y un sofá de guttapercha, una mesa de escritorio, y cuatro mapas clavados á la pared y medio cubiertos de polvo.

Éste era el despacho del director, que comunicaba por una puerta con la redaccion, y por otra con la imprenta, y hasta el que tuvieron que penetrar Gil y Javier para llegar hasta el oráculo, que á la sazón trataba de averiguar quién revendia los billetes de los espectáculos públicos á la puerta misma de los teatros que los enviaban; pero no podia indagarlo, á pesar de que en las redacciones de los periódicos todo se sabe.

Javier seguido de Gil entró diciendo:

—Mi querido grande hombre, aquí te traigo un admirador de tus talentos, una persona de mérito, que desea conocerte: el señor D. Antonio Gil y Agudo, antiguo amigo de mi casa é íntimo amigo mio.

—Caballero, dijo el director, tendiendo la mano al que acababa de presentarle Javier, me proporciona V. una satisfaccion.

— La satisfaccion es mia , replicó Gil.

— Bravo..... exclamó Javier ; miéntras ustedes se hacen todos los cumplimientos que el caso requiere, yo me voy con la música á otra parte.....

— Espera, espera, le gritó su compañero de universidad.

— No puedo, tengo mucha prisa.

Y diciendo y haciendo, desapareció por la misma puerta que habia entrado.

— ¡Qué artículo! amigo mio. ¡Qué artículo! dijo entónces Gil arqueando las cejas y dando á toda su fisonomía la expresion del más sincero asombro.

— Ya sé que me lo atribuyen, añadió el otro suspirando ; pero en honor de la verdad debo decir que no es mio.

— Comprendo esa modestia, que siempre sienta bien á los talentos superiores..... mas desengáñese V., que el verdadero mérito no puede estar mucho tiempo oculto..... Además, comprendo que hay peligro en descubrirse, porque al ministerio debió hacerle muy poca gracia.

— Muy poca, añadió el director de *El*

Oriente; y en rigor yo soy el responsable de que se haya publicado.

— Le tendrán á V. una ojeriza.....

— No señor..... He tenido una larga conferencia con el presidente del Consejo, y lo he dejado satisfecho diciéndole la verdad.

— ¡La verdad!..... respondió Gil con la malicia más cándida del mundo.

— Lo que V. oye..... Ese artículo lo recibí por el correo interior; lo leí y me pareció bien: los datos eran excelentes y los cálculos estaban bien hechos, podían servir de advertencia al Gobierno, y lo dí á la imprenta con la mejor intencion del mundo.

Mostró Gil una sonrisa de tan lisonjera incredulidad, que el ya famoso director de *El Oriente* añadió con aire de importancia.

— No le diré yo á V. que no haya en él algo mio..... Tuve que ordenarlo, que corregirlo, en fin, darle literatura..... arte..... Acaso las frases más felices me pertenezcan..... No niego que tenga alguna parte en lo redondo de los períodos y en lo castizo de la forma; pero la idea no es mia.

— La idea, phs, la idea es lo de ménos,

porque una idea la tiene cualquiera..... cualquiera que esté despacio y piense dos horas..... El mérito está en la forma, en la frase, en la palabra..... Y el periodista no es en rigor el hombre que piensa, sino el hombre que escribe. ¡Caramba! no tiene tiempo para otra cosa.

— Si tuviéramos á la mano el original del artículo veria V. confirmada su observacion, pues corregí una frase de que no hago memoria con tan feliz acierto, que es la que le da todo el tono al artículo.

— Tendria mucho gusto en ver eso, se apresuró á decir el Sr. Agudo.

— Pues lo veremos.

Y levantándose, abrió la puerta que daba á la imprenta y gritó.....

— Que venga el regente.

El jefe de la imprenta no se hizo esperar, y acudió apareciendo detras del director. Éste le dijo :

— Tráigame V. el original de *Los cencerros tapados*.

— ¿De *Los cencerros tapados*?..... preguntó el regente.

— Sí, repitió Gil; de *Los cencerros tapados*.

— ¿Y dónde estará eso?

— Deberá estar en la imprenta, contestó el director.

— En la imprenta..... pues échele V. un galgo; hace ya diez días que se publicó ese artículo, y todas las semanas se limpia la imprenta de original..... Probablemente se habrá quemado.

— ¡Qué lástima! exclamó Gil; yo pagaría una cuartilla de ese original á peso de oro. A fuerza de constancia he reunido una buena colección de autógrafos contemporáneos, y dos renglones originales de ese artículo me la completarian.

— Eso para pensado era muy bueno.

En aquel momento dijo el director admirado:

— ¡Otra vez aquí!.....

— Otra vez, contestó Javier entrando. Imagínate que se me ha olvidado lo principal..... lo primero que traía en la memoria, lo que más me interesa en este momento..... Es decir..... no es una cosa que me quita el sueño, pero vamos, quiero decir que no de-

bia habérseme olvidado; pero sí, vaya V. á echar cuentas con la memoria; cuando uno más desea acordarse de una cosa, más pronto se le olvida.

—Acaba..... acaba..... dijo el director de *El Oriente*..... siempre has sido hablador..... pero en este momento se atropellan las palabras en tus labios, como un cántaro lleno que se aboca de pronto.

—Yo te diré..... es que necesito un secretario..... un secretario de toda mi confianza, y sólo tú puedes proporcionármelo.

Miéntras Javier hablaba con su compañero de universidad, Gil hablaba con el regente de la imprenta.

—¡Un secretario! ¿y dónde diablos te encuentro yo un secretario?

Al mismo tiempo decia el regente:

—Es imposible encontrar ni media cuartilla.

Y el director añadía:

—Vamos, tú querrás un hombre maduro, experimentado.

—No, replicaba el hermano de la Marquesa; precisamente lo que yo necesito es un

jóven..... los viejos no sirven para nada.

Y Gil le decia al regente :

—Usted no sabe lo que vale un autógrafo; una sola letra de ese original le valdria á usted una fortuna.

—¿Lo has visto entrar? preguntaba el director.

—Sí; es un jóven casi rubio que tiene los ojos negros. Se ha metido en la imprenta.

—Ya..... será el corrector de pruebas.

—No sé; pero ya sabes que yo me dejo llevar de las primeras impresiones; me ha gustado su facha y creo que me conviene.

—En ese caso, lo llamaremos ahora mismo, se lo diremos, y me parece que no habrá necesidad de rogárselo.

—Mejor es que tú me lo recomiendes..... Sabes que busco un secretario, te has acordado de él y me lo has propuesto; ¿qué trabajo te cuesta hacerle ese favor?

—Ninguno; ahora verás.

Y volviéndose al regente, que continuaba hablando con Gil, le preguntó :

—¿Está ahí Lanuza?

—Sí señor.

—Pues que venga.

—Entónces Gil, que parecia algo contrariado, dijo :

—Si V. me lo permite, señor director, voy á ver la imprenta; soy algo aficionado al arte tipográfico, porque yo sé de todo un poco, ó más bien, de todo quiero saber algo.

—Tiene V. toda la casa á su disposicion, le contestó el amigo de Javier, y el regente le enseñará á V. la imprenta y le dará razon de todo cuanto quiera saber. Yo mismo lo acompañaré á V.

—No, no, se apresuró á decir..... nada de cumplimientos..... con el regente..... tengo bastante para saber lo que quiero.

Las últimas palabras las pronunció bajando la cabeza, de modo que al bajarla se pudo guiñar el ojo á sí mismo sin que nadie lo viera, entrándose en la imprenta detras del regente, que le hizo el honor de tener la puerta para que pasára más cómodamente.

Por aquella misma puerta, un momento despues, entró el *corrector de pruebas*, al mismo tiempo que Javier parecia distraido en

examinar un mapa de los que adornaban las paredes.

—Vamos, exclamó el director al ver entrar á Miguel; ha llegado el dia de que le cumpla á V. mi palabra, y me parece que puede V. darse la enhorabuena. Y bajando la voz y acercándose á su oido, añadió: es una prebenda de las que entran muy pocas en libra. Cuando yo hago un favor lo hago en regla.

—¿De qué se trata? preguntó Miguel.

—Se trata de que mejore V. notablemente de posicion; de que deje V. de ser corrector de pruebas, aunque sea de *El Oriente*, para ser secretario particular, secretario íntimo de un personaje.

—¿Y cómo ha sido eso?..... dijo Miguel sorprendido.

—Va V. á saberlo; ese caballero que examina el mapa de Italia es el personaje es rico y espléndido, y ademas muy amigo mio. Yo sabía que buscaba un secretario..... le he sacado la conversacion del asunto pensando en usted. Hemos hablado largamente, y creo que es cosa hecha.

Miguel no disimuló que la noticia le era agradable, porque si es verdad que habia renunciado resueltamente á ser rico, tampoco habia hecho juramento solemne de ser eternamente corrector de pruebas.

El Director no creyó necesarias más averiguaciones, y volviéndose á su amigo que continuaba examinando el mapa de Italia, le dijo :

—Javier, aquí tienes á mi recomendado.

—¡Hola! exclamó. ¿Es éste el jóven de quien haces tantos elogios?

—El mismo, contestó el director.

—Amigo mio, dijo entónces el hermano de la Marquesa, poniendo jovialmente la mano en el hombro de Miguel; va V. á ser dueño de todos mis secretos, por lo cual le ofrezco á V. doce mil reales de sueldo..... casa y mesa.

—La casa y la mesa sobran, replicó Miguel; con el sueldo me basta.

—Perfectamente; es negocio concluido; pero hoy será preciso que venga V. á mi casa y almorcemos juntos, y almorzando se enterará V. de mis asuntos.

—¡Hoy!..... dijo.

Realmente aunque dijo «hoy.....», quiso decir: «así.....» Esto es, «en este traje..... en esta facha.....»; porque aún cuando iba mejor vestido que la primera vez que lo encontramos, en aquel momento y mirándose desde la altura de su nuevo empleo, se pareció deplorable.

De este modo debieron entenderlo Javier y el director de *El Oriente*, pues los dos á la vez dijeron:

—Aún tiene V. tiempo de vestirse.

—Tiempo sí, repitió con risueño desembarazo; pero el tiempo, que en Inglaterra es oro, en España no es ni ropa.

Los dos compañeros de universidad se echaron á reir, celebrando la gracia con que habia confesado su miseria. Y Javier lo cogió del brazo, diciendo:

—Éste es el hombre que yo necesito. Hoy mismo, ahora mismo, vendrá V. á mi casa y almorzarémos juntos; almorzarémos en mi cuarto solos mi secretario y yo.

—Déjeme V. á lo ménos que tome mi sombrero.

Al entrar lo habia dejado sobre una silla, y el director se lo puso en la mano, y asidos del brazo, ó mejor dicho, cogido Miguel por Javier, que se reia como un loco á cada palabra que pronunciaba su secretario, bajaron la escalera y entraron en el coche que esperaba á la puerta, inmóvil, á pesar de la impaciencia de las arrogantes yeguas.

Entre tanto, nuestro buen A. Gil y Agudo habia registrado hasta el último rincon de la imprenta, repasando papel por papel todos los originales que encontró en ella, pero con tan mala suerte, que no encontró ni rastro siquiera del famoso artículo de *Los cerros tapados*, y salió al fin desconsolado, porque su coleccion de autógrafos contemporáneos iba á quedar manca.

—Es buena imprenta, dijo entrando en el gabinete del director; pero falta un departamento.

—¿Cuál? preguntó su nuevo amigo.

—Uno, en el que pudiera archivarse, á lo ménos por un año, el original auténtico de los artículos que publica el periódico.

—Eso sería inútil.

—Inútil muchas veces, casi siempre, pero en alguna ocasion utilísimo.

—Nadie ha pensado en ello..... ya sabe usted que las producciones periodísticas son flores de un dia. Cuando nadie se toma el trabajo de conservar lo impreso, ¿á qué guardar los manuscritos?

—Ya lo comprendo, pero es para mí una contrariedad; para mí únicamente, que tengo, como ya he dicho, una coleccion de autógrafos contemporáneos, como de seguro no la hay en el mundo..... Hoy vale poco, pero figúrese V. mañana.

—¡Oh! mañana será un tesoro.

—En verdad, añadió reflexionando, puedo remediarme; su letra de V..... ésa es corriente, y la otra..... Le he de traer á V. muestras de todas clases de letras, y alguna le parecerá. De este modo veré si consigo enriquecer mi coleccion, aunque no sea más que con una especie de *fac-simile*. En la letra que segun V. recuerde sea más parecida á la del artículo, hago copiar una cuartilla, intercala usted en ella sus correcciones y tendré..... algo.

— Recuerdo, dijo el director de *El Oriente*, que era una letra menuda encadenada, formando renglones torcidos hácia arriba, renglones que subian, las *tees* estaban cortadas por rasgos muy marcados; las *ues* de corazon parecian *oes* abiertas. En fin, los párrafos aparte empezaban casi á la mitad del renglon; era sin duda una letra disfrazada.

— No importa, advirtió Gil; es más fácil imitar la letra de otro que disimular la propia, y para mi objeto, los datos que acaba usted de darme son preciosos; V. no extrañará.....

— Cá, no señor; comprendo perfectamente la manía de las colecciones; figúrese V..... yo soy algo numismático.

— Entónces, exclamó Gil casi abrazándole, nos entendemos perfectamente. Un monetario..... un buen monetario es lo que hay que tener en el mundo.

Al pronunciar estas últimas palabras cogió su sombrero y se despidió del director de *El Oriente*, haciéndole los más corteses ofrecimientos, dejándole una tarjeta y pro-

metiéndole otra visita, y áun algunas monedas raras que debia tener, porque él tenía de todo un poco.

El director lo acompañó hasta la escalera á pesar de su resistencia, y hecha la última cortesía, se separaron.

El primero volvió á su despacho restregándose las manos, y diciendo :

—Es un buen hombre y muy instruido.

El segundo se lanzó á la calle pensativo y cabizbajo; sin duda no le habia salido la cuenta.

—Ese infeliz es tonto, dijo; no se apropia el artículo por miedo y se atribuye las correcciones por vanidad..... Una sola cuartilla de ese original sería la prueba incontestable..... pero si no consigo la prueba tendré la evidencia..... No es lo mismo; pero al fin es algo.

Dicho esto, empuñó su baston con aire decidido, y apretó el paso como impulsado por una prisa repentina.

Dejemos aquí por ahora al Sr. A. Gil y Agudo.

CAPÍTULO VI.

El almuerzo.

Ya sabemos por boca de Magdalena que la Marquesa y su hermano vivían en una misma casa, como ella dijo: juntos, pero separados.

Así era la verdad. Javier habitaba los entresuelos, donde tenía suntuosas habitaciones, independientes del resto de la casa, con la que se comunicaba, sin embargo, por medio de una escalera interior, por donde subía de su cuarto al comedor los días que comía con su hermana: formaban ambos una familia, y en rigor no eran más que dos vecinos, que no se molestaban en nada.

Llegó el coche hasta el pie de la escalera principal, y los dos amigos, esto es, Javier y su secretario, se apearon, subieron los pri-

meros escalones, por los que bajaba una rica alfombra, y entraron sin necesidad de llamar, porque ántes que acabáran de subir, la puerta se abrió de par en par, como que era el dueño de la casa el que entraba.

Dos criados habia en el recibimiento, con sus fracs negros y sus guantes de algodón, blancos como la nieve, rigurosamente afeitados, con el pelo corto y lustroso echado hácia atras, y partido en dos mitades iguales por medio de una raya perfectamente sacada. Parecia que acababan de salir de las manos de *Felipe*, que son las mejores manos de peluquero que yo conozco.

Al verlos Miguel experimentó cierto embarazo y cierta vergüenza, porque notó al punto que estaban mucho mejor peinados y mucho mejor vestidos que él, cosa que le hubiera sido indiferente en otra ocasion y en otro sitio; pero allí, y en el momento en que iba á ser el secretario..... más aún, el amigo íntimo del opulento dueño de la casa, no pudo observar semejante contraste con indiferencia, y reconoció inmediatamente la urgente necesidad en que se encontraba de

proporcionarse un buen sastre y un buen peluquero.

Entraron, pues, de la misma manera que los hemos visto salir de la redaccion de *El Oriente*; esto es, cogidos del brazo, ó más bien, Javier cogido á Miguel con tal familiaridad y confianza, que los criados se inclinaron más delante de Miguel que delante de Javier; más delante del nuevo amigo que se les entraba en la casa de aquel modo, que del mismo dueño de ella, y uno de ellos acudió á levantar el pesado *portier*, ó hablando en castellano, la pesada cortina que ocultaba una de las dos puertas que desde el recibimiento conducian á los salones y á las piezas interiores de la casa.

Javier no soltaba el brazo de Miguel, como si se hubiera propuesto no dejarlo escapar, y aunque parecia que era Miguel el que conducia á Javier, éste era el que en realidad dirigia al otro.

Así llegaron al gabinete en que el hermano de la Marquesa habia recibido dos horas ántes al insigne A. Gil y Agudo. Allí dejó Javier el brazo de Miguel, como se desata

al preso una vez puesto en la cárcel, y dejó su sombrero sobre un precioso velador de palo-santo que habia debajo de las colgaduras de damasco de uno de los balcones. Entónces advirtió Miguel que áun tenía el suyo puesto, y se lo quitó inmediatamente, quedándose, pobrecillo, sin saber dónde colocarlo.

Javier observó esto, y le dijo con franca familiaridad:

— Deje V. su sombrero donde quiera, seguro de que lo encontrará donde lo deje..... porque está V. en su casa.

Miguel dejó el sombrero sobre uno de los sillones de terciopelo verde que decoraban la estancia, haciendo honor á la esplendidez del dueño, y replicó:

— ¡Bah!..... no se perderia mucho si no lo encontrára.

En verdad no se puede tomar esta salida por un dicho agudo; pero Miguel lo dijo con tal naturalidad que es excusable la risalisonjera con que Javier recibió las palabras de su secretario: estaba, por lo visto, decidido á que todo le cayera en gracia, y Mi-

guel se sentia ya encantado de aquel hombre tan ingenuo y tan espléndido, tan sencillo y tan opulento.

—Lo primero, exclamó el dueño de la casa, es almorzar, y para almorzar es preciso pedir formalmente el almuerzo; porque esos badulaques serán muy capaces de tenernos en ayunas hasta mañana si no nos tomamos el trabajo de pedirles el desayuno.

Y diciendo y haciendo, tiró de un cordón de seda que hizo sonar una campanilla lejana, cuyo sonido llegó apenas al gabinete en que se encontraban los dos nuevos amigos.

Inmediatamente apareció en la puerta uno de los dos criados que vimos al pasar por el recibimiento, al que se dirigió Javier, diciendo :

—Cuando ustedes quieran, almorzaremos..... estamos á sus órdenes.

Á Miguel le pareció de muy buen gusto esta manera jovial de pedir el almuerzo, y reuniendo las sucesivas impresiones que habia recibido en el breve espacio de diez minutos, no pudo ménos de exclamar para sus adentros:

— ¡Ah!..... este hombre sabe ser rico.

— Entre tanto, dijo el hermano de la Marquesa, voy á enseñarle á V. mi sala de armas.

— ¿Es V. aficionado á la esgrima? preguntó Miguel.

— Un poco, más por ejercicio que por precaucion: á pesar de que en este mundo nadie está libre de un lance, y en tal caso siempre es bueno saber siquiera caer en guardia.

— Es un noble ejercicio, añadió el secretario, que siempre le está bien á un caballero, y nunca está de más saber defenderse.

— ¿Usted tirará algo?.....

— Phs..... poca cosa..... En mis años de estudiante recibí algunas lecciones. Recuerdo que muchas veces en casa de mi maestro tiraba en un rincon los libros de Derecho para empuñar la espada de combate, dejando la fuerza del derecho por el derecho de la fuerza; pero nunca pasé de los rudimentos.

— Pues verá V. mi sala de armas. Echaré delante, porque V. no conoce todavía la casa..... irémos por aquí, que es el camino más corto.

Miguel siguió á Javier, que atravesó su perfumado dormitorio, rico en todos sus detalles, dejando á la izquierda un elegante cuarto de vestirse, y saliendo á un pequeño gabinete que presentaba dos puertas, una que daba al cuarto del baño, y otra á una galería de cristales.

Al extremo de esta galería, adornada con cuadros, la mayor parte de ellos copias medianas de los mejores lienzos del Museo de Pinturas, se encontraba una especie de antecámara, con cuatro puertas simétricamente colocadas: la de la galería, otra enfrente que daba á la biblioteca, otra á la izquierda, que servía de entrada al billar, y la cuarta, á la derecha, que conducía á la sala de armas.

Por esta última puerta entraron los dos amigos.

El salon, perfectamente entarimado, descubría inmediatamente el objeto á que se destinaba: era, en efecto, una sala de armas, en la cual no faltaba requisito.

Javier descolgó dos espadas y dos caretas, diciendo:

— Éstas son mis espadas predilectas.

Y presentó una á Miguel, que la cogió por la empuñadura.

—En efecto, añadió Miguel blandiéndola, están bien montadas y debe tirarse con ellas muy cómodamente.

—Vamos á ver si el estudiante se acuerda de las lecciones sobre el derecho de la fuerza..... Aquí tiene V. la careta.

—Yo, dijo Miguel, de seguro no sé ya ni ponerme en guardia; nada se olvida tan pronto como la esgrima, y hace ya mucho tiempo que no he cogido una espada.

—En efecto, se olvida pronto, pero tambien se recuerda fácilmente. Y ya una vez aquí, ¿qué hemos de hacer mientras no vengán á decirnos que el almuerzo nos espera..... cuando en verdad somos nosotros los que esperamos el almuerzo?

Y con una sonrisa excesivamente fina añadió:

—Ya hemos cruzado nuestras manos; crucemos ahora nuestras espadas, y despues almorzarémos con más apetito, si es que no han dispuesto dejarnos en ayunas.

Esto lo dijo quitándose la levita, y que-

dándose, por consiguiente, en mangas de camisa.

Convencido Miguel por estas razones, y deseoso al mismo tiempo de lucir su destreza en el manejo de las armas, fué á hacer lo mismo; pero se detuvo de repente confuso, aturdido, turbado. Acababa de pasar por su cabeza un temor repentino, una duda espantosa.

Sabía que su camisa estaba limpia, tenía seguridad de ello; pero ignoraba si algun remiendo escandaloso ó algun zurcido indiscreto, ó ambas cosas á la vez, vendrian á denunciar en aquel momento su pobreza íntima, la más lamentable de las pobrezas, y tal vez la más ridícula.

Una camisa remendada ó zurcida se puede llevar; pero no se debe descubrir si va oculta debajo de una levita, aunque esta levita sea de paño de Alcoy, y lleve, en vez de forro de seda, forro de lana.

Coloquémonos en la situación en que se encontraba nuestro héroe, y no habrá uno de nosotros que, en igualdad de circunstancias, se resuelva á descubrir el remiendo ocul-

to, porque hay una vanidad más fuerte que el resto de las vanidades humanas, que es la vanidad de la camisa; y es que nada hace tan pobre al pobre como la camisa rota, zurcida ó remendada: la última expresion de la miseria es ésta:

«No tengo camisa.»

Todo esto pasó por su cabeza como un torbellino, buscó una excusa que lo librara de tan terrible prueba, y no encontró ninguna que pudiera sacarlo del mal paso en que se veia, y allá, en su interior, en lo más hondo de su pensamiento, maldijo las manos de la señora Gertrúdis, capaces de hacer un zurcido en el filo de una espada, y de plantar un remiendo en una pared maestra, y sin vacilar un momento reconoció la urgente necesidad en que se hallaba de mandarse hacer, ó comprar hechas, que era más breve, siquiera media docena de camisas, y se prometió asimismo no acostarse aquella noche sin haberla comprado.

Javier esperaba con su careta puesta, con el pié derecho echado adelante, y descansando en el suelo el boton de su espada.

No habia remedio, era preciso quedarse en mangas de camisa, y con la resolucion desesperada de un hombre que se decide al fin á tirarse de cabeza en un pozo, se quitó su levita, lanzándola sobre el divan corrido que daba vuelta al rededor de las paredes de la sala. Cubrió su rostro con la careta y se puso en guardia.

Al mismo tiempo que las espadas se cruzaron vió con verdadero terror sobre su hombro derecho el cuadro espantoso de un remiendo que se destacaba con esa insolencia impertinente con que se destaca la tela nueva sobre la tela vieja.

Lo vió é inmediatamente alzó el puño con que tenía asida la espada, inclinándolo á la derecha, porque más bien que cubrirse el pecho, queria cubrirse el remiendo.

—Está V. descubierto, dijo Javier, marcando una *contra*.

—No importa, es mi guardia, contestó Miguel parando la estocada con firmeza.

—Es una guardia nueva, enteramente nueva, replicó el hermano de la Marquesa.

—Muy nueva, repitió el secretario.

—Y peligrosa, añadió Javier, tendiéndose con una estocada repentina, que Miguel paró, devolviéndola casi al mismo tiempo que la recibía.

—¡Bravo!..... exclamó el primero, marcando con la mano izquierda en su elegante chaleco el punto donde había tocado el boton de la espada que Miguel esgrimía..... es usted un rayo para contestar.

—Pues V. ataca admirablemente; he sentido su boton escurrirse por mi hombro.

—Hubiera sido un rasguño y nada más, mientras V. me habría atravesado de parte á parte.

Siguieron tirando en silencio con vária fortuna. Miguel se defendía y Javier atacaba. El remiendo de la camisa violentaba la guardia del primero, dando ventaja al segundo. Al fin Javier puso el boton de la espada en el pecho de su adversario, desarmándolo.

—Muy bien, dijo éste, cogiendo su espada; es un golpe maestro.

—Es mi estocada favorita, y he tenido que apelar á ella, porque V. se defiende muy bien, á pesar de esa guardia inconcebible.

—Es un vicio que no he podido corregir.

Se preparaban para un nuevo asalto cuando vinieron á decirles que estaba servido el almuerzo.

—¡Gracias á Dios! exclamó Javier, dejando su espada, y quitándose la careta, mientras Miguel dió media vuelta, presentándole al criado el hombro izquierdo para que no viera el remiendo del hombro derecho, y soltando la espada, se puso apresuradamente la levita ántes de quitarse la careta, y sin duda se le olvidó que la tenía puesta, pues Javier tuvo que decirle:

—Para un asalto en una sala de armas, estas caretas son excelentes; mas para almorzar han de ser algo incómodas.

—Cierto; mas habrá V. observado en el mundo que se come más y mejor con careta que sin ella.

—Conozco yo gentes, añadió Javier, que si descubrieran el rostro se morirían de hambre.....

Miguel arrojó léjos de sí la careta que tenía puesta, y adelantándose, presentó al opulento dueño de la casa su franca y noble

fisonomía. Éste le echó el brazo por el cuello, diciéndole :

—Tiramos lo mismo.... Creo que podríamos batirnos formalmente tres horas seguidas como dos héroes, y almorzar despues juntos sin un rasguño siquiera..... Sin embargo, añadió rascándose la frente, la primera vez me hubiera V. muerto..... Ahora ya conozco el estilo y sabria defenderme.

—Me gustan las armas, dijo Miguel..... La espada sienta muy bien en la mano de un caballero, mas el duelo me repugna, y si alguna vez tuviera necesidad de admitir un lance, ó provocarlo, ó no volveria vivo, ó volveria solo.

Al oir estas palabras, Javier, que iba delante, hizo un gesto torciendo la boca, con el que probablemente querria decir : «Más vale para amigo que para adversario.....»

Entraron en el comedor y se sentaron á la mesa ; dos magníficas chimeneas de mármol negro, atestadas de leña, templaban el ambiente con sus inquietas llamas : cuatro criados servian, dos los vinos y dos los platos.

La conversacion en la mesa marcha en ra-

zon inversa de la conversacion en un viaje : en el primer caso se va animando poco á poco ; en el segundo caso poco á poco se va apagando.

Al reunirse unos cuantos viajeros en un coche, cada uno dice su cosa ; estas cosas se cruzan, se enredan y resultan hablando todos..... luégo calla uno, despues otro, el tercero se duerme, el cuarto bosteza, y últimamente uno solo se queda con la palabra en la boca, porque nadie lo escucha.

Al empezarse una comida sucede todo lo contrario..... habla uno, despues habla otro, luégo toma parte en la conversacion el tercero, y ántes de llegar á los postres hablan todos.

El almuerzo empezó así, silencioso, cruzándose preguntas breves y respuestas concisas, simples exclamaciones y rápidos monosílabos.

—¿Va V. al Casino.....? preguntó Javier.

—No, contestó su secretario.

—Es un recurso.

—¿Usted va?

—Sí.

Aquí llegaba la conversacion despues de consumidas unas cuantas docenas de ostras de Ostende, seguidas de un Jerez ardiente como el fuego y amarillo como el oro.

Javier almorzaba tarde, pero almorzaba fuerte. Váyase lo uno por lo otro.

Despues de algunos momentos de silencio anudó la conversacion en estos términos:

— Los dos somos jóvenes: V. algo más que yo, pero en fin, no será mucha la diferencia: hace una hora que estamos juntos y solos: hemos fumado, nos hemos batido y estamos almorzando, y no obstante, todavía no hemos hablado.....

Suspendió la frase para apurar una copa de Burdeos.

—¿De qué? preguntó Miguel.

—¿De qué!..... claro está, de mujeres.

—¡Ah! exclamó el secretario con todo el aire de un hombre de mundo que almuerza como un príncipe. Ésa es conversacion de viejos.

—¡Oh! y de jóvenes.

—Rectificaré; nadie habla tanto de las mujeres como ellas mismas.

—Exacto; pero en fin, ¿qué piensa V. de la mujer?

—De la mujer ya es otra cosa..... pienso que puede haber una.

—¡Una!..... ¿Qué quiere decir una?

—Quiere decir, que hay un sueño, que puede realizarse una vision encantadora, que suele aparecérsenos en los primeros dias de la juventud, que suele disiparse, que generalmente se disipa, pero que alguna vez adquiere las formas de la realidad, y con una mirada casta y dulce, y con una sonrisa apacible y tierna, nos dice: «Yo soy aquélla.» Aquélla..... esto es, la mujer soñada; la sombra misteriosa que nos ha visitado durante el sueño, lugar oscuro donde se ve todo lo que se desea, todo lo que se teme, todo lo que se espera y todo lo que se ama. Una, quiere decir ésa; la mujer que habiamos visto ántes de verla, que conociamos ya ántes de haberla conocido, que llena nuestro pensamiento de extrañas armonías, que fecunda en nuestra alma el gérmen de las nobles acciones, que nos inspira, que nos alienta, que nos consuela, que nos adivina, que nos comple-

ta uniéndose á nosotros, porque es la mitad de nosotros mismos.

—¡Magnífico!..... exclamó el hermano de la Marquesa..... Perfectamente dicho..... eso es encantador, sublime, suntuoso. Lo aprovecharé en la primera ocasion que se me presente..... Pero dígame V..... se lo suplico con todo mi corazon..... dígame V., ¿dónde está esa mujer? porque soy capaz de correr las cinco partes del mundo buscándola.

—Esa mujer, contestó Miguel, se encuentra, pero no se busca; la encontramos como la vida, sin buscarla; como nos encontramos con nuestros padres, con nuestros hermanos, como nos encontramos con nosotros mismos. No siempre que la encontramos la vemos, pero si llegamos á verla, si llegamos á distinguirla entre el torbellino de mujeres que nos rodea, entónces no la olvidamos.

—¿Conoce V. á alguna de esas mujeres? preguntó Javier, clavando sus ojos en Miguel.

—Sí, contestó éste; conozco várias.

—Veamos el tipo de esa mujer, de esa mujer misteriosa.

—No tiene tipo determinado, porque puede pertenecer á todos los tipos puede..... ser hasta fea; pero de todos modos, créame V., siempre es la misma.

—A lo ménos, replicó Javier, no me ocultará V. el nombre. Sepamos siquiera como se llama.

—Unas veces se llama Beatriz, otras veces Eloisa, otras veces Isabel, otras veces Atala, otras veces Virginia.

—¿De modo que toma V. como moneda corriente las invenciones de los poetas?..... ¿Cree V. que sean posibles esas mujeres?

—Contestaré con una pregunta. Si esas mujeres no son posibles, ¿cómo los poetas han podido imaginarlas?

—Toma, forjándolas á su gusto ó á su capricho.

—Pero las perfecciones ó las cualidades con que las adornan, han tenido que tomarlas de la naturaleza humana. ¿Es inverosímil la belleza de la Vénus de Milo?..... Será difícil que se encuentre en una mujer toda esa pureza de líneas, toda esa gracia de contornos, toda esa armonía de pormenores que

forman el bello conjunto de la estatua; con-
vengo, pero ella en sí no es más que la co-
pia de un original perfecto; la copia de la
mujer como debió salir de las manos de Dios.
Y si no quiere V. que sea una copia, será
ménos todavía; será una restauracion..... la
mujer restaurada, vuelta á su belleza origi-
naria; á aquella belleza que habia de vivir en
juventud perpétua, iluminada por los res-
plandores de la inocencia; esto es, por el
candor divino de un alma libre de toda ma-
licia. ¿Dirá V. que el escultor forjó la esta-
tua á su gusto ó á su capricho?..... Lo que
no es verdadero no es bello..... el arte que
no busca la verdad no es arte..... Los ídolos
chinos serán eternamente feos, porque están
fuera de la naturaleza, porque son falsos,
porque son monstruosos.

—Y bien, preguntó Javier esperando la
conclusion del razonamiento, y para dar tiem-
po á que su secretario apurára una copa de
champagne helado que áun hervia cuando Mi-
guel lo acercó á sus labios.

—Y bien, repitió éste saboreando el vino
que acababa de beber; de la misma manera

que el escultor enaltece la forma dándole el *esplendor del orden*, el poeta enaltece el alma adornándola con aquellas cualidades propias de su excelsa naturaleza; ni el escultor crea una belleza á su gusto, ni el poeta inventa un alma á su capricho; la verdad y la belleza son anteriores al hombre.

—Áun así, replicó Javier; áun concediendo que Beatriz, Eloisa, Isabel, Atala, Virginia y todas las heroínas del amor hubieran existido de la manera con que la poesía nos las pinta, no puedo ménos de exclamar: ¡Pobre Dante, pobre Abelardo, pobre Marsilla, pobre Chactas..... y pobre Pablo! Me parecen más dignos de compasion que de envidia.

—¿Por qué? preguntó Miguel..... ¿Porque no fueron felices segun el mundo?..... ¿Y quién le ha dicho á V. que no sintieron la suprema felicidad de verse amados con toda la fuerza de la vida y del alma?

Javier miró fijamente á su nuevo amigo, diciéndole:

—Me parece que ha caido V. en el lazo de alguna Beatriz, que á lo mejor se muera

dejándole el vano recuerdo de su memoria; de alguna funesta Eloisa, ó de alguna Isabel que lo sacrifique al honor ó á la conveniencia de su madre, ó de alguna Atala insufrible, ó de alguna infeliz Virginia. Vamos, en una palabra, está V. enamorado.

—¡Yo!..... exclamó Miguel como asustado de la palabra.

—Usted..... dijo Javier, levantándose de la mesa. Sólo un enamorado puede hablar de ese modo..... Ni me sorprende ni me maravilla; á los veinte y cinco años, cuando la cabeza está llena de versos sin hacer y de novelas sin escribir..... cuando apénas se han visto las realidades positivas del mundo, cuando no se ha sentido todavía el escozor de ningun desengaño, enamorarse es coser y cantar; es hacerse uno á sí mismo el héroe de las más interesantes aventuras, es soñar despierto y soñar durmiendo..... es, añadió con burlona sonrisa, contentarse con una mirada, como si aquellos ojos fueran ciegos para los demas, ó con una sonrisa, como si aquella boca de coral y de perlas no tuviera la misma sonrisa para todos..... Enamorarse, bien;

no me opongo. Si hay alguno que poniendo la mano sobre el suyo pueda decir yo poseo ese corazón, que se enamora, porque ése debe enamorarse.

Miguel había permanecido sentado oyendo atentamente el perverso discurso de su amigo, y no se levantó hasta que hubo pronunciado la última palabra. Entonces dijo:

—Usted no cree en la virtud.

—En la virtud sí..... en lo que no creo es en la mujer.

—Es V. injusto.

—Pues crea V. que no quisiera serlo, y usted puede sacarme de mi error.

—¿Cómo?

—Muy sencillamente. Hagamos un trato.

—¿Cuál?

—Éste..... Usted me enseña la realidad de la mujer que ha soñado, y yo le enseño á usted el mundo, que no ha visto todavía..... Vamos á ver quién convence á quién.

Miguel reflexionó un instante, y dijo:

—No me comprometo.

—Entonces, replicó su amigo, vamos á

tomar café; y añadió, que nos lo sirvan en la biblioteca.

Ambos salieron pensativos del comedor; cualquiera habria creído que cada uno pensaba en una cosa distinta, y sin embargo, los dos iban pensando en la misma cosa; los dos pensaban en Magdalena, porque cada uno á su modo, ambos estaban enamorados de ella; amores que Matusalem hubiera distinguido, diciendo: Javier está enamorado como un loco; Miguel como un tonto.

Miguel creía ver en ella la realidad de sus sueños, pero despues de la conversacion que hemos leído, sentía allá en lo íntimo de su pensamiento una sombra, un vacío, una duda; podia ser ella, pero tambien podia ser otra.

Cuando Javier le propuso los términos prácticos de la cuestion, diciéndole: «Usted me enseña la realidad de la mujer que ha soñado, y yo le enseño á V. el mundo, que no ha visto todavía.....», tuvo miedo de comprometerse en una apuesta, en la cual iba á jugarse todas sus ilusiones; no tenía los datos necesarios para poder decir: Hé aquí la realidad de la mujer que he soñado; y aún

cuando su corazón latiendo con ímpetu le decía «ésa es», su razón, reflexionando friamente, replicaba, diciendo: «Puede ser otra.»

Esta lucha íntima lo dejó pensativo y lo puso triste.

Javier, por su parte, pensaba en lo mismo de distinta manera. Comprendió que su secretario empezaba á despertarse y que pasaba por ese momento en que nos restregamos los ojos turbios aún por las últimas sombras del sueño, buscando la realidad de las cosas al traves de las visiones soñadas.

«Está enamorado, se decía, pero no se atreve á confesarlo; cree en la mujer y duda de ella. ¡Bah! es un rival ménos temible de lo que creía, y Matusalem el hombre de más talento que conozco.»

Y volviéndose á Miguel, que lo seguía, le dijo:

—Yo también tengo mi *bello ideal*; también he soñado yo una mujer encantadora; pero más feliz que V. en este punto, la encuentro siempre que quiero encontrarla, y no me equivoco jamás, porque siempre es ella.

—Será curioso, contestó el *ex-corrector de pruebas*, el procedimiento que le proporciona á V. tan seguro resultado.

—Es un procedimiento sumamente sencillo, que consiste.....

—¿En qué?..... preguntó Miguel.

—¡Ah!..... en que mi *bello ideal* se multiplique sin dejar de ser uno mismo.

—¿Cómo es eso? preguntó el secretario riyéndose.

—Es de la única manera que puede ser.

—Veamos esa única manera.

—La mujer es siempre la misma, cualquiera que ella sea; rubia ó morena, alta ó baja, juiciosa ó loca, pobre ó rica, siempre es mujer.

—Sí, eso es indudable.

—Pues bien; ¿qué más me da una que otra, con tal que me agrade?

—¡Bah!..... entónces no es la misma.

—La misma, puesto que siempre es una mujer, y esa mujer me agrada; siempre es una imágen de mi *bello ideal*, y mi *bello ideal* tiene muchas imágenes.

—Ya, pero eso es amar á lo Gran Turco.

—¿Y qué?.....

Con esta conversacion entraron en la biblioteca, donde los esperaba ya el café con otras cosas no ménos agradables de que podrá enterarse el lector curioso ó desocupado, que se tome el trabajo de leer el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII.

El canto de la sirena.

Correspondia la biblioteca al lujo de la casa, tanto más, cuanto que en ella la biblioteca era un verdadero lujo; allí estaba archivada la sabiduría de los hombres en ricos volúmenes perfectamente encuadernados y vistosamente puestos en una estantería de nogal que llenaba las paredes de derecha á izquierda y de arriba abajo; pero estaba allí como encarcelada; rara vez se abrían aquellos estantes y nunca se abrían aquellos libros.

Dos grandes ventanas daban paso á la luz que recibían del jardín de la casa, donde al través del verde claro de las acacias y del verde oscuro de los castaños de las Indias, se veían como sombras blancas los contornos de

graciosas estatuas; la murta espesa y entretijada formaba una especie de zócalo, marcando los linderos de las calles, y levantándose de vez en cuando, trazaba arcos de trecho en trecho.

A pesar de los cristales que cerraban los huecos de las ventanas, penetraba de vez en cuando el suave murmullo que forman los suspiros de las hojas y los besos del viento unido al sollozar continuo con que el agua cae de la altura del surtidor al fondo del estanque, aunque el surtidor sea de bronce y el estanque de mármol.

Verdaderamente la biblioteca convidaba á leer y á meditar: á leer, porque los libros, aunque inmóviles en sus estantes, saltaban á los ojos, diciendo: «Lee, lee»; á meditar, porque aquellas calles, calles solitarias y rectas, que se cortaban formando cuadros; aquellas estatuas mudas, aquellos árboles macilentos, parecían sumergidos en una meditación profunda; y si, como es de suponer, ellos no pensaban en nada, incitaban á pensar en todo.

Las ventanas, iluminando la sabiduría del

hombre con la luz del cielo, esto es, uniendo la biblioteca con el jardín, parecía que habian querido unir como á dos amigos verdaderos el reposo del estudio y el sosiego de la naturaleza.

Mas sea de esto lo que quiera, ni Javier ni su secretario se mostraron dispuestos ni á leer ni á meditar; ántes, por el contrario, estimulados por el perfume del café que humeaba en elegantes tazas de rica porcelana, y animados por el aroma de un verdadero ron de la Jamaica, que brillaba en copas de cristal, más transparente que el agua destilada, se quitaban uno á otro la palabra, con ese ímpetu, con esa confianza, con esa franqueza, con ese abandono con que se tratan dos personas que han almorzado fuerte, cuando el ron empieza á calentar la sangre y el café á mover la lengua.

Miguel se sentia vencido por Javier, y no así como quiera, sino tres veces vencido.

Vencido por su opulenta familiaridad.

Vencido por su espada.

Vencido por su lengua.

Tres veces desarmado.

Desarmada su arrogante indiferencia.

Desarmada su mano.

Desarmado su corazón.

Ya no tenía para defenderse ni su pobreza, ni su espada, ni su amor, porque su pobreza estaba vencida ante aquella opulencia; su espada ante aquella espada, su amor de poeta ante aquel amor de hombre de mundo.

Sin embargo, se creía fuerte, mucho más fuerte que su amigo; mejor dicho, que su adversario: si no era rico, tampoco quería serlo; le agradaba aquel fausto, porque tenía el instinto de todas las grandezas, pero lo miraba sin deslumbrarse, y aún no había empezado á desearlo.

La familiaridad con que Javier lo trataba no valía más que la familiaridad con que él veía aquel fausto sin admiración y sin envidia.

Viéndolos á los dos igualmente vestidos habría sido difícil acertar cuál de ellos era el dueño de la casa; pero si Javier se distinguía por la riqueza y corrección de su traje, Miguel se hacía notable por su desembarazo; y si podía decirse del primero que sabía ser

rico, no debía negársele al segundo la noble cualidad de saber ser pobre.

Es verdad que Miguel habia sentido cierto rubor inexplicable al verse servido por criados tan lujosos; es verdad que llevaba clavado en su corazon el remiendo que las alevosas manos de la señora Gertrúdis habian plantado en su camisa; es verdad, en fin, que habia reconocido la urgente necesidad de acudir á un sastre, de apelar á un peluquero y de surtirse, por lo ménos, de media docena de buenas camisas; mas esto no era más que por pura decencia, una mera exterioridad necesaria, absolutamente indispensable para sostener el rango de su nuevo empleo, pues ya sabemos que no habia hecho voto solemne de ser perpétuamente corrector de pruebas.

Por lo que hace á su mala fortuna en la sala de armas, sabía que la torpeza ó la debilidad de su brazo era hija de la necesidad de cubrir el funesto remiendo, pues estaba seguro de que era superior en fuerza y en destreza á su adversario, y no dudaba de que lo tenderia á sus piés al minuto de ponerse en

guardia; porque lo que Javier llamaba su estocada favorita, era un golpe ingenioso, pero muy expuesto, una vez conocido. Estaba fuera de las severas reglas de la esgrima y sorprendia al contrario, que no lo temia ni lo esperaba; mas una vez temido y esperado por una mano medianamente diestra, el agresor se encontraba perdido.

En resúmen, Miguel habia descubierto el pecho al boton de su enemigo por ocultarle el remiendo de la camisa, y Javier le habia descubierto el secreto de su estocada favorita por ocultarle que su brazo era ménos ágil y ménos fuerte; con una camisa nueva Miguel saldria victorioso. Estaba seguro de ello.

Por lo que hace á su *teoría* acerca de la mujer, no se daba tampoco por vencido, pues si la encantadora vecina no era..... y justo es decirlo, esto lo pensaba con tristeza..... la perfecta realidad de la mujer soñada, indudablemente sería otra; aunque le parecia imposible.

Tal era la situacion de su ánimo cuando Javier dijo:

—Es preciso que conozca V. el mundo. Usted tiene uno dentro de su cabeza, y no es ése el mundo en que vive.

—Y despues de todo, replicó Miguel, no hay más mundo que aquel que uno lleva dentro de sí mismo.

—Así viven los locos.

—¿Y los cuerdos cómo viven? preguntó con cierto aire de ironía.

—Ya lo irá V. viendo, contestó Javier; el mundo hay que tomarlo como es, puesto que no está en nuestra mano hacerlo de otro modo, y es una insigne locura oponerse á la corriente del tiempo en que se vive; los que salen de su época anticipándose ó retrasándose, éstos son los locos de todos los tiempos.

—De manera que el juicio consiste en seguir la locura dominante.

—En eso mismo.

—¿Y cuál es la locura dominante?

—¡Oh! la locura dominante es el oro.

—De forma que ser pobre es ser loco.

—Es peor..... ser pobre es ser desgraciado; no querer ser rico es ser tonto. Es muy grande el poder del oro. No sé lo que cues-

ta un negro cogido en Guinea y comprado en América, pero no me sería difícil averiguar lo que vale un blanco cogido en cualquier calle de Madrid. Yo hubiera querido ser Hércules en los tiempos fabulosos, Cid en la Edad Media; hoy quisiera ser Rostchild.

—Usted, por lo que veo, posee una fortuna respetable.

—No me quejo, mas créame V., el dinero no ocupa lugar.

—Pero la felicidad no es el dinero.

—La felicidad no es el dinero, la felicidad es tenerlo. ¡Ay amigo mio! *beato el que posee*. Sea V. rico, sea V. rico.

—¿Y para qué? preguntó Miguel con aire filosófico..... en el mundo no hay felicidad..... la vida no es más que una lucha.

—Cierto..... y como no es más que una lucha, es preciso pelear, y para pelear se necesitan armas, y no hay más armas que el dinero. Tiene V. una bella figura, un aire noble y distinguido; ¿por qué no hace V. un matrimonio ventajoso?

—Yo..... replicó Miguel..... no me vendería nunca.

—Pues yo, añadió Javier, sepa V. que ya estoy vendido. Es un matrimonio arreglado por las familias hace ya tiempo; ella es una mujer hermosa, pero además es millonaria.

—¡Ah! V. es rico, y no es lo mismo.

—Vamos á ver, exclamó Javier; si la mujer que V. ha soñado, si su Beatriz ó su Eloisa, ó su Isabel, ó su Atala, ó su Virginia fuese una opulenta heredera, ¿qué haría V.? Porque supongo que esa mujer misteriosa que V. ha visto entre sueños no le habrá dicho que es una infeliz costurera ó una pobre de San Bernardino; y de seguro V. allá en sus sueños no la habrá visto con el vestido roto ni los piés descalzos; ántes, por el contrario, su imaginación la habrá adornado y vestido por lo ménos con perlas y encajes..... Contésteme V. ingenuamente, ¿qué haría V. en el caso que le propongo.

—No lo sé, contestó Miguel con voz poco segura.

—¿Serían ustedes ménos dichosos, volvió á preguntar Javier, si á la suprema felicidad de amarse eternamente unieran la fortuna de unos cuantos milloncejos? El amor siempre

es bello, no lo dudo, pero ha de ser más bello en un palacio que en una boardilla. No veo absolutamente inconveniente ninguno en que Eloisa sea rica, y por otra parte, sería una crueldad del amor con que V. sueña condenar á la mujer querida á perpétua pobreza.

Miguel se habia levantado y se paseaba de un extremo á otro de la biblioteca, mientras Javier fumaba negligentemente con una pierna echada sobre el brazo de la butaca y contemplando la azul espiral del humo que iba á perderse en el techo.

Otra vez el pensamiento de ambos vino á ser el mismo; los dos pensaban en Magdalena.

—Eso ya es distinto, contestó Miguel; si el oro no vale la pena de que un hombre sacrifique su corazon por adquirirlo, tampoco es cosa de renunciar á la felicidad de toda la vida, porque la mujer que nos prefiera entre todos los hombres sea rica..... Puede ser esto una dificultad, pero confieso que no es un obstáculo insuperable.

—¡Una dificultad!..... ¿Por qué?

—Porque prescindiendo de ciertas escru-

pulosas delicadezas, que puede inspirar el orgullo del amor mismo, una mujer rica debe ser inaccesible á un hombre pobre, en razon á que sería codiciada por todos y habria que disputársela á la mitad del género humano.

—Mejor, exclamó Javier; el triunfo sería magnífico y la satisfaccion completa. Entónces sí que podria V. decir: Ésta es la mujer que he soñado; la mujer que todo me lo sacrifica, entregándome á la vez dos tesoros, el tesoro de su corazon y el tesoro de su fortuna.

El *ex-corrector de pruebas* no tuvo por lo visto nada que replicar, y siguió paseándose con aire distraido, miéntras el hermano de la Marquesa prosiguió diciendo:

—Una pobre muchacha encerrada, por ejemplo, entre las cuatro paredes de un sota-banco, que pasa el dia cosiendo, que come mal y viste peor, es un corazon que se lleva el primero que pasa, con tal que tenga cierto aire de futuro marido, cosa que las mujeres conocen al instante. Supongamos que esta pobre muchacha es un prodigio de hermo-

sura; añada V. que tiene cierto aire aristocrático y distinguido; supóngale V. también cierto talento, cierta chispa; pues añada V. que el marido está enamorado de ella como un tonto, y hágame V. el favor de decirme qué suerte le espera al pobre enamorado. Francamente, si la mujer que hemos soñado ha de parecer una duquesa, vale más que lo sea.

—Eso, dijo Miguel, es indudable, pero.....

—¿Pero qué?..... preguntó Javier.

—Puede haber un caso.

—¿Conoce V. alguno?

—Yo..... precisamente no recuerdo ninguno; mas, ¿quién sabe.....

—Hablemos de otra cosa, porque esta conversacion lo entristece á V.

—A mí no, replicó Miguel, encogiéndose de hombros.

Javier se levantó diciendo:

—Quiero que vea V. y tome posesion de la pieza que le he destinado.

Y dirigiéndose á una puerta cerrada hasta entónces, y colocada en el extremo de la bi-

biblioteca, opuesto á aquel por donde habian entrado, la abrió y dijo :

—Vea V., es un despacho apartado del ruido de la casa y de la calle, al que la biblioteca sirve de antesala y que se comunica con mis habitaciones por medio de esa puerta de escape que ve V. allí. Más adelante, añadió entrando seguido de Miguel, hay otra pieza con salida al jardin, y luégo sigue un precioso dormitorio y un cuarto de vestirse.

Pasaron de una habitacion á otra, hallándolas Miguel perfectamente amuebladas, todas ellas con ventanas al jardin, lo mismo que la biblioteca.

—Esto no es suntuoso, añadió Javier, pero es cómodo y solitario. Yo hice arreglar estas habitaciones para mí, mas desde hoy pertenecen á mi secretario. Aquí en el escritorio tiene V. mis cartas y mis papeles, todos mis secretos. Comprendo que no quiera usted separarse de su familia..... tendrá V. madre, y las madres tiran mucho; pero aquí estaria V. independiente y viviríamos como dos amigos; más aún, como dos hermanos.

—No tengo familia ninguna, dijo Miguel; soy solo en el mundo.

—Yo tambien vivo solo con una docena de criados que vienen á ser los dueños de la casa.... No vacile V. más é instálese hoy mismo.

Miguel no se decidia, porque vacilaba; aquel hombre lo atraia, aquellas habitaciones, aquellos muebles, aquellos cristales y aquel jardin lo encantaban, pero echaba de ménos una cosa, precisamente una cosa que se encuentra en todas partes; echaba de ménos *una* vecina, y para hablar con toda exactitud, debo decir que echaba de ménos á la vecina. Javier tiraba de su voluntad, y Magdalena de su corazon.

La fortuna se le habia aparecido aquella mañana de un modo inesperado y de una manera loca; pero le imponia un cruel sacrificio, pues conocia que abandonar su cuarto era abandonar á Magdalena; y aunque habria jurado que no estaba enamorado de ella, habia adquirido la costumbre de verla todos los dias á la misma hora de ventana á ventana, y renunciar á verla era renunciar á las

miradas de aquellos ojos de un azul tan puro y á las sonrisas de aquella boca tan sonrosada, tan fresca y tan graciosa.

Vamos, era un apuro para el pobre muchacho, héroe de esta novela ó principal personaje de esta historia, como ya habrá adivinado el agudo lector.

Sin dejar de ser pobre, que era su tema, podia vivir como un príncipe, cosa extraordinaria que jamas hubiera imaginado; mas para entregarse á esta felicidad tenía que renunciar á otra, y no acertaba á decidirse.

Magdalena le habia hecho olvidar los cien mil duros que se llevó el viento. ¿Le hará ahora Javier olvidar á Magdalena?

Al tropezar con Javier habia caido como en un pozo del cual no sabía salir, y la verdad es que buscaba la mejor manera de salir del paso: llevar aquellos muebles, aquellas habitaciones, aquel palacio y aquel jardin á su cuarto cuarto, era imposible: traer á la vecina á cualquiera de las ventanas de la casa que daban al jardin, no era imposible, pero era peligroso, porque Javier, que no era ciego, veria en ella uno, y acaso el mejor,

de los cien mil ejemplares de su *bello ideal*, y ¡quién sabe!..... Magdalena parecía un ángel; pero Javier era un demonio..... un demonio simpático, atractivo y sobre todo opulento, y recordaba que un poeta inglés ha dicho: «Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

Miguel no estaba enamorado de Magdalena, lo más léjos que habia de su pensamiento era que Javier pudiera ser su rival; pero discurriendo le gustaba llegar á las últimas consecuencias, y se acercaba á los celos, no arrastrado por la pasion, segun él mismo diria, sino conducido por la lógica.

Entre tanto no sabía qué hacer.

Su amigo lo dejaba discurrir á sus anchas. Habia salido por la puerta de escape, y habia vuelto trayendo en la mano la llave del escritorio, que puso en la cerradura, diciendo:

—Ahora es preciso que hagamos la presentacion oficial.

Tiró de un cordon de seda de color de púrpura con grandes borlas que pendia de la pared junto al escritorio, y á los pocos ins-

tantes apareció un criado en el umbral de la puerta que daba á la biblioteca, sin atreverse á pasar adelante.

Javier lo vió y le dijo :

—Vengan ustedes todos.

Y el criado, inclinándose en señal de respeto y de obediencia, desapareció como habia aparecido, como una sombra.

Miguel no habia contestado aún á las últimas palabras del hermano de la Marquesa, y éste, dándoselas por concedidas, decia para sí : «El que calla, otorga..... ha caido en el lazo como un inocente.»

En esto se oyó un rumor ahogado que se acercaba lentamente, y eran las pisadas de los criados, que á compas se hundian en la alfombra de la biblioteca.

Cuando su amo los vió agrupados en la puerta, les dijo, señalando á Miguel :

—Este caballero es desde hoy mi amigo íntimo, que tiene la bondad de ser mi secretario, esto es, mi misma persona..... para él no debe haber secreto en esta casa, porque es aquí otro yo.

Los criados se retiraron, y los dos amigos volvieron á quedar solos.

Miguel continuaba entre la espada y la pared, entre Javier y Magdalena; pero al fin tomó un partido, el partido de poner un plazo á su incertidumbre, y encontró esta respuesta evasiva :

— De todos modos hoy no es posible que me instale aquí; tengo que arreglar algunos asuntos..... mañana verémos.

No habia previsto Javier esta salida, y no vió en ella una excusa fundada; y como no perdía de vista el pensamiento de apartarlo de Magdalena, dedujo que era Magdalena la que se lo llevaba. Pensó inmediatamente que áun podia verla aquella tarde; que si no era fácil hablar de ventana á ventana, podia hacerse entender por señas, y sintió un terror indecible al ocurrírsele la idea de que un papel puede pasar de un punto á otro, de una ventana á otra con tal que haya una piedra discreta que lo lleve. Por donde va un papel puede venir otro, y á los primeros papeles que se cruzáran, el feliz plan de Matusalem,

que iba saliendo á pedir de boca, fracasaría sin remedio.

No era infundado el temor del hermano de la Marquesa, pues el peligro era inminente si Miguel y Magdalena llegaban á hablarse. Hasta entónces se habian contentado uno y otro con miradas y con sonrisas, en las cuales se decian mucho más de lo que hubieran podido decirse con las cuarenta mil voces del Diccionario, y ambos parecian complacidos en prolongar esa luna de miel de los amantes, en que todo se lo dicen sin pronunciar una palabra. Se veian, se miraban, se sonreian..... quizá esto no sea mucho..... pero, en fin, para ellos era todo.

Ademas, no tenian nada que decirse. Se adivinaban, que era mucho mejor que hablarse; era la realidad con todo el encanto de las ilusiones. Mas Miguel querria de algun modo poner en conocimiento de la hermosa vecina su inesperada fortuna, porque Magdalena habia de alegrarse al saberlo..... Y ¡qué ocasion tan á propósito para decirla que la habia aceptado pensando en ella!..... Pero, ya se ve, con miradas y con sonrisas

no es posible decirle á nadie: «Yo soy secretario de un gran señor.» Aquí, pues, estaba el peligro de que al fin Miguel rompiera el delicioso silencio en que uno y otro vivían adorándose.

Javier tomó su resolución para evitar semejante contingencia, y cogiendo una de las cartas que había encima del escritorio, se acercó á su secretario, diciendo:

—Oiga V. el contenido de esta carta que recibí ayer y que no sé cómo contestarla.

El secretario prestó toda la atención de que podía disponer en aquel momento, y Javier leyó lo que sigue:

«Querido hermano: En la imposibilidad de hablar contigo formalmente, apelo al recurso de escribirte con toda formalidad. Ya has cumplido treinta años, y me parece que si has de tener juicio alguna vez, ya es razón de que empieces á tenerlo. Comprendo que no quieras casarte, pero dilo con franqueza; tu prometida no se morirá de pena por eso, pero su familia se cree obligada á conservar el compromiso que contrajo con la nuestra, uniendo en vosotros tu ilustre tí-

tulo de duque con la inmensa fortuna de esa única y riquísima heredera. Su madre está descontenta de tu conducta, y ha hecho llegar á mí sus justas quejas, proponiéndome uno de estos dos términos: ó el matrimonio se verifica ántes de dos meses, ó queda roto el compromiso. Elige, pues: te doy tres dias de término para que me contestes categóricamente y por escrito.

» Eres muy capaz de callar como un muerto, y en ese caso debo decirte que tomaré tu silencio por una negativa terminante. — Tu hermana, LUISA.»

Acabó de leer, y poniendo la carta en manos de su secretario, le preguntó:

—Vamos á ver, ¿qué se contesta á esto?

—Hay dos respuestas: sí ó no, contestó Miguel.

Si V. encontrára la manera de conservarme el compromiso evitándome por ahora el matrimonio, me hacia V. feliz; porque no quiero perder tan inmensa fortuna ni quiero casarme tan pronto: lo primero sería una locura, lo segundo una tontería.

—No sé cómo se puede salir de este pa-

so; mas por de pronto urge que le conteste usted á su hermana.

—Ya lo creo..... es preciso contestarle hoy mismo, porque mañana á las diez en punto termina el plazo de los tres dias, y mi señora hermana no retrocede nunca cuando una cosa se la pone entre ceja y ceja. Si mañana á las diez no tiene en su poder mi respuesta, me quita de una mano á otra doscientos mil duros lo ménos de renta segura, rompiendo el convenio..... Ea, un golpe de genio, mi querido secretario. Lo voy á dejar á V. solo con mi apuro..... á la noche nos veremos..... Es V. árbitro de mi suerte..... ahí le entrego á V. la mano de una mujer que me es indiferente, y una inmensa fortuna que no debo ver con indiferencia..... Haga V. de mí lo que V. quiera, porque firmaré lo que V. escriba.

Dicho esto se dirigió hácia la puerta que conducia á sus habitaciones; mas se volvió de pronto, exclamando :

—¡Ah!..... se me olvidaba..... en ese cajon del escritorio, cuya llave está puesta, tiene V. fondos para todo lo que se le ocurra.

Y sin más ceremonia desapareció por la puerta de escape, entrando en su cuarto restregándose las manos una contra otra, que es como solemos celebrar nuestras íntimas satisfacciones. Allí pidió un gaban, se envolvió en él, le pusieron el sombrero en la mano y salió de casa.

Al bajar la escalera se encontró con Matusalem, que subía al cuarto de la Marquesa, y al verlo abrió los brazos y se lanzó á su cuello exclamando:

— Querido amigo..... es V. un genio..... tiene V. más trastienda que Cavour, es V. un Meternich.

Aquel súbito abrazo estremeció á Matusalem, porque así solía abrazarlo Miguel; pero se tranquilizó, y dijo:

— Ya eso quiere decir que el pájaro ha caído.

— Cabal, añadió Javier; ya lo tengo en la jaula.

— Ahora, añadió Meternich, hay que cuidar de que no se escape.

— Me parece difícil..... ahí me lo dejo metido en un callejon sin salida.

—¿Y cómo, preguntó Matusalem, ha podido V. cazarlo en tan poco tiempo?

—Es historia larga, y ahora estoy de prisa.

Miguel permanecía de pié con la carta en la mano, buscando una respuesta, que, francamente, no era fácil encontrar..... Apoyado sobre el quicio de la ventana, con los ojos fijos en aquellos renglones de letra fina y menuda y de rasgos firmes, y rascándose unas veces la frente, mordiéndose otras veces las uñas..... descansando ya sobre un pié, ya sobre otro, agotaba los recursos de su ingenio inútilmente, y se desesperaba porque su amor propio tomaba una parte muy activa en la solución de aquel difícil problema.....

—Empecemos, dijo, y se sentó en el escritorio y tomó la pluma.

Quería acabar pronto, porque estaba próxima la hora en que todas las tardes veía á Magdalena.

El papel, blanco como la nieve y fino como la seda, timbrado con una corona de duque, esperaba la respuesta.

El secretario empezó á escribir rápidamente; pero al llegar al sexto renglon se detuvo, leyó lo escrito y rasgó el papel. Mientras pensaba otra respuesta más feliz, abrió con mano distraida el cajon del escritorio en que Javier habia dejado puesta la llave, y brilló ante sus ojos una nube resplandeciente de monedas de oro, y como si hubiera sentido un repentino deslumbramiento, apartó la mirada, y cerró el cajon de golpe.

Un segundo pliego de papel vino á ocupar el lugar del primero, y apareció en él la primera frase :

« Querida hermana : »

Despues escribió lo siguiente :

« Si te empeñas me casaré mañana mismo; pero ¿ qué inconveniente hay en que espere-
mos un año más?..... Me induce á pedir este plazo tu misma carta..... En ella dices que mi hermosa prometida no se moriria de pena si yo renunciára á su mano. Esto es decir que no me ama ; pues bien, que se me deje un año para que yo alcance su amor..... Me parece que no es posible ser más razonable. Haré todas las locuras que sean necesarias

para conquistar su corazón..... me batiré por ella..... ¿quieres más.....?»

Aquí se detuvo, interrumpido por una dulce melodía que debía sonar en el jardín, y que á pesar de los cristales penetraba en la estancia como el eco de una música lejana.

Prestó atento oído, y pudo distinguir entre el confuso rumor de las notas graves la frase arrebatada con que Leonor dice :

«Soy tuya, soy tuya.»

Entonces, sin soltar la pluma, se levantó, y acercándose á la ventana aplicó el oído á las junturas de los cristales, y conoció que una mano diestra preludiaba sobre las teclas de un piano misterioso el tercetto del *Trovador*, y advirtió que además de las notas siempre ásperas del piano, cantaba la voz siempre dulce de un órgano.

Escuchó con afán, agradablemente sorprendido, aquel canto apasionado, trémulo y enérgico, que llegaba allí sin decir de dónde venía, y siguiendo con su pensamiento el paso melodioso de las notas que temblaban en sus oídos, y marcando con los movimientos de su cabeza el compás, como si quisie-

ra tomar parte en el concierto, hacia de vez en cuando gestos expresivos, porque la melodía, ahogada por la distancia y por los cristales, no llegaba íntegra, y parecía dispuesto á no perder nota.

Recordó que en la habitacion inmediata habia salida al jardin, y maquinalmente se dirigió á ella. Halló una puerta de cristales, cerrada con un picaporte, la abrió y sus oídos se inundaron de música..... El órgano, con su voz más tierna, cantaba de nuevo :

«Soy tuya, soy tuya.»

Sin saber lo que hacia, ó por lo ménos sin pensar en ello, bajó los primeros peldaños de la escalinata de piedra que abria paso á las calles del jardin, y allí se paró, tratando de inquirir de qué punto venía la música. Acabó de bajar y tomó la calle que venía á morir á los piés mismos de la escalinata, y con pasos sordos y oído atento avanzó hasta la mitad de la calle, arrastrado por la armonía de aquel piano oculto y de aquel órgano invisible.

Desde allí vió dibujarse los contornos caprichosos de un pabellon medio oculto entre

las sombras de los copudos castaños, que lo circuían como una guardia de honor, llevando sus anchas hojas hasta las ojivas de las ventanas, como si quisieran cubrirlas, como si quisieran decir á las miradas indiscretas ó curiosas, que es lo mismo: «Aquí no se mira.»

De aquel pabellon salía la música, ó mejor dicho, se escapaba.

Miguel siguió avanzando de árbol en árbol, deteniéndose de vez en cuando para saborear la doble melodía del piano y del *armonium*, que seguían comunicándose, digámoslo así, sus pensamientos, quitándose la palabra de la boca, del mismo modo que lo hacen dos amigos íntimos que tienen muchas cosas que decirse.

Nuestro insigne secretario llegó hasta el pabellon, que se levantaba sobre la estufa, presentando una escalera que se derramaba como una cascada de mármol, desprendida desde la puerta hasta el jardín. La puerta estaba cerrada.

Miguel se acercó al pié de la escalera, pero no se atrevió á subir, aunque sintió la

más viva curiosidad por saber quién era el inspirado músico que hacía cantar de aquel modo al *armonium* y al piano, ocultos entre los árboles como dos ruiñeños.

Acabó el tercetto del *Trovador* y hubo un momento de silencio, mas pronto volvió á sonar el piano con un prelude maestro, de un gusto exquisito, anunciando el canto envidioso y enamorado de la bella romanza de contra-alto que todos sabemos de memoria aunque no hayamos oído más que una vez la *Sonámbula*, y cuya letra viene á empezar así:

« Todo es fiesta y alegría;
Sola yo soy la que lloro. »

Esta vez no fué el órgano el que cantó, fué la voz de una mujer la que hizo temblar el aire con las notas de la romanza..... pero ¡qué voz!..... como diría un músico..... ¡qué pasta de voz!..... ¡qué facilidad de garganta!..... ¡qué dulzura de inflexiones!..... las notas graves bajaban al corazón, las notas agudas subían hasta el alma.

Miguel, absorto, con la boca entreabierta, inmóvil y con los ojos clavados en la puerta del pabellon, sentia ese *escalofrío* que experimentamos cuando el entusiasmo empieza á estremecernos..... y poco á poco se fué acercando á la estufa, cuya altura midió con la vista, reconociendo que podia escalarla, y así lo hizo.

Una vez sobre el techo inclinado de la estufa, apoyado en la pared, se acercó lenta y silenciosamente á la ventana que caia sobre aquella parte del invernadero, y adelantó la cabeza. Llegaba con los hombros al alféizar de la ventana, los cristales estaban abiertos, y favorecido por la sombra de los castaños, que llevaban hasta allí sus espesas hojas, pudo lanzar la mirada ansiosa dentro de aquel pabellon encantado.

Al pronto no vió nada; pero acostumbrándose sus ojos al tono de luz suave que bañaba la estancia, vió al fin el piano, buscó las teclas, y vió correr sobre ellas una mano de blancura resplandeciente, de dedos redondos y afilados; y suspendiendo la respiracion se acercó más á la ventana y distinguió

una nube de rizos castaños, casi negros, la suave redondez de una mejilla más pálida que sonrosada, y nada más..... porque no se puede distinguir bien el semblante de la persona que vemos casi de espaldas; pero si no lo veía, lo adivinaba..... tan gentil cabeza, tan preciosa mano habian de corresponder necesariamente á un conjunto perfecto, y es claro, su imaginacion, con loca certidumbre, suponía todos los encantos que los ojos no alcanzaban á ver.

Como el tercetto acabó la romanza y volvió á quedar todo en silencio, y Miguel tuvo miedo de ser sorprendido; pero no podía huir sin exponerse á ser descubierto, no se atrevía á moverse temeroso de producir un ruido indiscreto que lo hubiera vendido.

Ella retiró las manos de las teclas, dando salida á un profundo suspiro, sacó el pañuelo, ocultó en él el semblante inclinando la cabeza, y quedó inmóvil. Miguel creyó que lloraba..... y le pareció indudable cuando poco despues advirtió que oprimía el pañuelo contra sus ojos, como si tratára de enjuagarlos.

De repente sacudió la cabeza y un torrente de rizos cayó sobre sus hombros. En seguida abandonó el piano, dando completamente la espalda al absorto y curioso secretario, que no respiraba. Al levantarse, la imprudente falda del vestido descubrió un pié fino, pequeño, movable, cuyas formas graciosas no se escaparon á los ávidos ojos de nuestro héroe; pié inolvidable, que le sirvió de *pié* para levantar la consideracion á las más bellas suposiciones.

Despues de esto contempló su talle armonioso, la vió acercarse á un caballete, inclinarse sobre el pequeño lienzo que contenia, y estampar en éste un beso que Miguel no pudo oír sin estremecerse; y dando un salto con toda la gracia, con toda la ligereza de la juventud, semejante á una vision que se evapora, á un sueño que se disipa, á una sombra que se desvanece, desapareció detras de una puerta, que una vez cerrada se confundia con el tapiz de que estaban vestidas las paredes.

Miguel no se dió cuenta de sí mismo hasta despues de algunos minutos, y se encontró

encaramado sobre la estufa con la barba apoyada sobre el alféizar de la ventana, devorando con los ojos los objetos que adornaban el pabellon solitario, y respiró ó suspiró. No lo sé de cierto.

Su primer pensamiento se desató en esta serie de exclamaciones:

— ¡Qué voz!..... ¡qué cabeza!..... ¡qué talle!..... ¡qué pié!.....

Luégo las reunió todas en una, exclamando :

— ¡Qué mujer!.....

De la admiracion pasó á la interrogacion, y como si él supiera lo que deseaba averiguar, se preguntó á sí mismo :

— ¿Qué vecina es ésta?

Por último, reflexionó de esta manera :

— Un suspiro..... algunas lágrimas..... y un beso..... Esto es toda una historia.

Y maquinalmente distraido en sus reflexiones, apoyó ambas manos sobre el alféizar de la ventana y se elevó hasta poner las rodillas donde ántes habia puesto las manos.

— Aquello es un retrato, dijo mirando al

caballete, y si no veo mal, es la cabeza de un hombre.

Pero en la posición en que se encontraba no podía verlo bien, porque el caballete no estaba de frente á la ventana á que se había subido y donde permanecía de rodillas.

De un salto ágil y silencioso se colocó en medio de la estancia, miró á su alrededor y se acercó al retrato..... mas apenas fijó en él los ojos, dió un paso atrás, se llevó las manos á la cabeza y estuvo á punto de caer de espaldas.

Estaba delante de su propio retrato..... era su misma cabeza saliendo de aquella corbata descolorida y de aquel gaban raído con que lo vimos la primera vez..... En él había estampado el beso aquella mujer encantadora..... aquella mujer desconocida..... aquella mujer misteriosa.

Pálido..... trémulo..... sin saber qué pensar, sin saber qué decir, sin saber qué hacer, sintió que las piernas se negaban á sostenerle, y se dejó caer sobre una butaca, exclamando :

— ¡Ah!..... esto es un sueño ó yo me he vuelto loco.

CAPÍTULO VIII.

El Duque averigua que vale mucho más la maña
que la fuerza.

En efecto, Javier tenía prisa, y mientras pronunciaba las últimas palabras que le hemos oído, oprimía la mano de Matusalem en señal de cariñosa é impaciente despedida. Éste continuó subiendo lentamente y pensando que el hermano de la Marquesa no era tan tonto como parecía, pues si fué preciso darle la idea con pelos y señales, puntos y comas, la idea no había caído en saco roto, correspondiendo á la agudeza del plan el éxito de la ejecución, y exclamaba para sus adentros: «Hé aquí un duque, del que, si yo fuera ministro, llegaría á hacer un buen agente de policía; no le sobra talento, pero no le falta mundo.»

El rival hasta entónces triunfante, se fué pensando en lo mismo, solamente que pensaba todo lo contrario. Él decía: «Matusalem es un hombre de talento sumamente listo; talento fino, capaz de meterse por el ojo de una aguja. Su idea es lo que se llama una idea feliz, que ha caído en buenas manos y no sé cómo á mí no me ocurrió ántes. Vaya, si alguna vez me decido á ser embajador, Matusalem será mi primer secretario.....»

Distraído con estos ó semejantes pensamientos, y lleno de satisfaccion y de alegría por el rápido éxito de su empresa, y receloso al mismo tiempo de que su rival pudiera de algun modo llegar á entenderse con Magdalena, lo cual sería una triste gracia, corria como sus arrogantes yeguas, devorando las calles una á una..... una á una por la absoluta imposibilidad de devorarlas todas juntas.

¿Dónde iba?..... No es difícil adivinarlo. Iba á la casa de Magdalena.

¿A qué?.....

A tres cosas, fáciles tambien de adivinar.

Iba á verla..... á seducirla y á expiarla.

Iba á verla, porque se habia acostumbra-

do de tal modo al placer de contemplar su honesta hermosura, que por nada en el mundo hubiera renunciado á semejante dicha, pues la codicia de su pasión, mejor diré el fuego de su apetito, se aumentaba con el incentivo de la resistencia, y contemplarla venía á ser para su deseo como empezar á poseerla.

Iba á seducirla, porque para su modo de ver y su modo de sentir, seducirla equivalía á enamorarla..... y valiéndome de un terrible juego de palabras, añadiré que para encontrarla necesitaba perderla. Su vanidad de conquistador estaba interesada en ello, y sus sentidos, deslumbrados por la singular belleza de la hermosa huérfana, encendían en su alma, no el afán de la pasión, sino la impaciencia del vicio.

Iba á espiarla, porque no ignoraba que aquélla era poco más ó menos la hora en que todos los días Miguel y Magdalena, como si concurrieran á una cita convenida, aparecían en los nichos de sus respectivas ventanas como dos santos de retablo.

Corría, pues, impulsado por el triple re-

sorte de la impaciencia, de la esperanza y de los celos.

Impaciencia de verla.

Esperanza de seducirla.

Celos..... es decir, necesidad de espiarla.

Dentro de la casa contaba con dos espías hábiles y seguros: la madre y el hermano; mejor dicho, Juana y el hijo del ciego; ó más bien, la codicia y la envidia; pero el ilustre Duque no apelaba al espionaje por mera curiosidad..... queria saber lo que ocurriera, no por saberlo, sino por impedirlo.

A pesar de la rapidez de su carrera, habria llegado tarde, si como todos los dias á aquella hora el *corrector de pruebas* hubiera estado en su cuarto; pero circunstancias, que Magdalena no podia adivinar por más que se devanaba los sesos, tenían á Miguel muy léjos de allí; tan léjos como suele estar de la mujer adorada el hombre que se halla en presencia de otra mujer adorable.

Nada hay más distante de una mujer que otra mujer, y por eso, para alejarse de una, el camino más breve y más seguro es pensar en otra.

¿Por dónde habia de imaginarse la inocente hija del maestro de obras, que su gallardo vecino, por un capricho inesperado de la fortuna, se habia convertido en cinco minutos de simple corrector de pruebas de un periódico en secretario de un duque?..... ¿Cómo habia de sospechar que era la fortuna la que se lo robaba aquella tarde, cuando su ausencia era para ella una desgracia?.....

Lo habia visto salir por la mañana como todos los dias. Desde el portal, como siempre, habia levantado los ojos hasta ella, y ella desde la altura de su ventana habia bajado los ojos hasta él..... Lo habia seguido con su mirada, con su corazon y con su pensamiento por todo el curso de la acera, y lo habia visto llegar á la esquina y volver la cabeza..... Todo el resto del dia lo pasó esperándolo..... ya era la hora y no llegaba..... Aún no es muy tarde, le decia su esperanza..... ¡Qué tarde es ya! le hacia decir su impaciencia.

Estaba segura de que no habia vuelto, porque conocia sus pasos, que resonaban más en su corazon que en sus oidos..... y

muchas veces cosiendo al pié de la ventana con los cristales entreabiertos á pesar del frio, habia adivinado sus pisadas entre el rumor de la calle, y habia dicho: «Es él.....» y él era.

No obstante la seguridad que le daba esta experiencia, no podia contenerse y se asomaba..... y ¡pobre criatura! tosia..... y hablaba fuerte, y se reia á carcajadas cadenciosas como los trinos del ruiseñor, y queriendo ahogar su inquietud, cantaba con la voz más dulce y más tierna que puede llegar á los oidos humanos..... Pero él no podia oir ni sus tos, ni sus palabras, ni sus risas, ni sus cantos..... porque..... estaba muy léjos de allí..... muy léjos.

«¿Por qué no viene?.....», se preguntaba.

Pueden ocurrirle á un hombre mil cosas que contra su voluntad lo detengan media hora, una hora, dos horas..... en cualquier parte que no sea aquella en que quiere ó debe estar. Semejante verdad, por todos experimentada y reconocida, la niega rotundamente el amor que espera..... porque para el amor no hay más mundo que el amor.

¿Por qué no viene?

Desde el fatal encuentro de un amigo impertinente — conozco alguno — que al volver de una esquina nos enreda en el lío de una conversacion interminable; hasta morirse de repente al salir de una casa ó al entrar en otra, porque nadie lleva la vida en el bolsillo; vean ustedes si hay circunstancias y contratiempos que nos hagan faltar á una cita, á una comida, á un negocio..... á una obligacion..... que nos hagan llegar tarde adonde queremos ir, y lo que es peor, que no nos dejen llegar nunca. Pues bien, á pesar de esto, para Magdalena era incomprensible que Miguel no estuviera ya en su casa; y sabía positivamente que no estaba en su casa, por la razon para ella incontestable de que no lo veia en la ventana.

¡Pobre criatura!..... no se explicaba aquella ausencia, porque su inocente deseo cerraba su corazon á todas las razones. No estaba..... bien..... pero debia estar..... y eso á lo ménos era un consuelo.

La ventana del cuarto de Miguel, medio cerrada, le producía una impresion muy des-

agradable, muy triste..... aquella soledad..... le causaba mucha pena..... y conforme iba pasando el tiempo le iba pareciendo más oscura, más solitaria y más triste.

Por una circunstancia en que ántes no hemos reparado y que ahora es preciso advertir, el cuadro solitario de la ventana abandonada ofrecia á sus ojos cierto aspecto fúnebre.

Es el caso que en aquella ventana habia una cortina, casi siempre recogida detras de una de las dos hojas de madera con que la ventana se cerraba.

Esta cortina, que no tenía más objeto que impedir de noche que el frio penetrára al traves de las junturas de las maderas, se hallaba en el momento en que nos encontramos, corrida sobre el marco interior de la ventana, sujeta sin duda por las hojas que detras de ella, segun podia distinguirse, estaban entornadas.

No habia en ello nada de particular; una cortina en una ventana es la cosa más natural del mundo, pero Magdalena no recordaba haber visto nunca semejante cortina, lo

cual tampoco era raro, porque allí Miguel lo llenaba todo y no le dejaba ver nada. Mas la cortina era negra con rayas blancas, en razon á que la señora Gertrúdis no habia tenido á la mano más tela que la falda de un vestido que hacia cuatro años usó despues de la muerte de su madre, y á Magdalena le parecia que la ventana estaba de luto, y se aumentaba la tristeza de su corazon, y exclamaba: «Sí; la ausencia se parece á la muerte.»

Tal era el estado de su ánimo cuando el hermano de la Marquesa apareció ante sus ojos.

— Señorita..... le dijo, sentiria interrumpir el curso de sus meditaciones.

— Caballero, contestó ella, estaba distraida.

— Muy distraida, replicó él..... Casualmente al entrar yo salia Juana, he podido llegar hasta aquí sin que me sientas, y hace cinco minutos que te estoy viendo abismada no sé en qué profundos pensamientos.

La respuesta de Magdalena fué un suspiro que obligó á Javier á morderse los labios.

—Se conoce, añadió, que ese corazón está oprimido.

—¿Por qué?

—Como suspiras.....

—Sí..... es verdad.

—¿Qué deseas?

—¿Yo.....

—Habla.

Magdalena tendió sobre sus rodillas la falda azul del vestido que cosía, y colocó sobre ella el encaje blanco con que había de adornarla, y echando atrás la cabeza para calcular el efecto del adorno, dijo:

—Yo no deseo nada.

—Imposible.

—Es lo mismo, porque lo que yo deseo no tiene nombre.

—Eso quiere decir..... que tú misma no sabes lo que deseas.

—Puede ser.

—Pero..... yo sí lo sé.

—¿Usted lo sabe! exclamó Magdalena.

—Sí..... yo lo sé todo.

—¿Todo!.....

—No se adora á una mujer como yo te

adoro á tí, sin que el alma adivine hasta sus más ocultos pensamientos..... Alza los ojos, mírame y verás cómo yo leo en ellos lo que piensas en este instante.

Magdalena levantó candorosamente sus ojos fijándolos en Javier con atenta curiosidad, y le preguntó :

—Vamos, ¿en qué pienso?

El hermano de la Marquesa recogió el resplandor de aquella mirada con verdadera avidez, como recogen el aire escaso que llega hasta ellos los pulmones de un hombre que se ahoga.

—Piensas, contestó, en que no te merece.

—¡Quién!..... exclamó ella, cayéndosele la aguja de las manos.

—Lo ignoro..... Además, no quiero saberlo..... pero sea quien quiera, infeliz de tí si te hace pasar por las amarguras con que tu ingratitud llena mi alma.....

Magdalena se irguió, preguntando :

—¿Por qué razón?.....

Aquí el Duque dió un paso hácia la costurera, y con el aire más trágico que pudo

encontrar en el repertorio de sus seducciones, contestó :

— Por una razon de terrible justicia..... porque siempre se paga la crueldad de una ingratitud, con el dolor de otra ingratitud..... porque el que á hierro mata á hierro muere.

La altiva huérfana inclinó la frente bajo el estallido de aquel rayo de elocuencia melodramática, diciendo :

— Pero, en fin..... ¿qué quiere V. de mí?

— ¡De tí!..... exclamó Javier con ademán trágico..... Quiero de tí tu amor..... las miradas de tus ojos..... las sonrisas de tus labios..... los suspiros de tu corazon..... quiero que sean míos tus deseos, tus esperanzas, tus pensamientos..... quiero abrazarte en el fuego en que yo me abraso.....

Y recordando con horrible memoria las palabras de su secretario, añadió :

— Hay un sueño que puede realizarse, una vision encantadora que suele aparecérsenos en los primeros dias de la juventud, que suele disiparse, que generalmente se disipa, pero que alguna vez adquiere las formas de la realidad, y con una mirada casta y dulce,

y con una sonrisa apacible y tierna, nos dice: «Aquélla soy yo.» Aquélla, esto es, la mujer soñada, la sombra misteriosa que nos ha visitado durante el sueño..... durante el sueño, que es donde se ve todo lo que se desea, todo lo que se teme, todo lo que se espera y todo lo que se ama..... Ésa es la mujer que habíamos visto ántes de verla, que conocíamos ya ántes de haberla conocido..... que llena nuestros pensamientos de extrañas melodías, que fecunda en nuestra alma el gérmen de las nobles acciones, que..... que nos inspira, que nos alienta, que nos consuela, que nos adivina, que nos completa, uniéndose á nosotros, porque es la mitad de nosotros mismos.

Debemos admitir como presuncion probable, y áun dar por cosa segura, que si Magdalena hubiera oido esas palabras en boca de Miguel habria experimentado una suprema felicidad, la felicidad suprema de ser amada de aquel modo..... amada ántes de ser conocida, con un amor que no debia tener fin, puesto que no tenía principio..... amor eterno, que habia nacido con el alma,

si es posible decirlo así, como una parte de ella misma.

Y calcúlese la dicha de que hubieran llenado su corazón, teniendo presente que la hermosa huérfana tenía también sus sueños misteriosos, sus visiones encantadoras, y que todo eso lo había soñado..... de la misma manera que lo oía, como si la voz que de tal modo le hablaba fuera el eco de sus íntimos deseos y de sus más secretas esperanzas.

Pero esas palabras en boca de Javier le infundían un terror indecible y una penosa angustia..... Semejante amor en semejante hombre le causaba miedo.....

— No puede ser, dijo con voz trémula..... Los sueños no se realizan nunca y se disipan pronto.....

— Esa mujer, prosiguió el hermano de la Marquesa, la encontramos, como la vida, sin buscarla, como nos encontramos con nuestros padres, con nuestros hermanos, como nos encontramos con nosotros mismos. No siempre que la encontramos la vemos; pero si llegamos á verla, si llegamos á dis-

tinguirla entre el torbellino de mujeres que nos rodea..... entónces..... no es posible olvidarla.

En medio de su inquietud y de su terror Magdalena cerraba los ojos para pensar, para creer que era á Miguel á quien oía, y se desesperaba interiormente de que hubiera en el mundo otro hombre que supiera decir aquellas cosas, que *él* solo debía decirle.

Tal vez porque le agradaba oirlas aunque no era *él* quien las decia, quiso echar un jarro de agua fria en el naciente fuego de la conversacion, y dijo :

—Vamos..... V. está soñando.

Era poca agua para tanto fuego.

Javier replicó :

—Si estoy soñando, ¿por qué quieres despertarme?..... Déjame soñar, añadió acercándose á Magdalena; inúndame con la luz de tus ojos, embriágame con el dulce encanto de tu sonrisa. ¿Qué deseas? yo lo sé..... Deseas un amor inmenso..... que llene tu alma; el amor que tú has soñado, amor resplandeciente que embalsamará el aire que tú respires..... que sembrará de flores la tierra

para que tú pases..... que rodeará de perlas tu garganta..... que cubrirá de diamantes tu cabeza..... Ése es mi amor..... Deja la oscuridad de tu triste vida, donde tu corazón se consume y tu hermosura se acaba..... Óyeme..... Estás sola en el mundo..... Tu madre no es tu madre, tu hermano no es tu hermano..... solo yo te admiro, te comprendo y te adoro..... huye de aquí, donde nadie te comprende y donde nadie te ama..... y adonde ningún vínculo te sujeta..... Italia nos ofrece un jardín perpétuo, Suiza dulces retiros..... Londres todas las grandezas del mundo..... París todos los placeres de la tierra.

Escuchaba Magdalena con la cabeza inclinada sobre su costurero y los ojos bajos, la mano temblorosa no acertaba á clavar la aguja y el movimiento de su pecho anunciaba las agitaciones de su corazón.....

Cuando Javier dijo: «Estás sola en el mundo.....», una lágrima silenciosa brilló en sus pestañas; y cuando añadió: «Nadie te comprende, nadie te ama», alzó la cabeza y miró con ánsia al través de los cristales,

buscando un amparo..... pero ¡ah!..... la ventana permanecía solitaria y muda, y la cortina, oscura é inmóvil como un paño fúnebre, parecía decirle : «Aquí todo ha muerto.»

Entónces inclinó de nuevo su graciosa frente y pronunció estas palabras :

— Quisiera morirme.

— ¡Morir! exclamó Javier..... ¡Ah! mis palabras te han entristecido..... ¡Qué cruel es mi suerte!.....

— No ; no es eso..... replicó ella.

— ¿Por qué deseas morir?.....

— ¡Por qué! Porque es muy triste mi vida.

Javier se acercó más á Magdalena, dió á su voz una dulzura penetrante, y casi á su oído dijo :

— Yo la llenaré de todas las alegrías..... Magdalena, sean los latidos de mi corazón testigos de mis palabras..... ellos solos pueden decirte todo el amor que se encierra en mi alma..... es imposible que no lo comprendas..... que no lo sientas como yo lo siento.

Magdalena no replicó nada; parecia que

deseaba ocultar el rostro de las miradas de Javier..... Estaba pálida y trémula, el movimiento de sus párpados indicaba que quería contener alguna lágrima pronta á escaparse..... Solo Dios sabe qué nube de tristes pensamientos pasaria por su alma; el caso es que se hinchó su pecho, un sollozo hirvió en su garganta y el llanto corrió por sus mejillas: el llanto está siempre detras de los ojos de las mujeres y de los niños.

—Lloras..... lloras..... exclamó Javier..... Esas lágrimas caen sobre mi corazon y lo destrozan..... daria la mitad de mi vida por enjugarlas.

Y diciendo esto con acento apasionado, dobló una rodilla, acercó más su rostro al rostro de Magdalena y cogió suavemente una de sus manos.

Ella la retiró rápidamente, como si hubiera sentido la mordedura de una víbora, apartó de sí con violencia el costurero que tenía delante, y poniéndose en pié, retrocedió con la frente erguida, más dispuesta á defenderse que á huir, y con voz conmovida é indignada exclamó:

— ¡Caballero!.....

No esperaba el seductor semejante salida; conoció al instante que toda violencia sería inútil, porque sabía que es invencible la mujer resuelta á defenderse..... Nadie podía acudir en auxilio de la pobre huérfana, ella sabía que estaba sola, él lo sabía también, porque así lo habia dispuesto él mismo..... pero es preciso ser muy brutal para lanzarse á la ignominia de semejante lucha, y Javier no era bruto de esa especie..... Además, hubiera sido inútil y áun peligroso, porque Magdalena mostraba en su actitud y en su semblante la más soberana indignación sin sombra de miedo.

¿Qué hubiera conseguido?..... nada..... digo mal..... hubiera conseguido su ódio..... más aún, su desprecio.

Comprendió fácilmente lo crítico de su situación; comprendió que era un mal paso, en el cual iba á perderlo todo, y emprendió la retirada.

Su primer movimiento fué retroceder como asustado, diciendo:

— Magdalena, sería el más despreciable

de los hombres si hubiera incurrido en la infamia de ofenderte.

— En todo caso, replicó ella, se hubiera usted ofendido á sí mismo..... Yo no lo hubiera creído nunca, y áun ahora mismo no quiero creerlo.

Él dijo :

— De todos modos no me negarás el perdón que necesito.

— ¡Perdon! exclamó Magdalena..... ¿y para qué? Si hay ofensa es imperdonable, y si no la hay el perdón es inútil.

— Esas palabras, añadió Javier, son rencorosas.

— Juro, contestó ella con verdadera majestad, que no guardo en mi corazón rencor ninguno.

Y como si quisiera dar testimonio de la sinceridad de sus palabras, se sentó de nuevo al pié de la ventana, atrajo hácia sí el costurero, y se puso á coser tranquilamente.

Javier creyó que la tempestad habia pasado, y cogiendo una silla la colocó á una distancia respetuosa de Magdalena y se sentó suspirando : él tambien queria ser generoso.

Despues de un largo silencio dijo :

—Magdalena, conozco que no puedo inspirarte ni un átomo siquiera del amor que yo siento..... Hay álguien sin duda que me roba tu corazon.

La costurera estuvo á punto de dar salida á un profundo suspiro ; mas no se sabe por qué lo ahogó en el fondo de su pecho.

—Hablemos de otra cosa, dijo.

—No, replicó Javier; hablemos de lo mismo, y sea ésta la última vez que hablemos de ello.

Magdalena miró á su interlocutor y se sonrió diciendo :

—Siendo la última vez, hablemos.

Tal vez se crea que quiso dulcificar con la mirada y con la sonrisa la dura crueldad de sus palabras, y acaso deba creerse que con la una y con la otra sólo significó su deseo de que fuera la última, y su temor de que no llegára á serlo.

Mas sea como quiera, la sonrisa fué dulce y la mirada afable, cosa bien natural por cierto, á pesar de hallarse tan reciente la escena que hemos presenciado, pues las mujeres

perdonan, olvidan fácilmente las ofensas que reciben si la causa de ellas es el amor que inspiran.

Al fin y al cabo aquel hombre estaba enamorado..... y aunque ella no tenía la culpa de ser tan hermosa, claro está que su hermosura, esto es, el poder de su atractivo, era la causa de aquella pasión, y la pasión era la que había producido aquel arretrato de ternura..... Vamos..... á los ojos de Magdalena empezaba el Duque á parecer disculpable..... ¡Pobre hombre! estaba loco.

Por otra parte, en las almas nobles la victoria es generosa, y Magdalena había obtenido un triunfo completo: al primer rayo de su enojo había doblado la cabeza humilde y sumiso como un esclavo; por consiguiente bien podía mostrarse con él apacible y risueña..... ya no le tenía miedo: á la indignación había sucedido la benevolencia.....

La compasión no es ciertamente el amor; pero téngase en cuenta que no es usual compadecer á las personas que nos son de todo punto indiferentes..... Si el amor empieza

por algo, bien puede empezar por la compasión.....

No es esto decir que Magdalena se encontrara en el grave peligro de amar á Javier. Nada de eso..... en primer lugar, porque llevaba de continuo en su pensamiento y en su alma la imágen de otro hombre, que no es débil salvaguardia contra las fragilidades del corazon; y en segundo lugar, porque no era Javier el hombre que ella habia soñado.

Al oír la respuesta de Magdalena, Javier se levantó y tomó su sombrero, conservándose siempre á una respetuosa distancia; y ella, al ver esta señal de despedida, preguntó con suma naturalidad :

— ¿Se marcha V.?

Y hé aquí una pregunta que tambien puede interpretarse de dos maneras.

Una : Ya se va..... ¡pobrecillo!

Otra : No se vaya V..... no le tengo miedo.

Javier le contestó :

— Sí, me voy; pero ántes tengo algo que decir, y quiero hablar de pié para que ad-

viertas dos cosas: primera, que mis palabras serán breves; segunda, que estoy pronto á marcharme.

Allá en su interior sintió la hermosa huérfana cierta pena, y no pudo ménos de decirse á sí misma:

—¡Bah!..... Está enojado.

Dió el Duque á su semblante todo el aspecto de una resignacion tranquila, y con acento reposado comenzó á explicarse de esta manera:

—Los grandes sentimientos son los que inspiran las grandes acciones..... y no hay accion más sublime que el sacrificio. No se siente un amor tan grande para hacer infeliz á la mujer que lo inspira; se siente para hacerla dichosa; pues bien, serás dichosa á costa de mi felicidad..... ¿Qué exige tu dicha? ¿El sacrificio de mi corazon?..... Yo te lo sacrifico.

Así suele hablar la perfidia á la inocencia.

—Eso quiere decir..... preguntó Magdalena sin atreverse á formular todo su pensamiento..... ¿qué?.....

— Quiere decir que no hablemos más de mi amor. Ahora hablemos del tuyo.

— ¡Del mio! exclamó ella.

— Sí, porque estoy dispuesto á vencer cuantos obstáculos se opongan á tu dicha..... No bajes la cabeza..... no me ocultes el rubor de tu rostro..... ya no soy tu amante..... quiero ser tu amigo, tu hermano, tu padre.

¡Un amigo, un hermano, un padre!..... Esto era un golpe hábil, era recordarle de nuevo la soledad en que se encontraba, el desamparo en que vivía..... era realmente poner el dedo en la llaga de su corazón; el éxito no se hizo esperar, porque Javier recogió de los ojos de Magdalena una mirada llena de gratitud, y prosiguió diciendo:

— Ante todo..... ¿te merece?

Preguntarle á una mujer más ó ménos enamorada, si el que es objeto de su cariño lo merece, es pura y simplemente preguntarle si la quiere, porque las demás cualidades el amor las supone. Cabalmente lo característico de ese sentimiento consiste en que no ve más que aquello que desea ver.

No quiso Magdalena eludir la pregunta, y contestó de pronto :

—Sí. Pero se corrigió inmediatamente, añadiendo : «Creo que sí.»

—Ahí no me es permitido llegar..... Si te equivocas será para tí y para mí una inmensa desgracia, pero no seré yo responsable de ella.

—¿Y qué he de hacer?..... preguntó con candorosa confianza.

—¿Qué harías si tuvieras que depositar tu fortuna, tus joyas y tus vestidos en manos de una persona desconocida?..... Es muy sencillo: te asegurarias de su honradez..... Vas á entregar tu corazon, pues asegúrate bien de la lealtad del hombre en cuyas manos vas á ponerlo.

—Sí, añadió ella, como queriendo confirmar la idea de su reciente amigo; sin creer no se puede amar.

—Tú, hija mia, dijo Javier con paternal acento, eres demasiado bella para que no te adulen, para que no te codicien; en una palabra, para que no te engañen. No te fies, pues, de las miradas que los hombres prodi-

gan á todas las mujeres, ni de las sonrisas que no cuestan más que mover los labios, ni de las palabras que el viento se lleva, ni de los juramentos que la inconstancia rompe.

—Entonces, preguntó Magdalena con impaciente inocencia, ¿de qué he de fiarme?

—Mira..... le contestó Javier, si te quiere se anticipará á tus deseos, porque adivinará tus pensamientos..... Siempre llegará ántes que tú al sitio en que hayais de veros, y nada en el mundo podrá detenerlo cuando tú lo busques, cuando tú lo llames, cuando tú lo esperes.

Estas últimas palabras hicieron volver la cabeza á Magdalena, no hácia Javier, sino hácia la ventana, que permanecía solitaria, y vió la cortina, que inmóvil continuaba diciendo: «Aquí no hay nadie.»

—Ahora, añadió el hermano de la Marquesa, oye mi última resolución: es el testamento de una pasión que ha muerto, la última voluntad de un amor que ya está sepultado para siempre.

Magdalena no se atrevió á despegar los labios, y él siguió diciendo:

—¿Es pobre?..... ¿es ésa la dificultad que os separa?..... pues bien, yo lo haré rico.

—No, exclamó Magdalena; no, eso es demasiado.

—¡Demasiado! repitió Javier con vaga sonrisa. Mi fortuna era tuya..... y debe ser vuestra. Además, desde este momento á mí todo me sobra.

Antes que Magdalena pudiera replicar, la cabeza de Juana apareció en la puerta, y una seña imperceptible hecha por Javier advirtió á aquélla que guardára silencio, y así lo hizo, bajando los ojos en señal de inteligencia.

Era la primera vez que Javier y Magdalena se entendían de este modo misterioso; era la primera vez que había entre ellos un secreto.

Juana entró diciendo:

—¿Aún estás con esa falda entre manos?

¿Qué quería decir con esta pregunta?..... ¿que trabajaba mucho ó que había trabajado poco?.....

Javier tendió la mano á Magdalena, en la cual ésta depositó la suya con natural confianza; más aún, con cariño, porque en aque-

lla tarde habia pasado su ánimo respecto á Javier, del miedo al enojo, del enojo á la lástima, de la lástima á la admiracion.

Ya no era á sus ojos el hombre temible, el hombre odioso; era su amigo, su hermano, su padre.

A Juana no se le escapó tan estrecha, tan cariñosa despedida..... y suspendiendo la falda del vestido en que Magdalena cosia, y mirando fijamente al hermano de la Marquesa, dijo:

—Vamos, veo que no has perdido el tiempo.

—Estas faldas, advirtió inocentemente su hija, tienen muchos puntos.

Javier añadió:

—Y me parece, que aunque lo principal está hecho, áun hay que dar algunos para llegar al último.

Juana se encogió de hombros, como diciendo:

—¿Ahí estamos?.....

Nuestro Duque bajó la escalera restregándose las manos, y echando esta cuenta:

«Si no vuelve á verla la olvidará, y ántes

de que acabe de olvidarlo es mia. Sí, va á acabar por adorarme..... La maña, no hay duda ninguna, vale más que la fuerza.»

Magdalena, por su parte, hacia el siguiente resúmen del estado general de su corazón.

Acordándose de Javier, decia :

«¡Qué generoso!.....»

Pensando en Miguel, exclamaba :

«¡Qué ingrato!.....»

Entre tanto, la ventana de la cortina negra seguia muda y solitaria.

CAPÍTULO IX.

Juega y pierde.

Llegamos á la puerta de una casa, cuyo aspecto debe inspirarnos consideracion y respeto.

Desde el portal ancho y desahogado que iluminan con profusion dos mecheros de bronce con la viva luz del gas invisible, se advierte que no es una casa cualquiera en la que pueda ser fácilmente violada la santidad del domicilio.

La escalera no es precisamente suntuosa, pero es una escalera ancha y cómoda que convida á subir por lo ménos hasta el primer piso.

No es necesario llamar á la puerta del cuarto principal de la casa, cuya escalera acabamos de subir, para que la puerta se abra, por

la razon sencillísima de que está siempre abierta.

Esta circunstancia que realza la opulenta apariencia de sus dueños, no es un fausto vano, es más bien necesidad que lujo, porque es una casa en la cual de continuo está entrando y saliendo gente, y no habria manos para abrir y cerrar tantas veces la puerta.

No es una tienda, ni un palacio, ni una oficina pública, ni un café, ni una fonda, ni un teatro; y no obstante, en ella puede entrar cualquiera y son pocos los que no entran.

Es una casa particular donde nadie habita y donde muchos viven; es decir, donde muchos se buscan la vida y donde algunos lo pierden todo.

La puerta que da á la escalera abre paso al recibimiento; esto es, á la primera antesala, á la antesala de los lacayos, que son los centinelas avanzados de los coches que esperan en la calle.

En el recibimiento hay un guarda-ropa, servido por criados con frac, que recogen los abrigos, los chanclos y los paraguas de

los que pasan adelante, y los recados, las tarjetas y las cartas de los que se vuelven desde la puerta.

El resto de la casa es una combinación de salones, de gabinetes, de galerías, todo ricamente amueblado con hermosas alfombras, donde los pasos se ahogan hundiéndose los piés en una primavera de tapicería, en la que el azul del cielo suele andar por los suelos.

Entre estas habitaciones se encuentra un gran comedor, salas de juego, gabinetes de lectura, despachos para escribir y hasta biblioteca.

La familia es numerosa y se la ve repartida por la casa según sus gustos, sus aficiones, su humor ó su carácter.

Aquí comen unos y más allá duermen otros; en esta sala disputan varios sobre la conveniencia ó el negocio del último empréstito; en la inmediata murmuran otros—y suelen ser siempre muchos—de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, desollando por puro pasatiempo á todo el género humano.

Mientras éstos se divierten con el honor de los hombres más distinguidos y con la

honra de las mujeres más notables, dos salones más allá se despluman unos cuantos, que jamas son pocos, jugándose lo temporal y lo eterno, es decir, lo que tienen y lo que no tendrán nunca; ó lo que es lo mismo, la fortuna propia y la fortuna ajena, á la vuelta de un dado, al volver de un naipe ó al *treinta y cuarenta*, en el que acontece más de una vez y más de ciento que lo *negro* de la suerte triunfa del *encarnado* de la vergüenza; el *encarnado* y el *negro* son los colores rivales del *treinta y cuarenta*.

Dos ó tres misteriosamente encerrados en cualquiera de los gabinetes dispuestos *ad hoc*, combinan en voz baja, bien una intriga política, ó una intriga amorosa, ó un negocio de prontos y seguros beneficios, de esos que improvisan una fortuna, ó discuten honradamente las condiciones de un lance de honor que ha de verificarse, por supuesto, entre dos caballeros.

En otro gabinete lujosamente adornado, sobre cuyo escritorio suntuoso brillan una escribanía de maciza y pesada plata y un candelabro del mismo metal no ménos macizo,

escribe en papel satinado y con pluma inglesa sujeta á un elegante mango de marfil, en recogida soledad, un hombre más ó ménos jóven, de brillante camisa, de novísima corbata y de espléndido chaleco, sobre el que campean los brillantes eslabones de una cadena de oro, pena á que están condenados los relojes de bolsillo por el crimen inaudito de señalar las horas.

Escribe una carta pidiendo en ella cualquiera de estas tres cosas :

Un empleo al desdichado ministro que acaba de subir á las esferas del poder.

Una satisfaccion al insolente amigo que acaba de faltarle al respeto.

O dinero al infeliz conocido que ha tenido la imprudencia de saludarle aquel dia.

La misma persona puede escribir las tres cartas sin perjuicio de que sean tres los que encerrados en sus respectivos gabinetes las escriban, porque en la casa en que estamos hay hombres para cada una de esas cartas, y gabinetes para cada uno de esos hombres.

Puede ser la misma persona, porque en

sustancia, las tres cartas vienen á pedir lo mismo : una satisfaccion.

Un empleo, que es al fin y al cabo la satisfaccion pública de los hombres políticos.

Un duelo, que es la satisfaccion del honor de cualquiera.

O dinero, que es por su valor efectivo, contante y sonante, el conjunto de todas las satisfacciones de la vida moderna.

Hay en la casa fonda, que tiene á toda hora dispuestos platos, que dicen : «Comedme.» Café, que facilita en el acto cuantas bebidas pueden calmar la sed de los hombres que no se ahogan en poca agua, y una repostería hecha á prueba de los gustos más delicados y de los apetitos más intransigentes.

La familia forma una especie de congregacion, á la cual contribuyen muchas familias, á lo ménos con el contingente de una persona, y se reunen allí recíprocamente atraídos por naturales afinidades hombres de distintas clases, de diversas aptitudes, mas por lo comun de la misma especie, formando la espuma de la sociedad, por lo que

la espuma tiene de brillante y de ligera.

Allí se reúne lo que hay de más ilustre en las armas, en razon de este ó el otro pronunciamiento; lo que hay de más ilustre en la política, ya por una conspiracion, ya por otra; lo que hay de más ilustre en las letras por la fama de un periódico ó por la gloria de un libelo; lo que hay de más ilustre en la perfumada esfera de los galanteos, bien por una aventura, bien por otra más ó ménos feliz ó más ó ménos escandalosa; lo que hay de más ilustre en la *banca*, por la fama de negocios ruidosos; lo que hay, en fin, de más ilustre en la suerte de los dados y en la suerte de los naipes por fortunas perdidas ó por fortunas ganadas.

En ninguna parte se pasa el tiempo más agradablemente que en esta casa, porque en ella se olvidan los pesares que ya por un estilo, ya por otro, amargan las breves horas de la vida.....

¿Quién en aquellos salones suntuosos, donde se respira comodidad y abundancia, delante de una chimenea de mármol, hundido en una butaca de terciopelo de Utrech como

una alhaja en su estuche, rodeado de espejos que lo multiplican, de criados que le sirven, de amigos que estrechan su mano, de personajes que lo saludan, ha de acordarse, por ejemplo, de que debe el frac que lleva puesto?

¿A quién, embebido en las delicias de una conversacion chispeante en que se descubren ó se inventan las debilidades de esta casada, de aquella viuda, de la otra soltera, ha de venirle á la memoria el recuerdo impertinente de que tiene mujer, de que tiene hijas ó de que tiene madre?

¿Cuál será el que en medio de tanta gente ilustre, sumergido, digámoslo así, en el seno de una sociedad tan brillante, se acuerde, ni á las diez de la noche ni á las tres de la madrugada, de que tiene en el mundo una familia oscura que le espera?

¿Dónde está el hombre que, dueño, aunque sea en *comandita*, de un palacio espléndido donde le sirven el agua en cristal resplandeciente, donde le presentan las tarjetas en bandejas de plata, donde le abren las puertas para que salga y le levantan las pesadas cortinas para que éntre, donde los cria-

dos respetuosos se inclinan al verlo y se apartan para que pase, donde, en fin, sea la que quiera la humildad de su condicion, se oye llamar *usía*, recuerda ni por un momento que más léjos ó más cerca tiene una pobre casa?

¿Es posible que, sentado delante de una mesa sobre la cual circula el oro en sonoras monedas, pasando de unas manos á otras segun los secretos caprichos de la suerte confiada á la volubilidad de los dados ó á la inconstancia de los naipes, recuerde que es hombre?

Sí; en ninguna parte se pasa el tiempo más agradablemente que en esta casa, porque en ninguna parte es tan fácil olvidar la pobreza que aflige, las deudas que atosigan, la familia que importuna, los cariños que asedian, los deberes que sujetan, las obligaciones que mortifican.

En ninguna parte se pasa el tiempo más pronto, porque no hay tiempo más ligero que el tiempo que se pierde, y en ninguna parte se pierde más tiempo; y sin embargo, en esta casa todo se sabe, todo se dice y todo se hace.

Es una especie de Falansterio al que cada asociado lleva las fuerzas activas de su ociosidad, realizando el comunismo de todas las disipaciones y de todas las voluptuosidades.

Si estos renglones que nacen voluntariamente debajo de la pluma llegáran al sosegado retiro de alguna aldea apartada del movimiento arrollador de la civilizacion moderna, no faltará algun patan que, ignorando la naturaleza propia del tiempo en que vive, crea que la casa cuya fisonomía acabo de bosquejar es un capricho de mi imaginacion acalorada; pero los que estamos en el secreto de las cosas y nos gusta penetrar en ellas algo más allá de la superficie sabemos que la casa es auténtica.

No hemos entrado aquí movidos por vana curiosidad; acudimos á presenciarse algo que es necesario saber para seguir el curso de los diferentes hilos que se enredan en el tejido de la presente historia.

En el salon especialmente destinado á la tertulia general, empieza á reunirse la flor y la nata de la familia. Es la hora en que los

espectáculos públicos de la noche terminan y acude á la casa lo más selecto de sus dueños á recoger las últimas noticias y las últimas murmuraciones, sin las que esta gente escogida no acertaria á conciliar el sueño.

A las doce de la noche van llegando unos despues de otros, porque quieren, y es muy justo, acabar de pasar la noche.

Un caballero casi anciano puesto de espaldas delante de la chimenea, disputa con otro casi jóven, que se revuelca sobre el damasco de una butaca acerca de un punto político, digámoslo así, que hace ya dias trae revueltos los ánimos, excitada la curiosidad y divididas las opiniones.

—Yo, decia el jóven, echando una pierna sobre otra y elevando el pié á mayor altura que la cabeza, creo que eso no tiene sentido comun.

—Pues sepa V., replica el anciano, que eso consiste en que carece V. completamente de sentido político.

—Ea, preguntó el primero, dirigiéndose á los circunstantes: ¿les parece á ustedes racional que un ministro escriba un artículo

furibundo contra el mismo ministerio de que forma parte? Cítese un caso.

Uno de los que oyen, contesta :

—No sé si es racional ó irracional; pero todos los que estamos aquí recordamos el *no de Negrete*.

Al oír esto el anciano hace sonar el revés de su mano derecha sobre la palma de la izquierda, diciendo :

—Ahí tiene V. un caso.

—Pero, señores, exclama el caballero joven, no es lo mismo; un voto no es un artículo.

Los circunstantes se echan á reír, y él prosigue :

—No es lo mismo; el artículo de *El Oriente* ha sido una puñalada á traicion.

—Perfectamente, replica el caballero anciano; el *no de Negrete* fué un pistoletazo cara á cara. ¿Qué más da?

—De todas maneras, continúa el joven insistiendo, ¿cómo se explica el caso?..... Sea como quiera, Negrete salió del ministerio, pero el ministro á quien se supone autor del artículo no ha salido todavía.

—Pongamos las cosas en su punto, dice otro; los casos son distintos, y ademas hay bastante diferencia entre las personas.

—¡Qué diferencia!..... preguntan algunos sorprendidos.

—Uno contesta: el ministro del *no* era un buen hombre, y el ministro autor del artículo debe ser un pillastre..... No es, pues, lo mismo.

—Áun así insisto en preguntar, replicó el jóven, ¿cómo se explica el caso?

—Es muy sencillo, contestó el caballero anciano; el ministro de que se trata debia estar en combinacion secreta con el jefe de la fraccion disidente de la mayoría, esperando la ocasion más propicia para darle el golpe de gracia al ministerio; la cuestion del empréstito no podia ser más oportuna; sólo un ministro podia saber los íntimos pormenores de ese asunto, y un ministro es forzosamente el autor del artículo que habia de soliviantar la opinion, poner en alarma á la mayoría y en un *brete* al Gobierno.

—Eso es estúpido, exclama el jóven cambiando de pié; esto es, echando la pier-

na izquierda sobre la derecha. ¿A quién se le ocurre que un ministro trabaje contra sí mismo?

— Espere V., espere V., añade el otro; no trabajaba contra sí mismo, sino *pro domo sua*. Si provocado por *El Oriente*, el ministerio presenta la batalla pidiendo prévia y ámplia autorizacion para contratar el empréstito, haciéndolo, como es natural, cuestion de gabinete, que es lo que se creia y se esperaba, el solapado ministro, autor del artículo, hubiera presentado su dimision momentos ántes de empezar la lucha parlamentaria; la mayoría se hubiera descompuesto y habria sobrevenido un cambio de ministerio, subiendo al poder la fraccion disidente; ésta es la doctrina constitucional. ¿Comprende V. el caso?

El jóven se encoge de hombros, y contesta :

— No entiendo ni una palabra de lo que está V. diciendo.

Aquí un nuevo interlocutor toma la palabra, y dice :

— Pues la cosa es bien clara..... ¿No ve usted que el ministro llevaba un juego doble?

—¿Para caer?..... preguntó con acento irónico.

—No, replica el otro, para quedarse; para quedarse si el ministerio retrocedía y no presentaba la batalla; para formar parte del nuevo ministerio en el caso inminente de una derrota.

—Ya, exclama entonces el joven con el mayor desembarazo..... eso es distinto..... Pero vamos á ver, ¿qué ministro es ése?

El anciano contesta :

—Uno..... no se sabe cuál..... se dice que es el ministro de la Gobernacion; algunos indican al de Hacienda, pero no hay ningun dato, y lo mismo puede ser uno que otro.

—Cierto, añade un tercero; mi última noticia es que en el consejo de ministros de esta tarde se ha tratado el asunto, y el presidente ha dicho : « Señores, los enemigos del Gobierno aseguran que en el ministerio no hay más que un hombre leal »; y es positivo que todos se encogieron de hombros, preguntándose cada uno interiormente : « ¿Cuál será? »

Este chiste, que no es del todo original,

se recibe con lisonjeras carcajadas, y hace fortuna obteniendo el honor de ser repetido de boca en boca.

Calmada la hilaridad de la concurrencia, el caballero casi jóven vuelve á la carga, diciendo :

— No hay dato ninguno ; por consiguiente, todo eso no es más que una suposicion, pura suposicion. Que..... Y lo echó redondo como un peso-duro.

No debe extrañarse, porque en esta culta sociedad, si bien no se le exigen á nadie votos de ninguna especie, en cambio hay libertad completa para echarlos de todas especies y calibres.— Es un palacio en el que se puede hablar como en una taberna.

El caballero anciano repite la interjeccion para no ser ménos que su obstinado contrincante, y añade :

— Datos..... allá verémos si hay datos.

Otro circunstante media en la disputa, diciendo :

— Los dos tienen ustedes razon ; la sospecha existe y se extiende, y cada uno hace sus suposiciones ; pero no hay dato nin-

guno positivo, no hay documento alguno que haga fuerza en juicio. ¡Oh! si lo hubiera.....

El que acaba de hablar no es para nosotros un hombre del todo desconocido; pues su levita, su baston y su calva nos están diciendo que es el insigne A. Gil y Agudo en persona, que por lo que se ve, es tambien individuo de tan ilustre familia y dueño en *comandita* de tan espléndida casa.

Así empezó á animarse el salon de la tertulia, y del modo que hemos visto comenzó á cantar aquel coro de ángeles.

Pasemos ahora á otra sala, donde veremos algo..... no todo lo que en ella acontece de ordinario, sino lo preciso, lo absolutamente preciso para la necesaria inteligencia de los sucesos que vamos refiriendo.

El cuadro que nos espera va á carecer de muchos detalles y pormenores que le darian su colorido propio y verdadero; mas los omito,—á pesar de mi gusto por los detalles y de mi aficion á los pormenores,—en razon á que el que los conozca no encontraria en ellos novedad ninguna, y el que los igno-

re maldita la necesidad que tiene de saberlos.

Siempre debe decirse la verdad; pero principalmente debe decirse cuando se escribe, porque el vulgo de las gentes, y aún muchas gentes que no se tienen por vulgo, creen los mayores desatinos si llegan á su noticia en letras de molde, porque todavía no les cabe en la cabeza que el conducto más ocasionado á la falsedad y á la mentira que puede haber bajo la capa del cielo, es la letra de imprenta; averiguacion hecha hace mucho tiempo, lo ménos desde que se pronunció por primera vez la antigua y afortunada frase de: «mientes más que la *Gaceta*.» *La Gazzetta* fué el primer periódico que se publicó en el mundo.

Digo, pues, que no debe mentirse nunca, y ménos todavía cuando se escribe. No obstante, reconozco que alguna vez conviene mitigar el rigor de ciertas verdades, apagando en lo posible la viveza del colorido para no entristecer con pinturas, digámoslo así, demasiado fieles el ánimo de los lectores inocentes que no conocen el cuadro original que se copia; porque hay en el mundo tris-

tes, tristísimas, verdades que no debieran conocerse.

Sírvame de excusa lo dicho y sigamos la sencilla narracion de nuestro cuento.

Por el silencio que reina en la sala creeríamos que estaba desierta, si ciertos ruidos misteriosos no nos advirtieran lo contrario. En efecto, se perciben murmullos que se disipan y se reproducen á intervalos, respiraciones fatigadas de pechos oprimidos bajo pesos enormes; cierto silbido particular entrecortado semejante al que produce un papel al pasar por encima de otro, y por último, el sonido armónico y acompasado de monedas que chocan entre sí cayendo una sobre otra.

Estos silencios casi angustiosos son interrumpidos de vez en cuando por conversaciones fugitivas, por exclamaciones repentinas, en que se cruzan todo linaje de interjecciones, formando un ruido confuso que se apaga de la misma manera que se extingue el rumor que forma la concurrencia de un teatro en el momento en que el telon se levanta.

Es la sala de juego.

Al rededor del *tapete*, pues éste es su nombre técnico, hay sentadas unas veinte personas; y de pié, al rededor de las que están sentadas, formando un segundo círculo, hay otras tantas; el humo del tabaco suspendido sobre la mesa se eleva exactamente como la nube sobre el monte; monte verde por el que serpentean arroyos de plata y de oro, que van y vienen, suben y bajan, aparecen y desaparecen, según caen las pesas.

Siempre hay algun concurrente que se pasea de un extremo á otro de la sala esperando la fortuna de cualquier amigo que lo *arme*, ésa es la palabra, dándole un par de duros ó un par de onzas para seguir buscándose la vida; ó calculando por qué carta ha de empezar la *martingala* que lleva entre ceja y ceja.

Nunca falta algun otro que arrinconado y solitario *habla solo*.—Hablar solo en una casa de juego es estar completamente desplumado—sumando, no lo que ha perdido, sino lo que ha dejado de ganar por la traicion de una *judía*, ó por la falsedad de una

contrajudía, ó por la ausencia imposible de una sota que él mismo por sus propios ojos habia visto *en puerta* á un descuido del banquero.

La *timba*, nombre tambien técnico, está, pues, en todo el esplendor de su gloria, y los *puntos* juegan frenéticamente contra un banquero que pierde hasta los ojos; hay lo que se llama *juego*; esto es, cierto órden lógico en el curso de los naipes, que los jugadores hábiles siguen no siempre con dichosa fortuna.

Entre los que forman el segundo círculo de la mesa tenemos dos amigos: uno alegre, decidor y risueño; otro triste, callado y serio; el primero sigue con la movilidad de su lengua todas las conversaciones que surgen á su alrededor, mientras el segundo sigue con la fijeza de sus ojos el movimiento continuo de los naipes indiferentes y el continuo perder del banquero impassible.

Estos amigos son Javier y Miguel, el Duque y su secretario, el hermano de la Marquesa y el antiguo *corrector de pruebas*.

Un caballo aparece sobre la mesa y después un cinco; á estas dos cartas que forman el *albur*, siguen otras dos que forman el *gallo*, y son un siete y un tres.

Se están dando mayores, y los *puntos* que siguen el juego que se da, rodean al caballo y al siete de plata, de oro y de billetes.

La *banca* se encuentra espirando; las *puestas* exceden en mucho á la suma que aquélla representa, y los puntos inquietos se la reparten anticipadamente, disputando entre sí quiénes han de ser los que cobren ántes; pero el banquero impasible corta la disputa, diciendo:

—Señores, *está abonada*; y coloca sobre la mesa una cartera reventando de billetes de banco.

Al mismo tiempo que fué á volver la baraja, Javier grita:

—Juego.

Y colocando junto al tres dos billetes de cuatro mil reales, se vuelve á Miguel, y le dice:

—Vamos á unir nuestras suertes.

El banquero vuelve tranquilamente la ba-

raja presentando á los ávidos ojos de los concurrentes el seis de oros.

La ansiedad es inmensa, no se oye más ruido que el del naipe que se escurre sobre el naipe que tiene debajo; las respiraciones parecen contenidas, las caras desencajadas, las bocas entreabiertas, son indicio de que todos se hallan bajo el peso de una angustia suprema.

Miguel está pálido y Javier atento; el banquero es el único que parece tranquilo.

Despues del seis de oros aparece el cuatro de copas, despues un dos, despues un as, luégo un rey, luégo una sota.

El banquero deja pausadamente la baraja sobre la mesa, saca un cigarro y lo enciende; en esta operacion emplea un minuto que parece un siglo; todos respiran.

Salta la sota y descubre un tres..... un tres que llena de terror á los circunstantes. Se ha perdido el *gallo*; ha *quebrado* el juego, y el *albur* no ofrece ya muchas esperanzas.

Paga el banquero la *puesta* de Javier y se la entrega, diciéndole:

— Muchas gracias, señor Duque.

— No es mi suerte, le contesta el Duque; es la de mi amigo el Sr. Lanuza, á quien presento á V. como á mi misma persona, y como á un hombre sumamente afortunado.

Las manos del banquero y de Miguel se cruzaron amigablemente.

— Juego, vuelve á gritar el Duque.

Todos lo miran, y él colocando los cuatro billetes de cuatro mil en el cinco, le dice á Miguel en voz baja :

— Les darémos tres golpes.

A la sexta carta viene el cinco; el Duque recoge treinta y dos mil reales, y el banquero el valor de todas las demas *puestas*.

— Compañero, le dice Javier á su secretario, se conoce que está V. en la buena *racha*; si acertamos el tercer golpe, ya no hay duda, puede V. llevarse todo el dinero que hay en la mesa.

Y en efecto, acertaron la tercera carta, y el Duque entregó á Miguel la parte que le correspondia de la *baca*.

A las mesas en que hay oro y naipes es preciso asomarse con mucha precaucion,

como nos acercamos al borde de un abismo cuando queremos medir con los ojos su espantosa profundidad, porque no hay vértigo semejante al que producen el silbido de los naipes y el ruido del oro.

Javier dejó á Miguel al borde del abismo en los primeros mareos del vértigo.

En el juego sólo ganan aquellos que no tienen nada que perder.

Al cabo de algunos minutos Miguel se encontró jugando el dinero que Javier le acababa de ganar; pero la fortuna le habia vuelto la espalda y su dinero volvía á la *banca* como el agua vuelve á la mar. Si la ganancia habia sido un incentivo, la pérdida lo metía más en el juego.

Realmente él no habia buscado la ganancia, pero estaba perdiendo lo que habia ganado y buscaba el desquite.

No hay nada que desespere tanto como la mala fortuna.

Hizo su última apuesta y la perdió, y como si lo hubieran clavado en el sitio en que se encontraba, permaneció mudo é inmóvil contemplando los azares del juego

que se habian llevado sus veintiocho mil reales.

Tan embebido estaba, que no reparó en que Javier habia desaparecido, y en que unos ojos penetrantes, colocados debajo de una gran calva, lo observaban con atencion minuciosa.

Viendo el banquero su inmovilidad, le dijo :

—Juegue V., caballero, juegue V. con toda franqueza; tiene V. la *banca* á su disposicion y quiero darle el desquite.

—Gracias, contestó Miguel.

El banquero puso á su alcance un puñado de oro; la tentacion era terrible, y Miguel siguió jugando y siguió perdiendo; estaba en la plenitud de vértigo.

Pálido, desencajado y tembloroso, luchando frenético con una suerte desesperante, doblaba las apuestas sin conseguir acertar ni una carta; parecia que Javier se habia llevado su fortuna.

Eran ya las cuatro de la mañana; los puntos estaban agotados y el banquero anunció la última *talla*; Miguel habia perdido dos mil duros que el mismo banquero le habia

suministrado; los jugó á una carta y vino la contraria.

Con voz sorda se acercó al banquero, que ya estaba de pié, y le dijo :

—Caballero, le debo á V. cuatro mil duros.

El banquero se sonrió apretándole la mano, y diciendo :

—El Duque y yo somos muy amigos.

Los ojos penetrantes se acercaron á Miguel, y una voz algo hueca pronunció estas palabras :

—Ha jugado V. con muy mala suerte.

—Muy mala, repitió Miguel, mordiéndose los labios,

—La suerte es así, añadió el otro, y hay que tomarla como viene..... Mañana probablemente se desquitará V. con usura.

Entonces reparó Miguel en el hombre que le hablaba, y haciendo memoria, creyó confusamente que lo habia visto ántes alguna vez, pero no recordaba dónde, y salió de la sala preguntándose :

—Señor, ¿dónde he visto yo á este hombre?.....

Y el hombre lo seguía diciendo entre dientes :

—Sí, sí; es el corrector de pruebas.

En la calle se le acerca el mismo personaje, y hablando, hablando, lo acompaña hasta su misma casa, porque casualmente lleva el mismo camino que el secretario del Duque.

CAPÍTULO X.

Donde verá el lector desocupado cómo por huir de Scila se cae en Caríbdis.

Vino el día y amaneció la señora Gertrúdis con el rostro, que en honor de la verdad no era un cielo como ya sabemos, sumamente encapotado, anunciando que detras de aquella cara siempre risueña habia tambien tempestades.

Á las diez de la mañana se hallaba en su chiribitil con el entrecejo arrugado y la boca fruncida, rascándose frecuentemente la cabeza, de muy mal humor, con la aguja ambulante de su eterna calceta.

Allí estaba el gato, reposando sobre sus cuatro piés en el borde mismo de la mesa, clavando alternativamente sus redondos ojos, ya en el armario entreabierto, ya en el sem-

blante serio y reflexivo de su ama; en el armario con malicia inteligente, y en su ama con estupidez profunda.

De vez en cuando se replegaba, elevando el lomo en actitud de lanzarse sobre el blanco ovillo de la calceta, que solia moverse inquieto en la falda oscura de la señora Gertrúdis; pero cambiaba de parecer, y en vez de saltar sobre el ovillo se desperezaba alargando sus manos y bostezando con satisfecha indiferencia, tendiendo de paso la pronta garrá á la mosca imprudente que pasaba al alcance de sus uñas.

La portera proseguia su labor con la cabeza inclinada, viendo crecer los puntos que uno á uno salian de sus dedos, pasando de una aguja á otra, engendrándose uno en otro en sucesion continúa, si me es permitido decirlo así, fecundados por el hilo.

Como ya hemos dicho, la señora Gertrúdis estaba sumamente séria; jamas habia presentado una cara de tan pocos amigos.

No teniendo familia ninguna, y viviendo sola como un hongo, no parece natural que naciera su desazon de pesares domésticos. Es

posible que el gato, compañero único de su vida solitaria, le hubiera jugado alguna de las suyas; pero lo acabamos de ver tan sosegadamente encaramado sobre la mesa, que la tranquilidad de su espíritu nos da testimonio seguro de su inocencia, por que los gatos siempre que la hacen la temen.

Y el caso es que la señora Gertrúdis tiene algo, y algo grave, algo que le llega al alma, algo que interiormente está *dale que dale y erre que erre*, agitando su pensamiento, pues además de su cara de vinagre y de los frecuentes resoplidos con que suspira, es preciso que sepamos que en toda la noche ha podido pegar los ojos.

¿Qué tiene, pues, la señora Gertrúdis?.....
¿Quién se entretiene en agitar de ese modo la balsa de aceite de su corazón tranquilo?.....
¿Quién es el que turba así el sosegado curso de su vida solitaria, oscura y alegre?

Voy á decirlo.

La causa de su desazon es Miguel.

«Miguel, que hace ya tres días que apenas pára en casa.»

«Miguel, que sale por la mañana y no vuelve hasta las doce de la noche.»

«Miguel, que no se sabe ni dónde come ni dónde almuerza.»

«Miguel, pálido, taciturno, ojeroso, con el pelo rizado, con camisas que no se sabe de dónde han venido, con un traje nuevo y completo.»

«Miguel, en fin, con pañuelos de batista, botas de charol inglés y guantes de piel de Escocia.»

Tal era el motivo de su inquietud, el motivo de su tristeza, el motivo de su enojo.

Pero, francamente, la señora Gertrúdis debía tener muy mal corazón, porque todo eso que la inquietaba, ¿no era al fin y al cabo indicio seguro de que su pobre huésped había encontrado una sonrisa de la fortuna? Todo ello, ¿no significaba un cambio favorable en su suerte, un principio de prosperidad, un paso hácia la dicha?

Es cierto que la portera ignoraba el origen de tan súbita opulencia, sin que le hubiera sido posible, á pesar de sus tenaces y

estudiadas preguntas, penetrar en el secreto que Miguel guardaba en las profundidades de un silencio invencible; ¿pero acaso su curiosidad impertinente tenía derecho á entristecerse del bien ajeno á título de que no estaba satisfecha?

Es verdad tambien que Miguel no era el mismo de ántes, que se habia perdido la sonrisa en sus labios, que su mirada serena empezaba á ser inquieta, como si él mismo se asustára de su naciente felicidad; que se mostraba triste, pensativo y hasta sombrío.... Parecia que al sacar la frente del abismo de la miseria en que vivia, su alma habia caido en un pozo.

Mas áun siendo esto así, nada la autorizaba á entrometerse en los asuntos de su huésped hasta el punto de hacerlo *question de gabinete*, porque Miguel, como otro hombre cualquiera, podia muy bien estar triste, y áun darse á todos los demonios, cabalmente cuando empezaba á ser un mortal dichoso. Si ántes habia tenido la ocurrencia de vivir tranquilo en medio de su desgracia, ¿qué razon se opone á que tuviera ahora el capri-

cho de ser infeliz al entrar por las puertas de la fortuna?

La señora Gertrúdis no tenía motivo justificado para entregarse del modo que hemos advertido á las cavilosas de su mal humor; pero vaya V. con esas filosofías á una buena mujer de cortos alcances, empeñada en creer *á pié juntillas* que aquellas ausencias misteriosas y aquel lujo repentino, así de *bóvilis bóvilis*, habian de ser, ni más ni ménos, la perdicion del pobre muchacho.

Ya se ve, si ella tuviera algun relámpago acerca del origen tenebroso de aquellas tristes prosperidades, del mal el ménos, porque ya buscaria en los oscuros rincones de su ingenio algun recurso con que apartarlo de golpe ó ir apartándolo poco á poco del mal camino que habia emprendido, pues ella daba por seguro que Miguel andaba en malos pasos.

«¡Dios sabe, exclamaba, en que líos se habrá metido.»

Mas iba á ciegas por el laberinto de sus pensamientos, pues el huésped habia cerrado el pico y callaba como un muerto, sin que

hubiera modo de sacarle palabra, ni con ganchos.

Habia pensado, y veía claro como el sol, que Magdalena podía ser el ángel bueno de aquel tonto de hombre, empeñado en perderse, y se afligía más pensando en esto, precisamente porque ántes le habia ocurrido hacer de Miguel el ángel bueno de la pobre muchacha, librándola de los malos consejos de aquel basilisco de Juana, empeñada en perderla.

Mas, veía, y aquí está el gran motivo de su pesadumbre, que aquellos dos corazones, que habian empezado á entenderse, no se acercaban, ántes bien parecia que el demonio en persona habia metido la pata entre ellos para separarlos, y decia:

—Para dejar al demonio con tres palmos de narices no hay más que acercarlos, unirlos, y entónces se queda el pobre diablo tocando tabletas.

Esta idea iluminaba su rostro con un relámpago de alegría; mas pronto volvía á oscurecerse, porque naturalmente se le ocurría

una pregunta que se cae de su peso, y que ella se hacia diciendo :

—¿Y cómo?

La astuta vigilancia que Juana ejercia sobre Magdalena lo hacia difícil; las ausencias de Miguel y su obstinado silencio lo hacian casi imposible; y la señora Gertrúdis, descargando sobre éste, digámoslo así, todo el rencor de su cariño, exclamaba :

—¿Le parece á V. qué hombre?..... ¡No ha venido á las cuatro de la mañana! Aun no lo he visto..... ni quiero verlo.

Tal era el hervir de sus ideas, mejor dicho, de sus sentimientos, cuando advirtió una sombra que se adelantaba hácia la escalera, y oyó pisadas lentas, como las de una persona que anda con piés de plomo, y acompasadas como las del hombre que no está completamente seguro del terreno que pisa.

Miró por el ventanillo de la portería y vió un caballero que empezaba á subir la escalera. Era una persona desconocida, y le preguntó :

—¿Á qué cuarto va V., caballero?

El caballero se detuvo, y apoyando entrambas manos sobre el puño de su enorme baston, dijo :

— Señora, esa pregunta me advierte que no sé á qué cuarto voy.

— Vendrá V. equivocado, *refunfuñó* la portera, sin apartar los ojos del ventanillo.

— No, replicó él, mis señas son seguras, pero no completas, y V. tendrá la bondad de completarlas, porque V. debe saber el cuarto adonde voy.

— Yo no puedo saber eso, dijo la señora Gertrúdis, porque yo no soy adivina.

— Verá V. cómo sí, añadió el caballero. Yo busco al Sr. D. Miguel Lanuza, guapo chico, jóven excelente, por el que me tomo un vivo interes.

— ¿Acaso, preguntó la portera, le sucede alguna desgracia?

— No, le contestó, y en todo caso puede que esté en su mano remediarla.

— ¿Pero qué le ha sucedido? exclamó la señora Gertrúdis con ansiedad visible.

— Nada que yo sepa, dijo él; añadiendo: ¿tiene V. alguna mala noticia?

Ella contestó :

— ¡Ah!..... yo no sé nada.

—Respiro, porque ese jóven me interesa mucho y me habia V. puesto en cuidado. Ahora V. me dirá á qué cuarto voy.

—Cuarto cuarto primero de la izquierda..... Hay entresuelo.....

—Muchas gracias, señora..... dijo el caballero, y continuó subiendo la escalera.

Entre tanto la portera se decía :

—Este señor es la primera vez que viene á buscarlo..... Puede ser que sea algun antiguo amigo de su padre..... Con su gran levita abrochada hasta el cuello, su gran sombrero calado hasta las orejas y su gran baston parece un buen hombre.

En esto sus oidos de portera distinguieron claramente el sonido de la campanilla del cuarto cuarto primero de la izquierda, y dijo :

—Anda, ya está arriba..... se conoce que no le pesan las piernas..... El *señorito* dormirá como un tronco..... ¡ya se ve, se acostó á las cuatro de la mañana!..... Pobrecillo, no le hará gracia que le quiten el sueño..... no,

no..... que se despierte..... que se levante.....
Pícaro..... Así á la noche se recogerá tem-
prano.

Se equivocaba la señora Gertrúdis. Miguel no dormía ni había dormido: su cama estaba intacta, porque no se había acostado.

Para que la señora Gertrúdis no interrumpiera su terrible insomnio con preguntas impertinentes había cerrado por dentro la puerta de su cuarto, y paseándose como un loco, sin poder permanecer sentado ni un minuto siquiera, repetía con voz trémula estas terribles palabras:

«¡Cuatro mil duros!..... ¡Cuatro mil duros!.....»

De este modo había visto clarear el día, había oído los diferentes ruidos con que Madrid se despierta, había sentido llegar hasta sus ojos los rayos del sol con que la mañana ilumina el cielo y alegra la tierra; pero todo eso lo había visto, lo había oído y lo había sentido sin verlo, sin oírlo y sin notarlo, porque hacía ya seis horas que estaba clavada en sus ojos, en sus oídos y en su alma la terrible suma de los cuatro mil duros.

Alguna vez intentaba levantarse allá, en el fondo de su corazón, la dulce y risueña imagen de Magdalena, mas su espíritu agitado no podía reposar ni un momento en el recuerdo de una felicidad tan reciente y de la cual le parecía que lo separaban ya muchos siglos; al mismo tiempo la presencia en su alma de la hermosa vecina le causaba un mal-estar indecible, que participaba algo de la aceréa desazon del remordimiento; era un recuerdo tan lleno de luz, tan resplandeciente, que sus ojos turbados no se atrevían á mirarlo cara á cara.

La imagen, pues, de Magdalena se hundía en las sinuosidades de su pensamiento bajo el peso abrumador de los cuatro mil duros.

Otra imagen también intentaba apoderarse de su alma en aquellos momentos de tribulación.

Era la imagen de la mujer desconocida que lo había arrastrado al pabellón del jardín, donde había oído su voz de sirena, había admirado su talle de princesa, y de cuya boca había recibido un beso irresistible en los púrpúreos labios de su retrato.

Esta mujer, que segun sus averiguaciones debia ser la hermana del Duque, no podia decirse que llenaba su corazon; pero se habia apoderado completamente de su pensamiento, y ya iban pasados tres dias en que, á pesar de Magdalena, el aturdido mancebo no acertaba á pensar más que en ella. Mas el encanto misterioso, incitante, de aventura tan poética y tan novelesca, se deshacia ante la dura realidad, ante la prosa efectiva de los cuatro mil duros.

Cuatro mil duros apremiantes, inflexibles, que era preciso pagar aquella misma noche ó morir, porque al jugar la última carta se habia jugado la vida. Tal era por lo ménos el terrible dilema, la imperiosa alternativa que su *honor* le presentaba.

Habia cometido una falta que era forzoso subsanar con un crimen; y á la vez que no encontraba por ninguna parte los cuatro mil duros perdidos, el suicidio se le venía á la mano, se le ponía delante, se le clavaba entre ceja y ceja con punzante ahinco, y se hacia dueño absoluto de su pensamiento.

Poco á poco se iba familiarizando su ima-

ginacion exaltada con la idea de morir, y al fin resolvió matarse..... ¡Infeliz!..... no encontraba otro recurso.

La muerte lo llamaba con tenebrosa instancia y con viva urgencia; la deuda habia de pagarse aquella noche; por consiguiente, no tenía tiempo que perder.

Sin detenerse á pensarlo más, comenzó á despedirse de la vida con la precipitacion angustiosa del que tiene contados los instantes, y cogiendo la pluma escribió cuatro cartas.

En la primera trazó este renglon tristísimo :

«Magdalena..... adios..... olvídame.»

La segunda iba dirigida al generoso banquero que le habia abierto su bolsillo como se abre una sepultura, y le decia :

«Caballero: en cambio de los cuatro mil duros que no puedo pagarle, tome V. mi vida, que ya la habré dejado cuando lea V. esta carta.»

La tercera era para el Duque, y estaba concebida en los siguientes términos :

«Dentro de esta carta, que hallará V. encima de la mesa de su cuarto, va la llave del

escritorio..... en el cajon del dinero encontrará V. un estuche, dentro del estuche una miniatura encerrada en un marco de oro..... La miniatura es el retrato de mi madre..... el valor del marco completa la cantidad contenida en el cajon del escritorio.»

La cuarta se reducía á estas cuatro palabras :

«Señora, mi retrato es más feliz que yo.»

Contemplando el renglon que acababa de escribir en la última carta, le ocurrió una duda. ¿Quién era la mujer desconocida? ¿Cómo hacer que llegáran á sus manos aquellas palabras?

Pronto encontró el medio; sentía la luz de la muerte y lo encontraba todo menos los cuatro mil duros.

El medio era muy sencillo. Tenía que ir á casa del Duque,—por supuesto, ántes de matarse,—y una vez allí saldría al jardin, escalaría la estufa y penetraría por segunda vez en el pabellon, dejando la carta sobre el caballete al pié del retrato.

Escritas las cuatro, cerró la primera y puso en el sobre :

«Para Magdalena.»

Cerró despues las tres restantes y las ocultó en el bolsillo de su levita, dejando la otra encima de la mesa, y cogiendo el sombrero se dispuso á salir de casa; pero en aquel momento la campanilla de la puerta le hizo dar un salto. ¿Quién llamaba?..... La portera no podía ser, porque tenía su llave, ante la que la puerta se abria sin necesidad de que llamára.

—Sea quien quiera, dijo; y como iba á salir, abrió.

El caballero que, con su gran levita abrochada hasta el cuello y su gran sombrero calado hasta las orejas y su gran baston, parecia un buen hombre, se le puso delante cerrándole el paso.

—¡Ah!..... exclamó Miguel sorprendido.

—Si estorbo me retiro, dijo el caballero entrando y cerrando la puerta.

—Nada de eso.

—Entónces, amigo mio, paso adelante.

Y sin más ceremonias se fué derecho á la sala, seguido de Miguel, que iba diciendo:

—Aunque pobre y pequeña, está V. en su casa, señor.....

—Bah, exclamó el buen hombre, ya ha olvidado V. cómo me llamo, y eso que esta madrugada al despedirnos en la calle le dejé una tarjeta, en la cual ha podido leer en letra menudita pero clara *A. Gil y Agudo*.

—En efecto, afirmó Miguel, que no había leído la tarjeta ni había vuelto á pensar en ella.

El Sr. Agudo notó que su reciente amigo tenía el sombrero en la mano, pero apartó los ojos rápidamente para no verlo, clavándolos en cambio sobre la mesa, cuyos papeles registraba con tenaces miradas.

Ambos se sentaron; Gil junto á la mesa, y Miguel enfrente de Gil. Éste como si estuviera en su casa, y el otro como si estuviera en babia, preguntándose interiormente el primero «¿á qué viene?»; el segundo «¿adónde iba?»

El último fué el primero que tomó la palabra, diciendo:

—Lo veo á V. sorprendido por esta visita ciertamente inesperada, pero creo que me

excusará en cuanto sepa el motivo que me trae.

Miguel se inclinó dispuesto á oirlo todo y á oirlo pronto, mientras Gil, fijando la mirada al parecer indiferente sobre un rollo de papel que habia sobre la mesa, dijo:

—Anoche lo vi á V. jugar con malísima fortuna, y comprendiendo que jugaba V. lo que no tenía, sentí un vivísimo interes por su suerte. ¡Qué demonio! hay simpatías irresistibles, y yo dije: este jóven lleva el pundonor en el semblante; mas la desesperacion con que juega me induce á creer que no lleva ni un cuarto en el bolsillo, y es cosa averiguada que el dinero ajeno se pierde más fácilmente que el dinero propio, y presentí una catástrofe.

Miguel miraba atentamente á su interlocutor, ignorando adónde iria á parar.

—Desde aquel momento, prosiguió, concebí el proyecto de serle útil y lo acompañé á V. hasta la puerta de su casa; y, amigo mio, no me ha dejado V. dormir ni media hora—y me parece que V. tampoco ha dormido mucho;—y aunque sea adelantar el

juicio, el aire del semblante me descubre que en esa cabeza se esconde alguna diablura, y aquí estoy yo, filántropo por naturaleza y por carácter, resuelto á hacer *el diablo á cuatro* por sacarlo á V. de la trampa en que ha caído.

Nuestro héroe, que no pasaba de ser un hombre como otro cualquiera, respiró animado por un rayo de esperanza, y componiendo su semblante cuanto le fué posible, dijo :

—Hay una desgracia que no tiene remedio, y es la muerte; mas al mismo tiempo, la muerte es el remedio de todas las desgracias.

—Despacio, despacio, señor mio; la muerte puede admitirse como un remedio extremo, como el último remedio, lo cual significa que ántes hay que apelar á todos los remedios.

—Ya sabe V., replicó Miguel, que las deudas del juego son sagradas.

—Lo he oído muchas veces, dijo Gil, metiendo maquinalmente la contera de su baston en el hueco del rollo de papeles que

había arrinconado sobre la mesa. Lo he oído, repitió, pero no acabo de persuadirme. ¿Por qué ha de ser ménos sagrado el dinero que se pide á un amigo que el dinero que se pierde á una sota?..... Pero en fin, convengo en que las deudas del juego son sagradas.

—En ese caso, añadió Miguel, ya comprende V. mi situacion; debo cuatro mil duros.

—Vamos por partes: cuatro mil duros son en efecto cuatro mil duros; no es una bicoca; pero ¿no habrá cuatro mil duros en ninguna parte?

—¿En dónde?..... preguntó Miguel con ansiosa curiosidad.

—Veamos, replicó el buen hombre; pues si V. me ayuda, puede ser que demos en el *quid*.....

Diciendo esto, elevó distraidamente la punta del baston, levantando el rollo de papeles, que suspendido fué escurriéndose por toda la longitud de aquél hasta parar en el puño, donde tenía la mano.

—Veamos, prosiguió; hay que ajustarle la cuenta á la suerte, rebajándole lo que sea

razon. Cuanto más apurado sea el caso, más serenamente hay que mirarlo. Hemos convenido en que las deudas del juego son sagradas; esto es, que hay que pagar ántes el dinero que se pierde que el dinero que se pide; ahora bien, ¿no tiene V. por ahí algun amigo que le preste los cuatro mil duros que debe?

Miguel movió lentamente la cabeza, diciendo :

—Si no hay más recurso que ése, señor Agudo, estamos frescos.

Quedó el buen hombre pensativo, haciendo rodar sobre el baston el rollo de papeles con mano distraida, y al fin dijo :

—¿Y el Duque?

—El Duque, contestó Miguel, no me negaria su auxilio, pero sería una perfidia abusar de su generosidad. ¿Cuándo podria yo pagarle los cuatro mil duros?..... No, eso nunca.

—Comprendo el escrúpulo y lo respeto, añadió Gil, desdoblado distraidamente una de las hojas que formaban el rollo de papeles, en la cual clavó los ojos, añadiendo :

—En ese caso, querido mio, nos queda íntegra la terrible alternativa: ó aprontar cuatro mil duros esta noche, ó colgarse de un pino esta tarde.

—Ni más ni ménos, añadió Miguel.

—Pero advierta V., dijo el otro fijando de nuevo los ojos en la letra manuscrita de la hoja desdoblada, que el suicidio es una cobardía. Usted se mata huyendo de una deuda; esto es, huyendo de cuatro mil duros que no encuentra..... La cosa no puede ser más absurda.

Aunque rápidamente, pasó por la cabeza de Miguel la idea de que se estaba burlando de su desesperada situación, y se puso de pié, diciendo:

—Si es absurda, me parece completamente inútil discurrir más acerca de ella.

Con una sonrisa llena de bondadosa dulzura, exclamó Gil:

—Ah, querido jóven, no se dé V. tanta prisa por dejar la vida, porque empiezo á concebir sérias esperanzas de que podemos salvarnos.

—¡Salvarnos! ¿Y cómo?.....

Entonces el buen hombre sacó del baston el rollo de papeles, y con la mayor gravedad dijo :

—¿Cuánto quiere V. por estas veinte cuartillas manuscritas que tengo en la mano?

Miró Miguel el rollo de papeles, y frunciendo el entrecejo, estuvo á punto de plantar á su amigo en la puerta de la calle, mas se contuvo, y dándose una palmada en la frente, exclamó :

—Ah..... sí, es el original de *Los cencerros tapados*.

—Justo, añadió Gil, apretando el manuscrito entre sus manos.

—Esas cuartillas no son mias. Se quedaron olvidadas sobre la mesa cuando corregí el artículo, y en rigor pertenecen á la imprenta.

—Esto, en rigor, replicó Gil, ya no pertenece á nadie; es del que lo tiene, como es mia la piedra que cojo en el arroyo mientras la tenga en la mano. Esto es de usted á clavo pasado..... es un original anónimo, y por consiguiente, no tiene dueño; en este caso, como en otros muchos, la posesion es

la propiedad. En las redacciones de los periódicos no se conservan los originales, porque una vez que se imprimen y se publican ya no tienen uso ninguno, y los tiran ó los rompen. Pero si V. quiere que estas cuartillas vuelvan á la imprenta me es indiferente, porque el regente me las venderá.

—Esas cuartillas, dijo Miguel reflexionando, pueden valer mucho, si como se dice es autor de ellas un ministro.

—Eso es precisamente lo que yo pregunto; cuánto valen.

Miguel se sentó otra vez delante del buen hombre con aire dudoso y reflexivo, y después de algunos instantes de silencio soltó lentamente estas palabras, como si le costara trabajo pronunciarlas.

—Para mí..... si no valen cuatro mil duros..... no valen nada.

—Yo, exclamó Gil levantándose, doblo la cantidad..... valen ocho mil duros; por consiguiente, cerramos el trato.

—Poco á poco, replicó Miguel, inquieto y pálido..... Con esas cuartillas se puede cometer una estafa.

—Amigo mio, abusa V. de las palabras, y lo veo empeñado en saltarse la tapa de los sesos por cuatro miserables mil duros..... Aquí no hay estafa, ni ante la ley, ni siquiera ante el Diccionario. El Código Penal, que me lo sé de coro, dice textualmente que «estafa el que defrauda á otro en la sustancia, cantidad ó calidad de las cosas que le entregáre en virtud de un título obligatorio.» El Diccionario dice, poco más ó ménos, que estafa es sacar á otro dinero ó cosa equivalente, con artificio ó engaño y con propósito de no pagarlo; y por ampliacion, vender en más valor del que sea justo. Ahora bien, ¿cabe aquí ni la estafa legal del Código ni la estafa moral del Diccionario?..... Supongamos que la existencia de estas cuartillas anónimas compromete gravemente á una persona rica, y que por hacerlas desaparecer daría la mitad de su fortuna; pues bien, yo, que las poseo, le hago el favor de vendérselas, y asunto concluido. ¿Dónde hay aquí defraudacion de sustancia, cantidad ó calidad? ¿Qué engaño ni qué artificio si las cuartillas son auténticas? ¿Qué valor excesivo, si el

que las compre ha de pagarlas en razon de la necesidad que tenga de ellas? No hay estafa, querido mio, no hay estafa; es pura y simplemente un negocio.

—Será, replicó Miguel, lo que V. dice. Está fuera del Código Penal y del Diccionario, pero es un negocio que repugna á la conciencia.

—Su conciencia de V. es muy singular, dijo el buen hombre encogiéndose de hombros; le repugna un negocio lícito y corriente y va á suicidarse, que es un crimen doblemente condenado por las leyes divinas y por las leyes humanas.

La observacion de Gil era terrible, y Miguel quedó como suspenso entre la vida y la muerte, pero encontró una salida, y se puso de pié, diciendo:

—Mi muerte probará á lo ménos que no he querido vivir deshonorado.

Gil soltó una carcajada y replicó á su vez:

—Bravo; es una hermosa manera de volver por el honor. ¿No puedo hoy pagar una deuda sagrada contraida en el juego?..... pues

bien, sepa el mundo que ademas no quiero pagarla nunca. Me mato para que mi honor no muera, y deajo en testimonio de mi honradez un recuerdo horroroso y una memoria execrable.

En verdad, estas palabras, pronunciadas con acento de profunda ironía, no tenian vuelta de hoja, y nuestro héroe no supo qué contestar.

El otro prosiguió diciendo:

—A lo ménos quítese V. la vida heroicamente, sepúltese V. en la oscuridad del trabajo..... mine V. el mundo con la fuerza de su inteligencia ó con la fuerza de sus músculos; no coma V., ni duerma, ni viva hasta haber adquirido la suma que debe. Si apela usted al suicidio, sea un suicidio honrado.

Miéntras hablaba así, Miguel se paseaba agitadamente. Lo que aquel hombre le proponia era sublime pero espantoso; era morir sin dejar la vida.....

De pronto se volvió exclamando:

—Hé ahí una perspectiva que me espanta más que la misma muerte.

—Entónces, replicó el buen hombre, no

le queda á V. más recurso que aceptar la fortuna que se le entra por las puertas.

—Sea, gritó con furiosa vehemencia; yo queria quitarme la vida, y V. quiere quitarme mi propia estimacion..... El suicidio es un crimen, y lo que V. me propone es una infamia; huyo de Scila para caer en Caríbdis..... Esta noche cumpliré como un caballero y me miraré á mí mismo como á un miserable.

El Sr. Agudo se puso de pié y sacó su reloj tranquilamente.

—Son, dijo, las once y media dadas. ¿Dónde nos veremos á las tres en punto?

—A las tres en punto, contestó Miguel, estaré yo en casa del Duque.

Dió esta respuesta casi maquinalmente y volviéndole la espalda para abrir los cristales de la ventana, porque necesitaba aire: sentia el ardor de la calentura y el frio del insomnio.

Al ruido que hicieron al abrirse, se dibujó en los cristales de enfrente la cabeza de Magdalena, y Miguel fijó en ella los ojos..... La vecina estaba séria, más bien

triste; pero sus labios le enviaron una sonrisa y sus ojos una mirada; habia en la mirada reconvencion y en la sonrisa agradecimiento.

A Miguel le pareció más hermosa que nunca; tal vez porque estaba á punto de perderla para siempre; tal vez porque habia pasado tres dias sin verla; tal vez porque estaba, en efecto, más hermosa, ó porque resplandecia la imágen de la bella costurera en el fondo oscuro de su pensamiento como un rayo de sol en el fondo de una nube.

Aquella mirada y aquella sonrisa semejantes al arco íris, habian empezado á disipar las tempestades de su corazon, apaciguando el tumulto de sus ideas y rasgando las sombras de sus ojos.

—¡ Ah! exclamó entre sí..... ella trabaja y yo me deshonor..... No, no será.

Y con ademan enérgico, como si hubiera adoptado una resolucion firme é invariable, se volvió para pronunciar alguna palabra definitiva, pero se quedó con la boca abierta, sin tener á quién dirigirse. Estaba solo; A. Gil

y Agudo habia desaparecido sin despedirse.

El jóven hirió violentamente el suelo con el tacon de la bota, se arrojó sobre la mesa y buscó con ánsia el original del artículo inútilmente, porque el buen hombre no lo habia soltado de la mano..... Se creyó víctima de una traicion infame..... lo habian sorprendido, le habian robado aquel manuscrito misterioso que no era suyo.....

Hacia un minuto que aquel extraño personaje estaba allí. ¡Oh!..... áun podia alcanzarlo..... arrancarle las cuartillas y llevarlas á la imprenta.....

No vaciló ni un instante, cogió el sombrero y se lanzó á la escalera, seguro de que encontraria al hombre que acababa de sorprenderlo.

En esto se equivocaba, porque contemplando á Magdalena se le habia ido algo más de un minuto.

La señora Gertrúdis lo sintió bajar como un torbellino y lo vió desaparecer en la calle como una centella.

Entónces salió á la puerta y lo vió que iba por la acera, no andando, sino corriendo.

Volvióse á la portería, cogió la llave del cuarto y subió la escalera tan deprisa como Miguel la habia bajado.

En seguida penetró en la habitacion, y sus miradas empezaron á interrogar á cuantos objetos se presentaban á su vista, ansiosa de sorprender en ellos el secreto de su huésped.

Al ver la cama intacta se estremeció diciendo :

— ¡Válgame Dios! no ha dormido.

Al ver el desórden en que se hallaban los muebles, dijo :

— ¡Qué habrá hecho!.....

Y al ver la carta que habia quedado sobre la mesa murmuró :

— Hola..... ha escrito.

Cogió la carta, leyó el sobre y un rayo de alegría iluminó su semblante..... Sin embargo, se restregó los ojos como el que no está seguro de ver bien, y casi deletreando volvió á leer :

« Pa.....ra..... Mag.....da.....le.....na.....

Dió un salto vigoroso, como si hubiera salvado un abismo, y repitió tres veces :

—Es para ella, es para ella, es para ella.
Y añadió:

—Vamos, ya está comprendido el misterio..... esas ausencias son celos..... ese lujo lo habrá sacado el pobrecillo del centro de la tierra para agradecerla..... para darle en los ojos....

Con la carta en la mano se acercó á la ventana, y divisó á Magdalena, que todavía estaba detras de los cristales.

Verla y hacerle una seña, todo fué obra de un momento.

Magdalena comprendió que tenía algo que decirle y adelantó su risueño semblante hasta tocar con la barba en la superficie del cristal.

Este movimiento era una pregunta que queria decir:

—¿Qué es?.....

Así por lo ménos debió entenderlo la señora Gertrúdis, pues con un gesto sumamente expresivo alzó el brazo y le enseñó la carta.

CAPÍTULO XI.

El Jefe de la policía secreta.

Las antesalas del ministerio de la Gobernacion estaban llenas de pretendientes, y los despachos de los directores y de los oficiales de la secretaría estaban llenos de diputados, viéndose el Ministro cogido entre los primeros, que pretendian segun sus méritos, y los segundos, que pedian segun su influencia....

Claro está que los últimos se lo llevaban todo, no dejando nada á los primeros, porque es práctica parlamentaria que el diputado ministerial tenga parientes, amigos y paniaguados en número inagotable, á los que es preciso tapar la boca con jirones del presupuesto, para que el diputado pueda abrir la suya y votar con el Gobierno.

En la ocasion presente el ministerio habia acordado en Consejo de ministros abrir la mano á todo género de pretensiones para tener compacta á la mayoría, que en el incidente del empréstito fracasado por el artículo de *El Oriente*, habia empezado á enseñar la oreja.

Era, pues, preciso dejar á los diputados ministeriales que devoráran el presupuesto como lobos, para que despues votáran como corderos..... esto es elemental en el *teje maneje* de los gobiernos parlamentarios.

Podia el ministerio disolver las Córtes, respirar tres meses y convocar otras; pero le traia más cuenta tirar con aquéllas, porque en todo caso no haría más que cambiar una mayoría no harta por otra mayoría hambrienta.

El caso es que los diputados hacian mangas y capirotos de la administracion pública, repartiendo empleos, títulos y honores, adjudicando servicios al postor más amigo, obteniendo indultos para los criminales más recomendados á la justicia..... todo lo que, con la elevada dignidad del cargo que ejer-

cian, firmaban los ministros como por un barbecho.....

Entre tanto los pretendientes, que no llevaban más recomendacion que sus buenas hojas de servicios, pasaban las horas muertas en las antesalas y en las porterías esperando..... pura y simplemente por no desesperarse.

A. Gil y Agudo llegó á la portería mayor, sacó una tarjeta, y encima de su nombre en letra precipitada y con lápiz escribió esta palabra: «Urgentísimo», y entregó la tarjeta á un portero. Éste quiso leer el nombre contenido en ella, mas no pudo por lo diminuto de la letra; pero leyó sin vacilar la palabra escrita con lápiz, y encogiéndose de hombros, fué á llevar la tarjeta á su destino.

Medio minuto despues el mismo portero se le acercó al oido y le dijo:

—Su excelencia, que pase V. inmediatamente.

Nuestro hombre se detuvo, sacó su petaca, encendió un cigarro, y con toda la majestad de un gran personaje entró fumando

en el despacho del Ministro, dejando en pos de sí la admiracion y la envidia de los circunstantes y una nube de humo.

El Ministro, como una máquina, firmaba credenciales que otra máquina subalterna le iba presentando y recogiendo. Cada una de estas credenciales llevaba un *volante*, en el que iba el nombre del diputado á quien habia de eutregarse.

Al ver S. E. al Sr. Gil y Agudo le indicó una butaca para que tomára asiento, diciéndole :

— Soy con V. al momento.

Gil se sentó majestuosamente, echó la cabeza sobre el respaldo, y lanzó al techo artesonado una soberbia bocanada de humo.

Se acabó la firma, y el Ministro vino á sentarse delante de nuestro hombre, preguntándole :

— ¿Qué hay?

— Mucho, contestó éste.

— ¿Se conspira?

— Algo.

— ¿Qué se teme?

— Nada.

—Así lo creo, dijo el Ministro. Por ahora estamos seguros; tenemos el ejército de nuestra parte.

—Los ejércitos, replicó Gil, son como las mujeres, que en perdiendo lo que ellas llaman el honor, que no es más que la vergüenza, son cosa perdida; por consiguiente, excelentísimo señor, no debemos fiarnos.

—¿Han tanteado á algunos jefes? preguntó el Ministro.

—Aun no, porque los conspiradores no tienen todavía dinero.

—¿Se vigila al general.....?

—A toda hora.

—¿Qué hace?

—Espera.

—¿Qué?

—Oro.

—¿De dónde?

—De donde venga.

—Es muy temible.

—No; muy caro.

—Va á ser preciso echarlo á Filipinas.

—¡Oh! eso sería escandaloso.

—¿Por qué?

— ¡Bah! porque lo merece.

— Pues es preciso alejarlo.

— Más bien creo yo que conviene tenerlo cerca.

— Es un peligro.

— Es peor que sea un héroe.

— ¿Qué haría V. con ese hombre?

— Yo, contestó Gil frunciendo la boca, en la imposibilidad de fusilarle, que sería lo más seguro, lo compraría ántes de que acabara de venderse.

— Comprar á un traidor, replicó el Ministro con acento sentencioso, es comprar una traicion.

— Cierto..... pero, señor Ministro..... es preciso que dé V. E. á las cosas el valor que tienen en la plaza; si ese hombre no fuera un traidor no valdria dos cuartos; y yo lo que digo es que se le condene á cadena perpétua.

— ¡A cadena perpétua! exclamó el consejero responsable, dando un salto en su butaca.

— Eso es..... No pudiendo echársele encima la cadena de hierro que arrastran los presidiarios, probablemente con ménos ra-

zon, no hay más remedio que sujetarlo con la cadena de oro que, en el presidio suelto de nuestros dichosos tiempos, arrastran todos los traidores.

—¿Y dónde hay dinero para comprar tantas traiciones?

—No lo sé, porque eso no me incumbe; pero se podía adicionar el presupuesto con un nuevo capítulo para las necesidades de tan importante servicio, y los pueblos pagarían gustosos algunos millones más si llegarán á convencerse de que de otro modo los traidores le cuestan mucho más caros.

—Veo, dijo S. E. dando un nuevo rumbo á la conversacion, que estamos perdiendo el tiempo..... Decia V. en su tarjeta *urgentísimo*; y bien, ¿de qué se trata?

—Escribí *urgentísimo*, y debí haber añadido *gravísimo*..... pero vamos al asunto. Ya sabe V. E, que se habla mucho.....

—¿De qué? preguntó el Ministro impaciente.

—De un asunto en sí insignificante, pues, que va tomando colosales proporciones..... en fin, no se habla de otra cosa.

—¿Y qué es ello? volvió á preguntar el Ministro.

—Es un tema que los enemigos del Gobierno están explotando con demasiado éxito.

—¿Han vuelto otra vez á la manía del empréstito?

—No. Ahora se dice y se asegura, y es más, hasta se cree por los mismos que lo propalan, que el ministerio está vendido.

—¡Hola! exclamó S. E. riéndose. ¿Y quién nos ha comprado?..... ¿Francia, Inglaterra ó Marruecos?..... Y dígame V., ¿de dónde han sacado semejante paparrucha?

—Vuecencia, le advirtió Gil, no me ha entendido bien, sin duda porque yo me he explicado mal: se dice que el ministerio está vendido por uno de los ministros.

—Pero vendido..... ¿á quién?

—Me explicaré con más claridad..... Dicen que dentro del ministerio hay un ministro traidor.

—¿Dicen eso.....!

—Y aseguran que está el gabinete en profunda descomposicion; que los ministros no

se fian unos de otros porque no saben cuál de ellos es el que los ha vendido.

— ¡Qué absurdo!..... exclamó el Ministro.

— Y añaden, prosiguió Gil, que el presidente del Consejo busca datos para descubrir al traidor.

— ¿Datos de qué?.....

— Datos fehacientes..... seguros, que no puedan ser desmentidos..... en fin, se dice que el jefe de la policía secreta, cuyo nombre se ignora, se halla encargado de indagar á toda costa quién es el autor del famoso artículo de *El Oriente*.

— ¿Y qué ha indagado el jefe de la policía secreta? preguntó el Ministro con cierta ironía.

— Parece que el jefe de la policía secreta ha inquirido que, en efecto, el autor del artículo es un ministro.

— ¡Pobre jefe de la policía secreta!..... Mas ¿en qué puede fundarse semejante suposición?.....

— Segun mis noticias, contestó Gil, el jefe de la policía secreta funda la suposición

en el empeño con que se oculta el autor del artículo.

— Ese artículo, replicó el Ministro con aire desdeñoso, es sin duda del director de *El Oriente*. Si él lo niega es porque le tiene miedo al enojo del Gobierno, del que, como V. sabe, saca una buena subvencion, que cabalmente sale de los fondos secretos de este ministerio.

Gil se inclinó reverentemente, diciendo:

— Perdóneme la reconocida perspicacia de vucencia, excelentísimo señor; pero el director de *El Oriente*, muy listo para tomar subvenciones, es rematadamente tonto para escribir artículos de ese calibre. Vucencia sabe que el estilo es el hombre, y el director de *El Oriente* no es el hombre de ese estilo.

— No formo empeño en sostener mi parecer..... Si no es ése el autor del artículo, será otro, y tenemos lo mismo.

— No es lo mismo, excelentísimo señor; pues supongo que el pobre jefe de la policía secreta se preguntará: «¿Por qué este otro, autor del artículo, renuncia á la celebridad de haberlo escrito y se oculta tan tenazmente

como pudiera hacerlo el autor de un robo ó de un asesinato?»

El Ministro repuso indiferentemente :

— Phs..... puede tener las mismas razones que hemos supuesto en el director de *El Oriente*.

— En cuyo caso, añadió Gil, debe ser una persona de algun modo ligada con el ministerio.

— ¿Por qué no?..... dijo el Ministro.

— Pues bien, ¿qué persona más ligada al ministerio que un ministro?.....

— Sin duda..... ¿pero qué interes puede tener un ministro en desacreditar al ministerio de que forma parte?

— Puede tener el interes del hijo desnaturalizado, que desea la muerte del padre, cuya herencia codicia.

— Por el camino de las suposiciones gratuitas, dijo el Ministro, se puede llegar á todas partes.

Gil confirmó esta observacion, añadiendo:

— Ciertamente; pero V. E. no podrá desconocer que pudiéndose ir á todas partes, se puede tropezar con la parte que se busca.

—Y bien; ¿sobre qué ministro más especialmente cae esa calumnia?

—¡Oh! eso es grave, contestó Gil.

—¿Qué más da un ministro que otro? de todos modos, la suposición es absurda.

—En ese caso lo diré: la calumnia, excelentísimo señor, cae especialmente sobre vuestro

—No me sorprende.

—Ni á mí tampoco.

—Lo que no comprendo es en qué pueda fundarse semejante especie.

—La especie no se funda más que en sospechas maliciosas, en suposiciones vagas.

—¡Bah!..... es el desahogo de los descontentos.

—Naturalmente, señor; ellos andan á ciegas; pero lo *gravísimo* es que hay datos.

—¡Datos! exclamó S. E. poniéndose de pié. Despues soltó la carcajada, añadiendo: Buenos estarán los datos.

—Son terribles, excelentísimo señor.

—Excita V. mi curiosidad, dijo el Ministro. ¿Qué datos son éstos?

— Datos fehacientes..... seguros..... incontestables.

— ¿Cuáles son?

— Son las cuartillas originales de ese maldito artículo.

— ¡Imposible! exclamó el Ministro; me consta que han desaparecido de la imprenta, que no existen en la redaccion ni en ninguna parte.

Haciendo una profunda reverencia, Gil, que se habia levantado cuando el Ministro se puso en pié, replicó :

— Excelentísimo señor, las ha visto el pobre jefe de la policía secreta, y esto es lo *urgentísimo*.

— Aún siendo eso así, dijo S. E. algo pensativo, el activo jefe de la policía secreta no ha descubierto gran cosa, porque teniendo el autor del artículo el propósito de ocultar su nombre, no habrá incurrido en la indiscrecion de escribirlo de su puño y letra.

— Precisamente, señor Ministro, replicó Gil, el no haberse descubierto ántes al autor del artículo á pesar de cuantas averiguaciones se han intentado, induce á creer que él

solo está en el secreto, y que, por consiguiente, lo ha escrito de su puño y letra, único modo de ponerse á cubierto de una traicion ó de una imprudencia.

—No está eso mal discurrido; pero me ocurre que no habrá sido tan torpe el autor, que tratando de esconder el puño, no haya disfrazado la letra.

—Así lo ha intentado; pero le es muy difícil al que no tiene más que una letra disfrazarla perfectamente en todos sus rasgos y pormenores en la friolera de veinte cuartillas; y es el caso que al traves de las imperfecciones del disfraz, el pobre jefe de la policía secreta ha reconocido al golpe la letra.

El Ministro se mordió el labio inferior, y dijo :

—¿No le parece á V. probable que esas cuartillas no sean auténticas y que en vez de una letra disfrazada haya en ellas una letra que no han sabido imitar?

—Es posible, pero da la fatal coincidencia de que hay en esas fatales cuartillas algunas correcciones hechas por el director de *El Oriente*, circunstancia que da testimonio

de la autenticidad del original; y como si esto no fuera bastante, esas cuartillas acusadoras llevan de letra del regente de la imprenta los nombres de los cajistas que las han compuesto, como se hace siempre; de manera que no hay escape.

Esta vez el Ministro se llevó la mano á la boca y se mordió la uña del dedo pulgar, mientras Gil seguía con la punta de su enorme baston los dibujos aterciopelados de la magnífica alfombra que tenía bajo los piés.

—Vamos, preguntó el consejero responsable despues de un momento de meditacion. ¿De quién dice el astuto jefe de la policia que es la letra de esas cuartillas?.....

Antes de contestar adoptó Gil la actitud más sumisa y respetuosa que encontró á la mano, y fijando los ojos en el Ministro con tenacidad insolente, le dió esta respuesta:

—El jefe de la policia secreta, excelentísimo señor, dice que la letra de las cuartillas es incontestablemente de V. E.

—¡Ah!..... exclamó el Ministro con voz ahogada y apretando los puños. Soy, amigo mio, víctima de alguna intriga infame.

Gil añadió tristemente:

—Pero de una intriga tan hábilmente urdida, que no hay manera de deshacerla.

—¡Oh! esto es increíble..... no puedo creerlo sin ver con mis propios ojos esas cuartillas que me acusan.

—Todas no es posible que V. E. las vea en este momento; pero una sí, añadió sacando su cartera y presentando al Ministro una cuartilla de papel arrugada y ennegrecida..... Vea V. E. si el testimonio es irrefragable. Tratándose de cualquiera de esos delitos que el código castiga, llevado V. E. ante los tribunales, sería condenado por la doble autenticidad de las cuartillas y de la letra mal disfrazada..... pero tratándose de un asunto de esta especie, con salir del ministerio como perro con maza y dejarse despedazar unos cuantos dias por la voracidad maldiciente é implacable de la opinion pública, estamos del otro lado.

—No, no, se apresuró á decir el Ministro; es preciso que ese fatal testimonio desaparezca. ¿Quién tiene esas cuartillas?

—Un hombre que sabe lo que tiene.

—¿Y cómo han ido á sus manos?

—Eso importa poco y á nada conduciría saberlo; lo que importa mucho es que las tenga.

—¿Será fácil adquirirlas?

—Le he dicho á V. E.....

El Ministro le interrumpió diciendo:

—Deje V. el tratamiento.

Gil se inclinó por tercera vez, y añadió:

—He dicho que ese hombre sabe lo que tiene.

—¿Será un hombre político?

—No señor, odia cordialmente á todos los partidos y no quiere más que vivir modestamente..... vivir..... por pura curiosidad de saber en qué pára esto; es un hombre muy oscuro, pero muy curioso.

—¿Qué haría V. en mi caso? preguntó su excelencia?

—Yo, contestó Gil, recogería inmediatamente esas cuartillas; porque la intriga está tan bien urdida, que no hay defensa.

—Y ese hombre, ¿qué piensa hacer con ellas?

—Piensa negociarlas con el presidente del

Consejo de Ministros, que, como se comprende, las tomará á cualquier precio.

—¿Tiene contra mí alguna ojeriza?

—Ninguna.

—Entónces ¿por qué ha pensado en el presidente del Consejo, y no en mí?

—Porque le es indiferente uno ú otro..... él vende al que le compre.

El Ministro respiró, y apoyándose en el mármol de la chimenea, hizo esta nueva pregunta:

—Vamos á ver; ¿cuánto se puede dar por esas malditas cuartillas?

—No sé lo que se puede dar; únicamente sé lo que se pide.

—¿Cuánto?

—Una bicoca.

—Diga V.

—Despues de muchos esfuerzos, porque el hombre sabe lo que tiene, se ha plantado.....

—¿En qué?

—En veinte y cinco mil duros.

—¡Qué barbaridad! exclamó el Ministro.

— ¡Una barbaridad! repitió Gil en el mismo tono.

— ¿De dónde saco yo esa suma?

Gil se encogió de hombros, y ambos guardaron silencio contemplándose frente á frente.

Al fin el Ministro dijo :

— Yo no puedo dar tanto dinero.

— Es mucho, indudablemente es mucho, añadió Gil..... y yo dudo que el presidente del Consejo le dé tanto.

— ¡Oh!..... es una estafa, gritó S. E.

— ¿Por qué, preguntó Gil, no lo llevamos á los tribunales?

Tan candorosa pregunta no obtuvo respuesta, sin duda porque no la oyó el Ministro ó no quiso oirla.

Podían ser ambas cosas, en razon á que se habia alejado de Gil para acercarse á su mesa de escritorio, junto á la cual, saliendo de la pared, habia una especie de tambor que presentaba un círculo de botones de nácar, medio eléctrico de comunicacion instantánea entre el Ministro y las dependencias de su secretaría.

Sobre uno de estos botones apoyó el ín-

dice, y rascándose la cabeza con aire de manifiesta irresolución, comenzó á dar largos paseos de un extremo á otro del despacho, metidas ambas manos en los bolsillos del pantalon, mientras Gil, con semblante impasible, echadas atrás las manos, seguia con los ojos los dibujos del techo artesonado que se elevaba sobre su cabeza.

Su excelencia rompió al fin aquel triste silencio, exclamando:

—Veinte y cinco mil duros son una buena fortuna para cualquiera.

—Indudablemente, añadió Gil; pero esas cuartillas son para V. E. una gran desgracia.

Una de las puertas del despacho, la que comunicaba con la subsecretaría, se abrió discretamente, dando entrada á un nuevo personaje, que debia ser un alto empleado á pesar de ser un hombre muy pequeño, pues acercándose á él el Ministro, le dijo á media voz:

—Señor Director..... ¿qué nos queda de los fondos secretos?

El Sr. Director miró á Gil, que apartaba los ojos para aplicar los oídos más cómoda-

mente, y en voz más baja que la del Ministro contestó :

—Áun quedan más de treinta mil duros.

—Bien, dijo S. E., necesito veinte y cinco.

—¡Veinte y cinco duros!..... exclamó el Director admirado.

—No, le replicó su jefe, veinte y cinco mil.

El alto funcionario salió inmediatamente, diciéndose estas palabras :

—No es mal pellizco..... ¡veinte y cinco mil duros!..... ¡quinientos mil reales!..... ¡medio millon justo!..... El jefe de la policía secreta nos va á dejar sin fondos secretos.....

Y aplicando esta observacion puramente económica á la política, añadió :

—Se conoce que se conspira de firme.

Poco despues Gil y Agudo salia del despacho del Ministro; los porteros se precipitaban delante de él abriéndole las puertas, pues los porteros conocen al instante la importancia de las personas y no les gusta quedar mal por cortesía más ó ménos con aquellas que están bien con los ministros.

Nuestro hombre atravesó las antesalas majestuosamente, pero sin vanidad, bajando á la calle y confundiéndose en ella con la multitud como un simple mortal.

Una vez en la *Puerta del Sol* se acercó al *Bolsin* y supo *c* por *b* el movimiento de los fondos públicos en aquel dia, enterándose bien de todo lo que allí se mentia, y sacando por consecuencia que haria un gran negocio el que se atreviera á jugar á la *baja*.

Dió luégo dos vueltas indiferentes por la calle de la Montera, y muy despacio, como hombre que ya ha hecho el dia, se fué acercando á la *Puerta del Sol* y entró de nuevo en el ministerio de donde haria poco más de media hora que habia salido.

Entre tanto Miguel lo habia buscado inútilmente, y perdida ya la esperanza de encontrarlo, fué á refugiarse á casa del Duque, llena la cabeza de las más confusas ideas y el corazon de encontrados sentimientos.

Apartado entónces de la influencia que con sólo verla ejercia Magdalena sobre su alma, volvía, por una triste reaccion de su espíritu, al punto de partida de su tribulacion.

Como un cuerpo abandonado á sí mismo acude á buscar el centro que lo atrae, del mismo modo nuestro héroe, léjos de la dulce atraccion de Magdalena, volvía á caer, como en el centro de sus pensamientos, en el abismo de los cuatro mil duros, que alternativamente le pedían el honor ó la vida.

Cuatro soluciones se disputaban el imperio de su voluntad, aumentando las indecisiones de su espíritu, verdaderamente atribulado.

Dejar de pagar aquella misma noche los cuatro mil duros perdidos en el juego, no era posible.

Dejar la vida cuando empezaba á sentirla, era muy duro.

Condenarse á trabajar como un perro bajo la presion de aquella deuda, que acaso no podría pagar nunca, era muy cruel.

Resignarse á ser cómplice de una estafa, era muy triste.

Ser tramposo..... ¡qué ignominia!

Un suicidio..... ¡qué horror!

La esclavitud de un trabajo forzado.....
¡qué martirio!

Una miserable estafa..... ¡qué vergüenza!
La vanidad, tomando el aspecto del verdadero pundonor, le decia: «Paga.»

El orgullo desesperado le gritaba: «Muere.»

La virtud animosa le hablaba dulcemente diciendo: «Trabaja.»

El mundo, bajo la forma sarcástica é indiferente de A. Gil y Agudo, se reia á carcajadas de su angustia, gritándole: «Vive.»

No es Miguel un sér extraordinario; es un hombre como los demas; un héroe, sí, pero un héroe de novela, y debo decir en honor suyo que veia pasar los instantes sin decidirse.

Las mismas soluciones volvian á la carga, presentando á su turbada imaginacion el lado atractivo de cada una.

Pagar..... ¡qué honroso!

Morir..... ¡qué trágico!

Trabajar..... ¡qué sublime!

La estafa..... ¡qué fácil!

.
La aguja del reloj inflexible marchaba con esa espantosa rapidez con que va de hora en hora en los momentos de las crisis supremas.

Sin saber cómo, eran ya las tres de la tarde, y Miguel no había decidido nada..... Árbitro de su suerte, se pedía á sí mismo una resolución que no acertaba á darse.....

Miró el reloj que latía sordamente sobre la chimenea de su despacho, y vió que faltaban tres minutos para las tres en punto..... la proximidad de aquella hora le heló el corazón..... ¡Ah! Si hubiera podido detener el tiempo..... Si hubiera podido alejar incesantemente aquella hora definitiva, probablemente no habrían vuelto á sonar en el mundo las tres de la tarde.

Tres minutos tenía para decidirse.

— No, dijo exhalando un profundo suspiro..... ese hombre no vendrá.

Luégo, conteniendo la respiración, exclamaba :

— ¡Si viniera..... si viniera.....!

Volvió á mirar el reloj y sus ojos se nublaron, aumentándose la palidez de su rostro : para las tres sólo faltaba un minuto.

Sacó del bolsillo dos cartas cerradas y las puso sobre la mesa.

Cogió la que iba dirigida al Duque y la ras-

gó..... Cogió despues la que iba dirigida al banquero, la contempló un instante y la rasgó tambien. La que habia de poner en el caballete del pabellon, al pié del retrato, estaba ya en su destino.

Volvió á examinar el reloj y faltaban dos segundos para que sonára la primera campanada de las tres; y con voz verdaderamente lúgubre dijo:

—No viene..... no viene.....

Se detuvo un momento, respiró con ánsia y se puso de pié, exclamando:

—Valor..... volveré á ser corrector de pruebas y al mismo tiempo seré secretario del Duque; con lo primero viviré en mi cuarto enfrente de mi hermosa vecina..... con lo segundo pagaré..... iré pagando.

El ángel bueno habia tocado en su razon.

El ruido del reloj anunciando que iba á dar la hora le hizo clavar los ojos en la esfera.

Dió la primera campanada, despues la segunda, despues la tercera.

Miguel las contó una á una, y cogiendo su sombrero, dijo:

— Son las tres en punto.

En aquel momento la puerta que daba á la biblioteca se entreabrió, y un criado de la casa asomó la cabeza diciendo:

— El Sr. A. Gil y Agudo.

Nuestro héroe dió un paso atras temblando desde los piés hasta la cabeza, y el señor Gil y Agudo entró repitiendo:

-- Son las tres en punto.

Miguel se quedó inmóvil delante de aquel hombre sin articular ni una palabra. Parecía que tenía miedo de hablar el primero, y esperó; mas no tuvo que esperar mucho tiempo, porque Gil, acercándose á la mesa y poniendo sobre ella un lío de papeles de color, dijo:

— ¡Gran dia!..... Hemos hecho dos buenas acciones evitando dos muertes..... la muerte civil de un pobre ministro y el horrible suicidio de un buen muchacho..... Aquí hay ocho mil duros en billetes de banco.

Miguel quiso hablar, pero no pudo, y Dios sabe lo que hubiera dicho; mas le cortó la voz un dulcísimo prelude de doble armonía,

formado por las notas del piano y los suaves tonos del *armonium*.

La mujer desconocida estaba en el pabellon.

Era la segunda vez que Miguel oía aquella música irresistible, misteriosa y ardiente, que llamaba á las puertas de sus sentidos con la ansiosa voz de todos los deleites.

Otra vez volvió á sonar la enamorada melodía de aquel motivo que dice :

«Soy tuya..... soy tuya.»

Gil tendió la mano al buen muchacho, diciendo :

—He sido puntual..... escrupulosamente exacto y me retiro..... amigo mio..... yo soy siempre el mismo.

Miguel rechazó maquinalmente la mano que Gil le tendía, y éste dió media vuelta y desapareció por donde habia entrado, pronunciando estas textuales palabras :

—Recibe el dinero y rechaza la mano..... ¡Siempre la misma, naturaleza humana, siempre la misma!

CAPÍTULO XII.

Los dos hermanos.

Algo extraordinario debia ocurrir en el gabinete reservado de la Marquesa, pues la campanilla se deshacia llamando á la doncella, precisamente en una ocasion en que ésta se hallaba muy léjos de esperar que su señora la llamára.

Mundeta — tal era el nombre de la doncella — se encontraba en su cuarto contemplando en el espejo el seductor contraste que formaban sus negros y abundantes cabellos con el blanco mate de su rostro, sobre el que acababa de pasar la pluma de cisne con que diariamente se empolvaba desde la frente á la barba y de oreja á oreja, dando á su animada fisonomía el frio aspecto de un país nevado, en el que chispeaban los volcanes de

sus ojos, más negros que una noche de truenos.

Esta hermosa morena se habia empeñado en ser blanca contra todas las leyes de la naturaleza, y habia empezado á concebir esperanzas de conseguirlo, merced á la doble capa de polvos con que cubria su tez fresca y aterciopelada. Todavía le quedaba el recurso de apelar al *agua de Barcelona*, y en último extremo vislumbraba su deseo la posesion de..... ¡friolera!..... de la *toalla de Vénus*, con la que sería más blanca que la leche y más hermosa

Que el prado por Abril, de flores lleno.

Al primer campanillazo dió un salto; al segundo arrojó sobre su tocador, limpio y modesto, la brocha de pluma de cisne que tenía en la mano, y al tercer repiquete de la campanilla echó á correr como una loca.

Dos caminos tenía para llegar al gabinete reservado de la Marquesa, uno más corto que otro, y eligió el primero, saliendo á la galería de cristales, en cuyo extremo habia

una puerta reservada que conducia á la escalera, por medio de la que se comunicaban el gabinete y el pabellon del jardin.

Llegó á esta puerta y quiso abrirla; pero ¡oh contratiempo! estaba cerrada por dentro, y la campanilla, furiosa, repiqueteaba por cuarta vez.

La pobre muchacha hirió el suelo con la planta de su pié no diminuto, y se lanzó á escape por la galería diciendo:

—¡Oh..... oh, qué impaciencia!

Por el camino más largo hubiera llegado ántes, ó más bien, el camino más largo era en esta ocasion el más corto.

Tuvo que volver casi al punto de partida y emprender de nuevo la marcha; mas llegó al fin y entró llena de temor y de curiosidad. De temor, porque la señora estaria tocando el cielo con las manos; de curiosidad, por saber el extraordinario motivo de tan intempestiva urgencia.

Estaba la Marquesa de pié junto al balcon inmediato al escritorio con un papel en cada mano, contemplándolos alternativamente, y tan en ello, que no advirtió que tenía delante

á la doncella, la cual se guardó muy bien de interrumpirla, y permaneció inmóvil como una estatua enfrente de otra estatua.

—Son idénticas, exclamó Luisa al mismo tiempo que reparó en Mundeta.

Ésta inclinó la cabeza, preparándose á recibir sumisamente los rayos en que iba á estallar la cólera de su señora; mas ¡cuál sería su asombro cuando en vez del enojo que esperaba estalló en los labios de la Marquesa la más estrepitosa carcajada!

—Señora..... balbuceó la pobre muchacha sin saber qué pensar de aquella risa, más in-tempestiva que los repiqueteos de la campanilla.

—Ah..... Mundeta..... dijo la Marquesa, sin dejar de reirse; ¡qué cara trae V.! eso es demasiado..... van á creer que tengo un albañil por doncella.

Indudablemente Mundeta se habria puesto encarnada como la grana, si la pared de polvos que cubria sus mejillas lo hubieran permitido; pero bajó los ojos y no se atrevió á pronunciar ni una palabra.

La Marquesa añadió:

—Que baje Fermin al cuarto de mi hermano y le diga que deseo verle al instante.

Salió Mundeta, pero apénas hubo salido, volvió á entrar diciendo :

—Señora, aquí está Fermin.

Luisa hizo un movimiento de impaciencia, y la doncella añadió apresuradamente.

—Es que..... viene á decir que el señor Duque desea ver á la señora.

—Que éntre, que éntre, gritó la Marquesa, ocultando en el bolsillo de su bata, pues aquel dia no habia querido vestirse, uno de los dos papeles que tenía en las manos.

—¿Quién ha de entrar? preguntó Mundeta, ¿Fermin ó el señor Duque?

Un nuevo movimiento de impaciencia advirtió á la pobre muchacha lo impertinente de su pregunta, y salió dejando entrar á Fermin.

En cuanto la Marquesa vió al lacayo se lanzó á él, preguntándole enojada :

—¿Qué quiere V.?

—Señora..... contestó Fermin..... Mundeta.....

No pudo concluir, porque la señora lo interrumpió repitiendo :

— Mundeta..... Mundeta..... He dicho, añadió, que pase mi hermano, que éntre inmediatamente el señor Duque..... ¿Hablo yo en griego?..... ¿Será posible que hoy me entiendan ustedes?.....

La noble viuda, por una equivocacion bien natural, tomaba la impaciencia propia por torpeza ajena.

Al fin pudo el Duque penetrar en el gabinete reservado de su hermana, y entró diciendo :

— Querida Luisa, vengo en persona á poner en tu conocimiento que esta noche no como contigo.

— Querido hermano, me parece que no es eso solo lo que has venido á decirme.

Él replicó :

— Ya contesté formalmente á tu carta pidiendo el breve plazo de un año para enamorar á mi futura, y supongo que ese asunto lo habrás arreglado felizmente con la familia : ni á ella ni á mí se nos pasa el tiempo, y bueno será que nos conozcamos algo ántes de llegar al fatal momento.

— Javier, Javier..... exclamó Luisa mo-

viendo la cabeza, me parece que si la rica criolla llega á conocerte, acabará por elegir otro hombre á quien entregar su escasa mano y sus abundantes millones.

—Te prometo, hermana mia, aquí, en el seno de la confianza y sin vanidad ninguna, que en un mes la conquisto.

—¿Y entónces, pobre Javier, le preguntó Luisa sonriéndose, por qué pides el plazo de un año?

—Hija mia, contestó el Duque, porque para enamorarla me basta un mes, mas para enamorarme yo necesito más tiempo.

—Pues, señor mio, no me comprometo á obtener la concesion de semejante plazo..... un año es mucho.

—Mucho..... Cuando mi futura suegra lo necesita entero para decir: «Mire, Francisca..... llame á la niña, y mire, ábrame la boca, porque mire, quiero bostezar.....»

—Sí, replicó Luisa, tu futura suegra,—si llega á serlo,—es cubana desde los piés hasta la cabeza, y necesita tres dias para pasar de una habitacion á otra; pero en este

asunto tiene prisa, y es que se ha picado su amor propio.

—Eso es de tu cuenta, y no necesitas agotar tu talento para aplazar mi matrimonio por un año..... Ya ves, un año es un soplo.

—No, no, dijo la Marquesa, esto no es juego de niños. En tu carta, que casualmente la tengo en la mano, me dices: «Me casaré mañana mismo si tú quieres.....» Pues bien, no quiero que sea mañana ni dentro de un mes: partamos la diferencia..... que sea dentro de dos meses.

—Imposible, exclamó Javier.

—Bien, en ese caso anunciaré tu renuncia, y como en algo he de excusarla, diré que has perdido el juicio.

—¿Vas á consentir que pierda trescientos mil duros de renta segura, trescientos mil duros á *toca-teja*?

—No es la pérdida de esa fortuna la que me aflige, contestó Luisa, porque, en fin, tú no estás á punto de morirte de hambre y puedes conservar con el esplendor necesario tu título de duque: lo que me desazona es que vamos á quedar mal con esa familia, á

quien nuestro padre debió algunos favores..... Quizá al hacerla duquesa no le das tú más que lo que le debes.

—Te pones tan seria, dijo Javier, que me rendirías á tu voluntad si fuera posible; pero, hermana mia, no puedo; estoy bajo la influencia de un poder que dispone de mí con encanto irresistible..... Hoy por hoy lo sacrificaré todo á este..... phs..... á este capricho que me domina..... Además, déjame correr mi última aventura y me casaré tranquilo..... tranquilo como el sol que se pone en un cielo sin nubes. Al reo condenado á muerte se le conceden tres dias de vida; justo será que al hombre condenado al matrimonio se le conceda un año.....

—Javier, preguntó la Marquesa en tono de reconvencion, ¿qué locura traes entre manos?

—Está muy bien aplicada la palabra, hermana mia: una locura á cuyo éxito he aplicado todo mi juicio, toda mi experiencia, todo mi talento, todo mi sér; pero una locura pasajera, fugitiva, detras de la que está mi matrimonio como el término sereno de un

dia tempestuoso. Sí, severa Marquesa, me casaré con esa mujer despues de haber conseguido el amor de un ángel..... Lo juro.

—Pues, caballero, renuncie V. desde ahora á la mano de la rica criolla ; yo no puedo hacerme cómplice de semejante disparate.

—¿Harás que pague con trescientos mil duros anuales una locura que será la última?

—Sí.

—¿Eres insensible á las debilidades de la naturaleza humana?

—Soy inexorable.

—Bueno : si nuestro buen padre, desde el fondo de su sepulcro se queja de que faltamos á la palabra por él empeñada, tuya será la culpa.

—Tuya, exclamó Luisa con vehemencia.

Hubo un momento de silencio, durante el que Javier se levantó, considerando que lo más prudente era suspender la discusion, aplazándola para otro dia, pues aunque no ignoraba que su hermana era terca, como buena aragonesa, á él le convenia ganar tiempo.

Al ver Luisa que su hermano apelaba al

estratégico recurso de la fuga, le detuvo diciendo :

— Oiga V., señor mio, ¿se puede saber de quién es la letra con que ha tenido V. la bondad de contestar á mi carta?

— ¿Y qué interes tiene V. en saberlo? preguntó á su vez el Duque con seriedad fingida.

Por medio de una sonrisa, al parecer involuntaria, dulcificó la Marquesa la séria expresion de su rostro, excusando así una tinta de color de rosa que súbitamente encendió la suave palidez de sus mejillas.

— Un vivo interes, contestó mordiéndose los labios.

— ¿Y qué interes es ése?

— Deseo saber, dijo jugando con la carta que tenía en la mano, quién me priva del honor de recibir cartas autógrafas del señor Duque.

— La letra de esa carta, señora Marquesa, es de mi secretario.

— ¡Hola!..... Esto es nuevo.

— Novísimo.

— ¿Y quién es ese caballero que le ayuda

á V. en la ardua tarea de no hacer absolutamente nada?

— Mi rival..... contestó Javier.

— ¡Tu rival!.....

— Lo que oyes.

— Explícame eso.

— ¡Ah! es una historia.

— Debe ser interesante.

— Mucho.

— Cuéntamela.

— Es muy larga.

— No importa.

— Pues oye.

— Habla.

— Es un guapo chico.

— Sigue.

— Que ha puesto los ojos.....

— ¿En quién?

— En quien yo los tengo puestos.

— ¿Y qué?

— Lo he apartado de ella.

— ¡Cómo!

— Haciéndolo mi secretario.

Esta vez no tuvo la Marquesa que sonreír para disimular el súbito encarnado de sus

mejillas, pues estaba más pálida que nunca.

—No te entiendo, dijo.

—Pues es bien claro.

—¿Ella es hermosa?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Mas que tú.

—¿La conozco?

—Sí.

—No caigo.....

—Tú misma has admirado su hermosura.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿En mi casa?

—En tu propio tocador.

—¿Cómo?

—Bajo una falda de color de fuego con blondas negras.

—Sí.....

—Con tu magnífico collar de perlas sobre sus hombros desnudos.

—¡Ah!..... exclamó la Marquesa, ¿es.....

Javier la contestó diciendo:

—La misma.

Luisa empezó á pasar la carta de su her-

mano de una mano á otra con visible inquietud, diciendo :

—Sí, hermosa criatura..... demasiado hermosa.

—Ya ves, querida hermana, añadió el Duque, lo grave de mi situación : tengo empeñado mi amor propio, me encuentro frente á frente de un rival temible, y no he de abandonar el campo en el momento más crítico de la jornada..... Convéncete de que necesito un año para casarme tranquilamente con trescientos mil duros de renta.

—Y dime, preguntó la Marquesa, ¿qué clase de hombre es tu secretario?

—Un guapo chico que maneja la espada como un maestro de esgrima y habla como un libro..... Ha tenido la imprudencia de ponerse en mi camino ; pero es todo un caballero..... Antes de anoche perdió cuatro mil duros jugando con dinero prestado. Yo cuando lo supe dije : «Ese no amanece», y eran las cuatro de la mañana.

—¿Y qué?..... exclamó Luisa con vivo sobresalto.

—Nada..... anoche se presentó y pagó su

deuda billete sobre billete, siendo un pobre diablo que no tiene sobre qué caerse muerto.

—Tú debiste darle ese dinero, dijo la Marquesa.

—Poco más ó ménos esa cantidad tiene en el cajon del escritorio..... pero de allí no han salido los cuatro mil duros. No sé de dónde los ha sacado. ¡Oh! y anoche estuvo feliz..... jugó sin medida y ganó sin consuelo.

—No comprendo, preguntó Luisa, cómo se resigna á ser el secretario de su rival.

—Él no sabe, querida mia, que yo adoro á Magdalena..... Si llegára á saberlo, era asunto perdido..... Sería capaz de llevarme á un lance y me obligaria á matarlo, porque usa una guardia muy peligrosa.

—¡Tanto ama á esa mujer!.....

—Mucho; con un amor que parece del otro mundo.

Sin que Javier lo advirtiera, sus palabras produjeron en Luisa tres síntomas de esa enfermedad interior que se llama ira, pues frunció su hermoso entrecejo, mordió el car-

min de sus labios con las perlas de sus dientes y arrugó entre sus dedos de nácar la carta que tenía en las manos.

El Duque prosiguió diciendo :

—Hasta ahora la cosa no ha pasado de ardientes miradas y dulces sonrisas, entre las que no habrá faltado algun suspiro de esos que encienden el aire; pero si yo no me interpongo á tiempo, se declara el incendio y el amor los abrasa vivos..... porque ella..... añadió apretando los puños..... ella.....

—Lo comprendo, lo comprendo, dijo la Marquesa con las notas más profundas de su voz pastosa.

Despues añadió con aire indiferente:

— Quisiera conocer á tu secretario.....

—Te lo presentaré en regla..... esta noche comemos juntos.....

—Pues mira, dijo Luisa, yo no salgo de casa y esta noche no espero á nadie.

El Duque miró fijamente á la Marquesa; tan fijamente, que ésta se vió obligada á bajar los ojos huyendo de las miradas de su hermano, el cual con aire receloso y cauta sonrisa pronunció las palabras siguientes :

—Querida Luisa, ¿me estás urdiendo alguna mala pasada?

—¿Yo?..... exclamó la Marquesa, verdaderamente sorprendida.

—Tu afan por que me case ántes de dos meses con la opulenta criolla es capaz de hacer que te pongas de parte de mi rival y me vendas.

—Te juro que no..... te lo juro.

—Me parece que has hecho ese juramento con todo tu corazon; pero perdóname, hermosa criatura; yo no me fio de los juramentos de las mujeres, y necesito un testimonio más irrefragable.

—¿Qué testimonio quieres?

—Uno sumamente sencillo; coge la pluma y escribe á mi futura suegra una carta diciéndole que estoy loco por su hija, y que por lo mismo quiero asegurarme de su afecto para ser el hombre más rico—¿qué digo?—más feliz del mundo, y que pido un año de prueba para su cariño y de martirio para mi corazon..... ¿Me entiendes?

—Sí, contestó la Marquesa, sentándose delante del escritorio; escribiré lo que quieras.

Admirado Javier de la docilidad de su hermana y conociendo los arranques de su carácter, temió que escribiera todo lo contrario de lo que él había dicho, y seguía atentamente el movimiento de la pluma con que la Marquesa escribía, esperando ver el contenido de la carta.

Terminada ésta, Luisa la dobló, colocándola dentro de un sobre, puso el sobre-escrito y se la entregó á su hermano abierta para que pudiera leerla, como así lo hizo, mostrando en el curso de la lectura, por medio de gestos y ademanes expresivos, agradables sorpresas.

—Bravo, exclamó, metiendo de nuevo la carta en el sobre; no se puede decir ménos ni se puede pedir más..... Tienes un talento de primer órden; un talento de mujer como no conozco ninguno. Te voy á deber la felicidad de un año y despues trescientos mil duros de renta. Abrázame, hermana, abrázame.

Los dos hermanos se abrazaron en el momento en que Fermin apareció en la puerta anunciando una visita, para la que la

señora Marquesa estaba siempre en casa.

—Que pase, dijo ésta.

Javier se desprendió de los brazos de su hermana, hizo una graciosa pirueta y ocultó en el bolsillo la carta que acababa de leer, diciendo :

—Yo la mandaré á su destino..... Ahora, querida mia, puedo con toda seguridad presentarte á mi secretario.

La visita estaba en la puerta del gabinete y era Matusalem en persona, que habiendo visto la pirueta del Duque, se quedó suspenso, temiendo interrumpir aquella íntima conferencia, en la que los dos hermanos tratarían probablemente algun grave asunto de familia.

La Marquesa lo vió, y dejó ver en su rostro un gesto de profundo desprecio, y no pudiendo contenerse, dijo :

—Adelante, caballero, adelante; llega usted en un momento propicio, pues acabo de caer en una debilidad imperdonable.

—¡Una debilidad! exclamó Matusalem entrando; dichoso el hombre que pueda dar testimonio de ella.

La Marquesa creyó advertir en estas palabras cierto acento de ironía.

—Muy dichoso, añadió Javier, pues yo soy el mortal afortunado; digo mal, el mortal infeliz que acabo de obtener el plazo de un año para decidirme á ser dichoso. Y aquí apelo al juicio de V., que tanta influencia ejerce sobre el ánimo de mi hermana. ¿Qué hombre pediría el plazo de un año para resolverse á tomar trescientos mil duros de renta?

—Ninguno, contestó Matusalem inmediatamente.

—Pues hé ahí mi debilidad, dijo la Marquesa, puesto que he consentido en ello.

—No me sorprende, replicó Matusalem, ese rasgo de bondad, porque la señora Marquesa no es muy aficionada al matrimonio. La he oído decir muchas veces que morirá viuda.

—Lo he dicho y lo repito. Solo hay un caso en el que decidiria casarme.

—¿Caso improbable, por supuesto? preguntó Matusalem.

—O caso probable, contestó la Marquesa.

La pregunta de Matusalem era el resúmen de sus temores, y la respuesta de Luisa era el resúmen de sus esperanzas.

Javier intervino, diciendo :

—El papel de marido es sumamente difícil..... Si es demasiado exigente es un tirano, si es demasiado complaciente es una víctima, y el término medio entre ambos extremos está en ir alargando el momento de convertirse en víctima ó en verdugo. He dicho, y me retiro con permiso de mi graciosa hermana y de su íntimo amigo, porque se acerca la hora de asistir á una comida que me da mi espléndido secretario.

—¡Hola! exclamó Matusalem; ¿ésas tenemos?

—Ésas.

—De lo cual infiero que cayó completamente en el garlito.

—Completamente; pero áun falta el golpe decisivo, porque ella.....

—Es ella, añadió Matusalem y basta..... Ella es siempre ella.

La Marquesa oía y callaba.

—Vamos á ver, dijo el Duque, me en-

cuentro en presencia de una mujer que todo lo adivina y de un hombre que todo lo sabe, y á los dos les pregunto: ¿cómo se llega á poseer el corazon de una mujer?

Ufano Matusalem por aquella comparacion, que tanto lo acercaba á la Marquesa, dijo con aire de superioridad incontestable:

—El corazon de la mujer no se posee nunca.

Luisa se puso de pié, y con el ademan majestuoso de una reina ofendida pronunció estas palabras:

—Los hombres que no saben comprender el corazon de la mujer, no llegan á poseerlo nunca.

—¿Qué dice V. á eso?..... preguntó Javier.

Matusalem se echó á reir, y con una audacia que asombró á la Marquesa contestó:

—Digo á eso, que cualquiera, al oir tales palabras, creeria que la inaccesible viuda, desesperacion de los hombres, está perdida-mente enamorada.

Luisa no se dignó contestar, y tirando

violentemente de un cordon de seda, hizo venir á un criado y pidió la comida, diciendo á su hermano :

—Javier, he accedido á tus locos deseos; cúmpleme la palabra.

El Duque salió miéntras la Marquesa, apoyada en el brazo de Matusalem, se dirigia al comedor.

Al sentarse en la mesa, dijo :

—Amigo mio, viene V. hoy terrible.

—Un poco.

—¿Se puede saber la causa?

—Sí.

—Veamos.

Matusalem cogió la servilleta reuniendo las cuatro puntas, y como si hubiera algo dentro de ella, se la presentó, diciendo :

—Señora, elija V. la paz ó la guerra.

—Elijo la guerra, contestó la Marquesa.

Ambos adversarios cruzaron sus miradas lo mismo que se cruzan dos espadas, y Matusalem dijo :

—La guerra..... sea.

Hubo un largo silencio, tan largo que duró toda la comida, hasta que servido el

café, la Marquesa hizo retirar á los criados, y volviéndose á su íntimo amigo, clavó en él sus hermosos ojos, diciendo:

— He aceptado la provocacion y espero el ataque.

Matusalem se irgió, no como el soberbio romano al sentir la punta de la lanza enemiga en la plancha de su escudo, sino como la fria víbora que agita la cabeza en el aire buscando dónde clavar sus dientes envenenados.

Se irgió, pues, dió á su semblante la atrevida expresion del triunfo, y con sonrisa victoriosa se dispuso á empezar el rudo combate que presenciaremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIII.

Ojo por ojo y diente por diente.

— Señora, dijo Matusalem: el corazón de la mujer no se posee nunca, y desgraciado el hombre que funde su dicha en pretensión semejante; pero son muchas las mujeres que allá en el fondo de su corazón llevan escondido un secreto que compromete su decoro ó su vanidad, que puede exponerlas al desprecio de las gentes que el mundo llama honradas, ó lo que es peor, al ridículo, siempre ansioso de víctimas que devorar. Pues bien, poseer ese secreto, tenerlo en la mano, como yo tengo esta preciosa taza de china noblemente marcada con una ilustre corona de marquesa, es poseer más que su corazón inconstante, porque es poseer su vida, es tenerla en la mano como á la pobre mosca que

se coge al vuelo. Tal es, señora, mi primer golpe.

Echó Luisa hácia atrás su arrogante cabeza, dilatáronse las movibles ventanas de su nariz fina y correcta, buscando aire con que avivar el incendio de su indignacion, y con acento de reposada cólera contestó:

—Si hay un hombre—y creo que lo hay—capaz de abusar cobardemente del secreto que una mujer le ha confiado, ó que él pérfidamente ha sorprendido y alevosamente posee, ¡ay amigo mió! ese hombre es un infame..... Ahí tiene V. mi primer quite.

Matusalem, tosiendo para hacer su voz más clara, replicó de este modo:

—La violencia mal contenida con que ha intentado V. parar el golpe, prueba que iba bien dirigido y que ha llegado al fondo del alma, y dejando á un lado lo desabrido de la palabra *infame* que acaba de salir de tan risueños labios, yo pregunto: ¿qué hace la mujer ante el hombre que posee su secreto, que es dueño de su vida, que es árbitro de su vanidad ó de su honra, si este hombre exige algo en cambio de su silencio?

—¿Qué hace?..... preguntó la Marquesa echando fuego por los ojos. Es cosa bien sencilla, que no ha debido escaparse á su perspicacia. A semejante hombre se le aplasta sin misericordia, como se aplasta á la víbora que se atreve á levantar su repugnante cabeza delante de nuestros piés.

—Muy bien dicho, exclamó Matusalem. Ya sabía yo que iba á tener delante un enemigo fogoso, un enemigo impaciente, que en vez de reservar sus bríos para la defensa, se descubriría lanzándose sin reflexion á la ofensiva. Muy bien; no puedo ménos de aplaudir ese rasgo de valor digno de un pié ménos pequeño y ménos delicado; pero siento en el alma que V., tan hábil en la música, tan diestra en la pintura, que canta como un ángel y pinta como Velazquez, no sea tan fuerte en punto á historia natural; porque ha de saber V., bella Marquesa, que es muy peligroso aplastar á una víbora, pues es un reptil de rápidos movimientos, que tiene la malísima costumbre de morder sin misericordia precisamente cuando lo pisan.

La Marquesa debió comprender la fuerza

de las dos observaciones hechas por su adversario, y debió advertir al mismo tiempo que se las había con un enemigo más temible de lo que pensaba. Así es que apaciguó la airada expresión de su semblante, templó el fuego de sus ojos, y dando á la voz algo de su habitual dulzura, dijo tranquilamente:

—Cierto; es peligroso pisar una víbora, porque ese reptil venenoso muerde con la rapidez del rayo; mas cuando se nos pone delante se la aplasta, porque no hay más remedio que aplastarla. No es un acto heróico, pero es necesario, más aún, es justo.

Sonrióse Matusalem con fina galantería é inclinó la cabeza, replicando:

—No dirá V., señora, que me falta generosidad, pues veo que ha acogido V. mi advertencia, y se coloca en terreno más firme. Yo soy un adversario leal que estudio mucho á mi enemigo; que me precavo contra todas las eventualidades, que no entro en lucha sin estar seguro del poder de mis armas, pero cuando se trata de acometer, acometo de frente. Créame V., Marquesa, yo soy un amigo muy razonable y no

quisiera que llegára V. á comprender nunca que soy un enemigo muy temible. Le he presentado á V. la paz y la guerra. Usted ha elegido la guerra y hemos empezado la lucha, en la que si hay ventaja, es mia. Estamos, pues, en guardia; V. colérica y yo sereno; V. ciega, yo viendo con perfecta claridad. En situacion tan favorable para mí, recuerdo las finas atenciones de que le soy deudor, y llevo mi generosidad hasta el punto de proponer la paz.

—Vamos, exclamó Luisa, eso es batirse en retirada, y no tendria inconveniente en aceptar la paz que V. me propone, si no sospechára que ha de ser una paz ignominiosa, mucho más dura que la guerra con enemigo tan temible, y en todo caso sería una paz armada hasta los dientes, porque á los amigos como V. hay que tenerlos siempre en la punta de la espada.

—Marquesa, eso no es propio del talento que todo el mundo le concede á V. Cualquiera en su caso hubiera oido las condiciones de la paz propuesta.

—¡Condiciones!..... exclamó Luisa.

— Condiciones, repitió Matusalem.
— ¡Qué locura!..... Amigo mio, sólo acepto la paz de un modo.

— ¿Cuál?

— Siempre que V. se rinda á discrecion.

— Me rindo, dijo Matusalem, me entrego, me someto, seré ciego, seré mudo y seré sordo, depondré las armas, pero necesito una garantía. ●

— ¿Qué garantía?..... preguntó Luisa.

— Ésta, contestó su adversario: la blanca mano de la ilustre Marquesa; su mano, solamente su mano.

— Nunca, gritó la hermosa viuda en el colmo de su indignacion..... Jamas, jamas. ¡Unirme yo á un hombre semejante!..... Siempre me ha parecido V. despreciable, mas ahora me es V. odioso..... Y llorando de rabia, añadió: Dios mio, Dios mio, ¿qué he hecho para merecer tan inícuo ultraje?

Ni en el ademan, ni en el gesto, ni en la voz, ni en la mirada, ni en la sonrisa, dió Matusalem señal alguna de haberse conmovido. Oyó las airadas palabras de la Marquesa con frialdad terrible, sin enojo y sin sorpresa.

—En ese caso, preguntó, ¿prefiere usted una guerra púnica á una paz octaviana?

—Sí, contestó la Marquesa, enjugando sus párpados; prefiero la guerra..... guerra á sangre y fuego, guerra de exterminio; ojo por ojo y diente por diente.

—Comprendido, dijo Matusalem tranquilamente; mas ante todo conviene aclarar un punto, porque en esta clase de negocios es preciso que haya completa inteligencia. No nos embrollemos y es posible que nos entendamos. No sería extraño que V. creyera, fundándose en la razon suprema de sus poderosos atractivos, que yo, pobre hombre deslumbrado por el brillo de tanta hermosura, habia caido en el lazo de adorar su belleza. Nada de eso, señora; yo admiro sus talentos y celebro sus gracias como ninguno, y no obstante, le aseguro que ni sus gracias ni sus talentos me han quitado el sueño un solo instante ni el apetito un solo dia. No pretendo su amor, porque el amor no es nada; pretendo pura y simplemente su mano..... porque su mano es algo.

Quiso hablar ella, mas debió creer que

aquello no merecia respuesta, y con desden profundo ahogó la palabra en los labios.

Él, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en la Marquesa, esperó sin duda la explosion de un nuevo insulto, pero esta vez se llevó chasco, pues sólo obtuvo un glacial silencio. Entónces anudó su interrumpido discurso, diciendo :

—Veo que no tiene V. nada que replicar á mis aclaraciones, y prosigo : pensando con juicio, he creido que ya es tiempo de poner término á mi tenaz soltería, y resuelto á casarme, encuentro en V. un buen partido que reúne todas las circunstancias que yo apetezco. No es V. niña y es V. discreta ; es usted viuda y no es V. pobre.

—¡Oh..... infamia, infamia! exclamó la Marquesa. ¿Y por dónde, añadió furiosa, ha podido V. imaginar que yo accediera á sus bochornosas pretensiones?..... ¿Qué género de audacia es la que pone esas palabras en su lengua? ¿Qué especie de consideracion me detiene imponiéndome la ignominia de escucharlas?

Diciendo esto se habia puesto en pié, y

saltando como una leona herida, habia cogido el cordon de la campanilla que colgaba junto á una de las chimeneas.

Matusalem, inmóvil, le dijo desde su asiento :

—Calma, señora, calma..... Eso no es defenderse; eso es huir cobardemente, eso es perderse.

La Marquesa se detuvo y él continuó :

—Va V. á llamar á sus criados para que me arrojen á la calle como á un perro..... Va usted á poner el escándalo de mi parte, porque en todo escándalo la mujer es la que pierde..... En mí nadie creerá una violencia, en la que estoy léjos, muy léjos de incurrir, miéntras á V. se lo atribuirán todo, hasta un arretrato de celos; á mí nadie me aborrece, miéntras á V. todas la envidian.

Soltó la Marquesa el cordon de la campanilla, y trémula se apoyó sobre el mármol de la chimenea. Matusalem prosiguió diciendo :

—¿Y todo por qué?..... porque pienso en casarme juiciosamente, porque busco para mí una viuda rica, del mismo modo que la

señora Marquesa busca para su hermano una criolla millonaria.

No encontrando Luisa una réplica abrumadora con que aplastar á su implacable enemigo, apeló al cruel expediente de morderse los labios; y conociendo que la espada de su ira se embotaba en el cinismo empedernido de su adversario, volvió majestuosamente á su asiento, armándose con el puñal del desden, arma favorita de las mujeres, que parece forjada para ellas, y que lo mismo emplean contra el hombre que aman que contra el hombre que aborrecen.

Al sentarse pronunció estas palabras:

—En verdad que me he indignado sin fundamento. ¿Por qué ha de enojarme lo que más bien debe moverme á risa?

—Así me gusta, exclamó Matusalem; ése es el terreno firme que no ha debido V. abandonar ni un momento. De esta manera volveré formalmente al ataque, porque no me gusta herir con ventaja.

—Veamos, dijo la Marquesa, cómo empieza V. el nuevo asalto.

—Pues prepárese V., noble señora, por-

que voy á asestarle el segundo golpe.

—Ya estoy en guardia, contestó ella; y cruzando los brazos, reclinó indolentemente la cabeza sobre el respaldo de la butaca, presentándole, digámoslo así, el pecho.

Matusálem sacó del bolsillo de su exquisito frac un papel que desdobló lentamente, y colocándolo sobre la mesa, leyó en él con rigurosa ortografía los renglones que siguen:

«Le he inferido á V. el agravio de arrojar á sus piés una moneda de oro, y me alegro de haberle ofendido, porque las almas generosas pagan las ofensas con beneficios. No es esta sola la satisfaccion que le ofrezco. Nos hemos encontrado estando á mucha distancia; V. huye del mundo y yo lo detesto. ¡Nos creíamos distantes y estábamos tan juntos!.....

»El que me haga soportable este lujo que me esclaviza, esta sociedad que me adula, estas amigas que me envidian, estos amigos á quienes no estimo, estas miradas que espian, estas sonrisas que muerden, estas conversaciones que hielan, estos placeres que

fatigan, ése habrá resuelto el problema de mi vida, llenando el vacío que hay en mi corazón. Necesito unos ojos que lean en el fondo de mi pensamiento, y unos oídos que oigan la voz de mi alma.

»¿Por qué le escribo yo á V. de esta manera?..... ¿Por qué me inspira tan viva confianza?..... Lo ignoro, porque los sentimientos no se explican. Sé que si el mundo conociera esta carta me despedazaria; pero sé también que pongo en manos de un hombre de honor mi honra de mujer y mi vanidad de marquesa..... ¿Está V. satisfecho?»

Antes que Matusalem leyera el nombre de «Luisa» con que estaba firmada la carta que acabo de copiar, la Marquesa, con un movimiento rápido como el relámpago, la arrebató de encima de la mesa, la estrujó entre sus manos temblorosas, y arrojándola á la chimenea, donde desapareció bajo la onda fugitiva de una ligera llama, dijo con acento trémulo, de satisfaccion, de vergüenza y de ira :

—¿Era ése el segundo golpe?..... pues bien, está V. desarmado.

Llevóse Matusalem el pañuelo á la boca, visiblemente para contener el repentino impulso de una carcajada, y conservando la fria serenidad con que apareció al principio del presente capítulo, replicó dulcemente :

—¿Tan ciega está V., señora, que ya no conoce ni su propia letra? Esperaba ese arranque y he abandonado ese inocente papel al ímpetu de sus manos.

—¿Qué quiere V. decir? preguntó Luisa aterrada.

—Quiero decir..... que no habia de ser tan inocente que expusiera la carta auténtica á las contingencias de semejante atropello. Quiero decir, que el papel que ha condenado V. al fuego de la chimenea era una copia sacada por mí, pues la carta original, la carta auténtica la tengo asegurada de incendios.

—Y bien, exclamó ella.

—Usted misma lo ha dicho: «Sé que si el mundo conociera esta carta me despedazaria.» Nada tengo yo que añadir á esa confesion terminante.

— ¡Y qué!..... volvió á exclamar la Marquesa.

Aquí Matusalem se inclinó respetuosamente, como quien saluda al adversario vencido, y en voz baja y melosa dijo :

— No me negará V., señora, las ventajas de mi posicion; tengo al mundo de mi parte, que la despedazará á V. sin misericordia, si llega á conocer la imprudente carta que un amor indiscreto, que un amor loco ha hecho escribir á la más discreta y á la más bella de nuestras damas. Pero yo no soy vengativo, no guardo en mi pecho ni un átomo de rencor, depongo las armas y vengo de nuevo á proponer la paz.

— Nunca, nunca, nunca..... gritó la Marquesa haciendo sonar su voz como un rugido. Jamas pasaré por esa afrenta. Que me despedace el mundo, que me devore, que me aniquile. Le entrego mi vanidad, mi nombre, mi honra. Seré una víctima que se reirá delante de sus verdugos; pero esposa de usted..... ¡yo mujer de semejante hombre!..... Nunca, nunca, nunca.

Y levantándose con vehemente arrogancia, brillando en sus ojos todo el resplandor de una cólera inmensa, temblando de ira sus labios y atropellándose las palabras en su boca, decía :

—El mundo..... ¿qué me importa el mundo, adulador cobarde de todas las iniquidades que triunfan, cortesano de todas las miserias que brillan, alentador perpétuo de toda maledicencia, eco impaciente de toda calumnia?..... ¿Qué me importa el mundo, donde la virtud ha de vivir ignorada para no verse escarnecida, donde la traicion encuentra aplauso y la lealtad vilipendio, donde la pobreza humilla y el vil metal ennoblece? El mundo..... ¿qué me importa el mundo? ¿Acaso no le he consagrado en el fondo de mi corazon todo el desden de mi alma? ¿No le he arrojado al rostro el guante de mi desprecio, haciéndole á V. objeto de mis distinciones?..... ¿No he desafiado su murmuradora envidia con tan inaudita preferencia?..... ¿No he provocado sus iras levantándolo á V. sobre los demas como al tipo de esta generacion degradada?..... No le he

dicho: ¿veis este sér despreciable, astuto, sin corazon y sin alma, sin valor y sin inteligencia, animado por el instinto salvaje de su egoismo?..... pues este hombre no vale menos que vosotros..... ¿Qué me importa el mundo?.....

El fuego sombrío de la cólera daba un terrible realce á los encantos de la Marquesa; su acento, su actitud, los relámpagos de sus ojos y el tumulto de sus ardientes palabras decian bien claramente que habia estallado al fin en toda su furia la tempestad que rugia en su pecho.

Estaba hermosa, verdaderamente hermosa; su mismo arrebató la hacia arrebatadora; otro hombre se hubiera sentido subyugado ante la explosion de aquel espíritu indomable, ante la fiera arrogancia de aquella mujer débil y sola, ante tanta osadía y tanta belleza; pero Matusalem era inaccesible, por lo visto, á todo sentimiento, y el rayo crujia sobre su cabeza sin herirle.

Con los brazos cruzados, medio tendido en la butaca, clavados sus ojos impassibles en el pálido semblante de la Marquesa, pa-

recia el espectador indiferente de una escena de teatro.

Sabía que cuanto más furiosas son las tempestades, más pronto pasan, y esperaba tal vez que detras de la tormenta vendria la calma, que aquel furor se convertiria en lágrimas, que al valor sucederia el miedo, y permaneció mudo, mientras Luisa respiraba con toda la agitacion de la ira.

—No, prosiguió diciendo; el mundo no me acobarda, no le temo, lo desafio. Y volviéndose á su adversario con majestuoso desden, le dijo: Puede V. publicar esa carta..... yo lo autorizo á V. á ello y juro solemnemente no negarla..... al que dude de su autenticidad yo misma le diré que es mia..... que yo la he escrito para el hombre á quien va dirigida. Me inspira V. compasion y quiero ahorrarle la última infamia; yo le pido, yo le suplico que publique mi secreto..... El mundo no ha visto aún mi corazon..... pues bien, que lo vea. ¿Necesita V. otro ejemplar de mi puño y letra? estoy pronta á escribirlo; el mundo querrá perderme, y yo le digo á V. que va á encontrarme.

Hubo un espacio de silencio, al cabo del que, levantando Luisa el brazo y señalando con imperio hácia la puerta, dijo:

—Caballero, esto ha concluido.

Matusalem se puso de pié como si hubiera sentido el impulso de un resorte, pronunciando estas palabras:

—Señora Marquesa, se apropia V. la victoria demasiado pronto; ha hecho á V. el último esfuerzo y reconozco que ha parado bien el segundo ataque, pero áun me queda á mí el tercer golpe.

—Lo espero, contestó ella; venga pronto.

—Allá va: yo poseo la carta original; mas, señora, ¿quién ha puesto esa carta en mis manos?.....

—¡Quién!..... exclamó la Marquesa.

—Hé ahí un secreto que nunca revelaré; pero otra mujer tan locamente enamorada como V., que del mismo modo desafiára al mundo, entregando su vanidad, su nombre y su honra al ludibrio de las gentes, habria adivinado que ántes que nadie, el objeto de su pasion insensata empezaba burlándose de su amor.

—Imposible, gritó la Marquesa.

—Imposible..... repitió Matusalem; sea; pero el caso es que ha puesto V. su honra de mujer y su vanidad de marquesa en manos de un hombre de honor, y su honra de mujer y su vanidad de Marquesa están en las mias.

Luisa bajó la cabeza, aquella cabeza tan hermosa y tan erguida un minuto ántes, y exclamó con voz desfallecida:

—¡Oh!..... no quiero creerlo.

—Entónces, preguntó Matusalem.....
¿Dónde está la respuesta?

Un rayo de luz debió pasar por los ojos de la Marquesa, pues contestó al punto.

—Eso prueba que la carta no ha llegado á su destino.

—¿Quién la llevó, señora?

—¡Ah!..... yo misma, y el lacayo subió á entregarla.

—En ese caso.....

—No, no, replicó la Marquesa; no es posible.

—¿Cómo se explica entónces que esa carta esté en mis manos?

—Se explica sabiendo que es V. capaz de todo.

—Muy bien; pero ¿quién le ha dicho á usted que ese hombre que V. se ha forjado á su gusto para uso de sus particulares ilusiones no es capaz de burlarse de ese amor tan intempestivo como ridículo?..... ¿Quién le ha dicho á V. que semejante conquista no ha hinchado la vanidad de ese pobre muchacho, rompiendo los diques de toda prudencia y de todo respeto? Y en fin, ¿quién le asegura á V. que ese corazon de veinte y cinco años no ama á otra mujer?..... ¿Quién le ha dicho que ese hermoso vagamundo ha estado esperando en el rincon de su boardilla á que V. llame á las puertas de su cariño?..... ¿Acaso, señora Marquesa, es V. la única mujer que hay en el mundo capaz de enloquecer á un hombre?

Por el visible efecto que estas palabras produjeron en Luisa, comprendió Matusalem que su tercer golpe era mortal; mas vió tambien que se rehizo como el que vislumbra una esperanza repentina, y que metiendo la mano en el bolsillo de su airosa bata,

sacó un papel cariñosamente doblado, y le oyó decir estas palabras:

— Es mio, es mio.

Irritóse al ver el gesto de sarcástica incredulidad con que le replicó su adversario, y añadió:

— Tengo su retrato hecho con mis propias manos, con felicísima memoria; lo tengo en el pabellon del jardin, donde nadie puede profanarlo con sus miradas. No sé cuándo, pero él mismo ha penetrado en el pabellon, y sobre el caballete me ha dejado este papel..... Oiga V., oiga V. lo que en él me dice:

Matusalem prestó atención, y la Marquesa, desdoblando el papel, leyó lo siguiente con triunfal acento:

«Señora, mi retrato es más feliz que yo.»

—¿No dice más?..... preguntó Matusalem pensativo.

— No dice más, contestó la Marquesa.

—¿Y la firma? ¿y la firma?

— Estas palabras no necesitan firma.

Ambos quedaron silenciosos; ella orgullosa de su triunfo; él poseído de un vago te-

mor, porque se sentia débil precisamente en su último reducto.

Aquella mujer indómita lo habia ido arrojando una á una de todas sus posiciones, y empezaba á temer que iba á ser vencido en el último ataque. Mas ¿cómo Miguel habia podido llegar hasta el pabellon del jardin?..... Imposible..... En tal caso, una de dos, ó la Marquesa lo engañaba ó la Marquesa estaba engañada. Creyó lo último más probable, y dijo con cruel sonrisa :

— No hay nada en el mundo más estúpido que el amor. ¿En qué funda V., señora, la autenticidad de ese renglon misterioso?..... Antes que una casualidad inexplicable, y por consiguiente, incomprensible, haya traído al desastrado Miguel hasta el pabellon del jardin, ¿no es más natural que un lacayo del Duque ó cualquier criado de esta misma casa ú otra persona desocupada se haya entretenido en burlarse así de la vana idolatría con que rinde V. culto á ese retrato? ¿No advierte V., señora, en ese renglon anónimo cierto acento de acerba ironía?..... ¿Se hará usted misma víctima de tan grosera burla?

La observacion estaba bien dirigida; la Marquesa no pudo desconocerlo, y sintiéndose vencida, subyugada por la fuerza de esta réplica victoriosa, se dejó caer sobre una butaca, triste, pero no vencida.

Su adversario, aprovechando la ventaja, cargó animosamente sobre el enemigo desalentado.

—Usted, añadió, se ha fingido allá en las nebulosas soledades de su imaginacion inquieta, un hombre que tal vez no existe; pero concedo que pueda ser ese infeliz, cuyo retrato ha copiado V. tomándolo de su propia memoria. Perfectamente; por pasion ó por novelería, por extravagancia ó por celos, V. está prendada de ese hombre; daria usted por él su honra de mujer y su vanidad de marquesa. ¿No es esto? Ahora bien, supongamos que yo consienta en que se ponga al alcance de los encantos que la hacen á V. irresistible, y pregunto: ¿Se casaria usted con él?

—Sí, contestó la Marquesa.

—Señora, replicó Matusalem, ¿casarse con un hombre al cual le lleva V. diez

años!..... ¿Le entregaria V. su vanidad de marquesa á un pobre diablo, su honra de mujer á un desconocido, su corazon á un calavera y su fortuna á un jóven sediento de aventuras y de placeres?..... ¡Pobre vanidad, pobre honra, pobre corazon y pobre fortuna!

La Marquesa se mordió los labios, y Matusalem continuó.

—Señora, dejemos las lisonjas para ocasion más oportuna. Usted es el sol que se pone, y él es el sol que sale.

Luisa dijo:

—Yo lo amo y basta.

—No basta, replicó Matusalem, porque ese hombre ama á otra..... porque yo lo alejaré de V. sin misericordia, porque no lo verá V. nunca.

¡Nunca!..... repitió la Marquesa con una voz semejante á un sollozo.

Sentia á la vez la terquedad del amor y la amargura de los celos; la amenaza de su terrible adversario le habia llegado al corazon; veia que aquel hombre era capaz de todo y empezaba á tenerle miedo.

Él saboreó su triunfo, diciendo :

—Tengo en mi mano su vanidad, su honra y su amor; pero no quiero ser enemigo de tan ilustre dama; le devuelvo el secreto de su vanidad, de su honra y de su amor, y por tercera vez propongo la paz.

Luisa permaneció silenciosa.

—La paz, repitió él marcando bien las palabras; la paz á cambio de la vanidad, de la honra y del amor.

—Pido una tregua, dijo la Marquesa.

—No, contestó Matusalem; los periódicos han de anunciar mañana nuestro matrimonio.

Ignoro lo que hubiera contestado la altiva Marquesa; pero su actitud era abatida mientras su implacable adversario aparecía triunfante; pero nada pudo contestar, porque en aquel momento se oyó rumor de pasos que se acercaban, y abriéndose de par en par la puerta, apareció en ella el Duque seguido de Miguel.

La Marquesa ahogó un grito y Matusalem dió un paso atrás.

El Duque se adelantó diciendo :

—Querida mia', vengo á cumplirte la palabra, y te presento al Sr. D. Miguel Lanuza, mi íntimo amigo primero, y despues mi secretario.

Miguel se adelantó á estrechar la mano que la Marquesa le tendia, y reconociendo en ella á la bella señora de la calle del Príncipe, exclamó algo turbado:

—¡ Ah señora!

Ella, tal vez por disimular el temblor de su mano ó por inspirar confianza al que por primera vez entraba en su casa, oprimió afectuosamente la de Miguel, al mismo tiempo que se dirigia á su hermano, diciéndole:

—Javier, me has sorprendido con tu formalidad, pero no con la presencia de este caballero, pues ya nos conociamos.

El secretario del Duque no dudó ni un momento de que la voz que así hablaba era la misma que habia oido cantar en el pabellon del jardin, pues experimentó al escucharla un íntimo estremecimiento.

—En efecto, añadió con acento conmovido, nos conociamos. Y acordándose de la

moneda de oro que cayó á sus piés en la calle del Príncipe, sintió que el calor de la sangre acudía á sus mejillas.

Casi á la vez se acordó del beso que él mismo habia visto estampar en su retrato, y sintió que toda la sangre se agolpaba á su corazon.

Entre tanto Matusalem, de pié y en segundo término, miraba con ojos atónitos, sin dar crédito á lo que veía.

Aquél era Miguel; pero Miguel espléndido, suntuoso, arrogante; con su hermosa cabeza, su inteligente mirada y su fina sonrisa; bellamente vestido, gallardo en su postura, suelto en sus ademanes. Era Miguel, Miguel, sobre el cual se fijaban llenos de regocijo los hermosos ojos de la Marquesa, y sobre cuyo nombre lanzaba Matusalem en medio de su estupor mil mudas maldiciones.

Aquella era la broma más terrible que podia haber inventado su eterno enemigo..... Aquello no era derribarle el sombrero, hacerle rodar por el arroyo, ponerle un cartel en la espalda al entrar en el teatro ó tiznarle los guantes al subir á la embajada france-

sa..... Era más que todo eso, era destruirle de un golpe el éxito de una hábil intriga, era robarle su sueño de oro, era arrancarle, en el momento mismo en que á iba asirla, la codiciada mano de la Marquesa..... era, en fin, asesinarle.

Y para que fuera más cruel tan terrible broma, él mismo era el autor de ella, él mismo habia afilado el puñal que se hundia en sus entrañas, él habia sugerido á Javier la infernal idea de atraerse á su rival..... él mismo era el que llevaba á Miguel á casa de la Marquesa.

Ante esta consideracion que agitaba el infierno de sus pensamientos, no pudiendo morderse el alma con que lo habia pensado, se mordió la lengua con que lo habia dicho.

Tal era el estado de su ánimo, cuando acercándosele Javier, le dijo :

—Querido Alejandro, creo que tendrá V. mucho gusto en conocer á mi secretario, y yo me tomo la libertad de presentárselo.

Matusalem contestó sonriéndose :

—Hace mucho tiempo que nos conocemos.

Entonces fué cuando Miguel reparó en su antiguo camarada, y sin poderse contener exclamó :

— Oh, tú aquí, Ma.....

La Marquesa soltó una brillante carcajada, y Miguel se apresuró á decir :

— Somos amigos..... íntimos amigos; hace mucho tiempo que no podemos olvidarnos; yo por mi parte aseguro que el dia que no lo veo me muero de tristeza.

— Lo sé, lo sé, añadió la Marquesa; él mismo me lo ha contado y le profesa á V. muy singular afecto. Ahora mismo, estoy segura de ello, se encuentra poseido del más vivo placer al verlo á V. en esta casa. ¿Es verdad, querido amigo?

— Ciertamente, contestó Matusalem con voz segura; este diablillo me ha jugado muy buenas pasadas..... pero estoy vengado..... pues veo que ha sabido aprovechar mis consejos, y que empieza á vivir.

Notó la Marquesa que estas palabras habian causado en Miguel mal efecto, porque, áun cuando rápidamente, pudo advertir que arrugó el entrecejo y se puso encarnado, y

en venganza se volvió á Matusalem, preguntándole :

—¿Cuándo se casa V., Sr. D. Alejandro? Matusalem contestó como un rayo :

Hermosa niña, tengo hecho voto de no casarme hasta que V. se case.

Javier, que no se habia sentado, dijo :

—Señores, no conozco conversacion más entretenida que la de ustedes, pero tengo una cita urgente y me ausento. Si mi secretario tiene la bondad de esperarme aquí, pronto doy la vuelta.

Miguel y la Marquesa se miraron, y Javier, cogiendo á Matusalem del brazo, se lo llevó hácia la puerta, diciéndole en voz baja :

Ella está desesperada y á *él* no dirá V. que no lo tengo bien cogido, Sr. Meternich; la idea fué magnífica; debe V. estar satisfecho.

Meternich contestó con una carcajada, que produjo desagradable impresion en los oidos de la Marquesa.

Despues que el Duque hubo desaparecido, Matusalem se volvió lentamente, metidas

ambas manos en los bolsillos de su primoroso pantalon, cuyo delicado color de lila se destacaba perfectamente bajo la línea correcta del chaleco negro.

Iba al parecer dispuesto á sentarse heroicamente frente á frente de sus dos enemigos y á tomar parte en la conversacion que Miguel y la Marquesa, colocados tambien frente á frente, habian emprendido más con los ojos que con las bocas, más con las miradas que con las palabras. Pero cuando parecia que iba á sentarse se detuvo, observando dos cosas, por cierto bien naturales.

Primera : que la Marquesa, por un movimiento lleno de gracia habia descubierto su precioso pié ricamente calzado, agitándolo con nerviosa impaciencia sobre el fondo oscuro del taburete en que lo apoyaba.

Segunda : que Miguel habia bajado los ojos y contemplaba con avidez el pié inquieto y atrevido de la Marquesa.

Entónces nuestro hombre mudó de parecer, é interponiéndose entre Miguel y Luisa, se acercó á ésta tendiéndole la mano en señal de despedida, pero la tendió inútilmente,

porque la Marquesa retiró la suya, diciendo en voz muy baja:

—Nunca, nunca.

Él se inclinó respetuosamente, contestando en voz tan baja que parecía un soplo:

Señora, ojo por ojo y diente por diente.

Se irguió con toda la gallardía que le fué posible, saludó á Miguel, y como vulgarmente se dice, tomó la puerta, al mismo tiempo que cruzando Luisa sus pequeños piés sobre el terciopelo del taburete, dejando que Miguel decidiera cuál de los dos era más perfecto, decía:

—Siento una viva curiosidad, que V. solo puede satisfacerme.

—Si es así, contestó el secretario del Duque, téngala V., señora, por satisfecha.

—¿Por qué, preguntó ella con voz dulcísima, es V. ménos feliz que su retrato?

En el momento en que la Marquesa hacia esa pregunta, cayó la discreta cortina que cubría la puerta por donde Matusalem acababa de salir, dejando solos á sus dos formidables enemigos, más dueños del campo que dueños de sí mismos.

La respuesta de Miguel puede el lector imaginarla, y dichosa la lectora que no desee averiguar lo que pudo acontecer detras de la cortina que dejo corrida.

CAPÍTULO XIV.

La noche de las visiones.

«Ella está desesperada», le hemos oído decir á Javier, y no le ha faltado razón para decirlo, porque el demonio, que se había propuesto reirse de la señora Gertrúdis, le proporcionó ocasión de poner en manos de Magdalena la carta que Miguel había dejado sobre la mesa de su cuarto.

Con la mejor intención del mundo, la inocente portera, aprovechando un momento oportuno, entregó la carta; la carta cruel que, semejante á un puñal, debía clavarse en el corazón, ya afligido, de la hermosa vecina.

Nunca hubiera esperado la pobre niña que las primeras palabras de aquel hombre ingrato hubieran sido éstas: «Magdalena..... adios..... olvídame»; pero ¿cómo resistirse á

la evidencia de una despedida tan terminante?

«Olvídame» queria decir «adios para siempre», y pensó lo más natural y lo más cruel, lo más probable y lo más terrible: pensó que otra mujer le robaba su dicha. Mas ¿por qué se despedia?..... ¿Quién le obligaba á exhalar aquel adios eterno?..... La inconstancia no se despide, el corazon que olvida es un fugitivo que se escapa y nunca dice: «Me voy»..... Vuelve la espalda y desaparece sin volver la cabeza..... Las palabras que Magdalena tenía delante de los ojos é impresas en el alma eran frias, pero tristes; estaban escritas con decision y con pena, parecian más bien arrancadas por la fuerza de una necesidad invencible que dictadas por la ingratitude.

¿Pero ¿qué obstáculo insuperable se levantaba entre ellos?..... ¿Qué abismo se abria repentinamente entre los dos?

Aquí se perdia en un laberinto de conjeturas el pensamiento de la pobre Magdalena..... queria disculparlo y no encontraba disculpa.

Pensando en la posibilidad de una ingratitud, discurria, y discurria bien, que el amor de aquel hombre habia sido un vano pasatiempo y su carta era una burla..... Empezó mofándose de la sinceridad de su corazón y concluía riéndose de su pena..... Entonces su imaginacion indignada le pedia venganza..... venganza..... porque no hay castigo para los ingratos que alevosamente roban el sosiego de las almas tranquilas.

Ella lo amaba porque él habia querido que lo amase, porque habia encontrado en sus miradas y en sus sonrisas el calor del cariño..... porque sus ojos le habian dicho mil veces que no la olvidaria nunca..... porque habia visto iluminarse su semblante con la luz de la alegría siempre que ella lo miraba, del mismo modo que se ilumina el cielo al asomar la aurora.

Mas tanta ingratitud no era posible; por lo ménos Magdalena no la concebía, sin que una mano poderosa hubiera borrado del corazón de Miguel la imágen de un amor que creía firmemente haber infundido con la mis-

ma fuerza, con la misma constancia que ella lo sentia.

Las mujeres ven siempre, y no siempre ven mal, la mano de alguna mujer en todas las inconstancias de los hombres, y Magdalena, guiada por su instinto de mujer, volvió á fijarse en esta idea, que la heria en el fondo del alma, y vió todo lo que la imaginacion exaltada nos hace ver en casos semejantes, y adornó á la que le robaba su dicha con todos los encantos de la belleza, del talento y de la fortuna.

Cuanto más seductora aparecia en el espejo implacable de su imaginacion, más aguda era su pena, porque experimentaba ese dolor intenso con que se desprende del alma la última esperanza. Por una crueldad propia del sentimiento de que se hallaba poseída, habria preferido verlo muerto ántes que encadenado al cariño de otra mujer. Muerto podia amarlo, consagrando á su memoria un recuerdo perpétuo; podia verle en el fondo de su corazon y hablarle con el pensamiento; pero encadenado á otro amor, viviendo

para otra mujer, era preciso aborrecerle, odiarle, más todavía, olvidarlo, y su corazón inocente ignoraba aún cómo se olvida.

Entonces los celos encendían su espíritu, proponiéndole dos venganzas, una para *él* y otra para *ella*, y su deseo, estallando impetuoso, frenético, le pedía á la naturaleza el dón de todos los encantos, á la fortuna el poder de todas las opulencias, y al cielo el secreto de todas las gracias.

Javier tenía mucha razón al decir que Magdalena estaba desesperada, porque, en efecto, parecía á punto de volverse loca, y en medio de su locura esperaba con ánsia al Duque y se estremecía al pensar si no iría aquella noche. ¡Se veía tan sola!..... que necesitaba un padre, un amigo, un hermano, un corazón con el cual partir el secreto de la pena que ya no cabía en su alma.

Pero el Duque tardaba. Había pasado la hora en que tenía costumbre de ir el hombre generoso que, ahogando su amor, le había prometido ser su padre, su hermano y su amigo, y la pobre criatura, creyéndose abandonada del universo entero, rompió en llo-

rar, entregándose al consuelo de los sollozos y de las lágrimas, porque Juana habia salido despues de oscurecer, como tenía de costumbre, y su hermano sólo se presentaba en la casa á las horas de comer, y eso no todos los dias.

Podia llorar sin testigos, sin espías, sin las duras reconvenciones de su madre, sin las sangrientas burlas de su hermano, y lloró sin consuelo. Tuvo que apartar el costurero para no manchar con sus lágrimas, la tela que cosia.

De pronto clavó en la puerta entreabierta sus ojos cuajados de lágrimas, y prestó atencion suspendiendo el llanto.

Un ruido ahogado, semejante al que produce la lima sorda al rozar el hierro que quiere romper, llegó á sus oidos, y enjugándose los ojos con las manos, se puso en pié.

El ruido cesó un momento, y ya iba á sentarse, persuadida de que el miedo la engañaba, cuando el mismo rumor, siempre ahogado y sordo, volvió á sonar más distinto.

Se acercó á la puerta y la abrió silencio-

samente y tuvo valor para salir á la habitacion inmediata, especie de sala interpuesta entre su cuarto y el cuarto en que Juana dormia.

El ruido se escapaba sordo y tenaz del cuarto de Juana, y Magdalena vió que salia luz por debajo de la puerta.... ¿Sería su madre que habia vuelto? Era posible, porque Juana no salia nunca sin llevarse la llave, con la cual entraba en su casa á la hora que volvia, sin necesidad de que le abrieran.

Podia, pues, ser Juana; pero Magdalena no estaba segura de ello y le pareció prudente asegurarse, porque el ruido seguia más tenaz y más distinto.

Temblando de miedo y andando con las puntas de los piés, llegó hasta la puerta del cuarto de su madre, que estaba cerrada, y oyó el soplo de una respiracion que seguia con cierto compas, si es posible decirlo así, los movimientos del ruido, que cada vez se le hacia más sospechoso.

Casi maquinalmente dobló las rodillas, y apoyando la sien en el suelo, miró por debajo de la puerta.

Por fortuna se hallaba casi tendida, porque si no, hubiera caído.

Junto á la cama de Juana y delante de un pequeño baul, forrado de dura baqueta, vió Magdalena, aterrada, los piés de un hombre.

Su primer impulso fué ponerse de pié, salir á la escalera y pedir socorro; pero el temblor inútilmente comprimido que circulaba por todo su cuerpo no la dejaba levantarse, y permaneció inmóvil, mirando por debajo de la puerta.

Desde allí distinguió una mano que iba y venía en movimientos encontrados, y le pareció que aquella mano cerrada sostenía un pequeño instrumento con el que limaba la cerradura del baul..... Era un ladron..... mas ¿por dónde habia entrado?..... Vana pregunta: los ladrones entran por cualquier parte.

Al miedo sucedió el terror: la pobre muchacha estaba medio muerta, mas no obstante, miraba y veía como si toda la energía de su vida se hubiera reconcentrado en sus ojos.

Vió que la cerradura cedió al fin á la tenacidad de la lima y que el baul se abrió, cansado de una inútil resistencia.

El ladron se sentó en el suelo y comenzó á colocar entre sus piernas uno á uno muchos líos de papel, redondos, estrechos y largos, que sonaban en el suelo con profunda pesadez.

Despues de esta operacion, que duró más de un minuto, el hombre tendió un pañuelo y colocó en él los cartuchos que habia sacado del baul, diciendo casi entre dientes :

— ¡Todo es oro, todo es oro!

El último cartucho se escapó de entre sus manos, torpes quizá por la emocion que le causaba tanta riqueza, y rodó, yendo á esconderse debajo de una silla.

Bajó el ladron la cabeza, buscando el sitio donde se habia ocultado el cartucho, y Magdalena distinguió su semblante horrorizada..... desfallecida..... avergonzada.

Era su hermano, que estaba robando á su madre. Pero su madre, ¿cómo habia adquirido aquel tesoro?

Arrastrándose silenciosamente, por un esfuerzo de su miedo, de su horror y de su vergüenza, llegó á la puerta de su cuarto y

entró en él, exclamando en lo más íntimo de su pensamiento :

—¡Qué madre, Dios mio, y qué hermano!

Allí, sin saber qué hacer, sin voz para gritar, sin aliento para moverse, se dejó caer en una silla, doblando la frente sobre sus manos cruzadas.

De esta manera permaneció algunos instantes, al cabo de los que oyó abrir cautelosamente la puerta que daba á la escalera, y sintió que de igual modo volvian á cerrarla.

El ladron se iba, cargado con el tesoro que acababa de robar á su propia madre..... y Magdalena respiró, porque aquel hermano hubiera sido capaz de asesinarla.

Pronto volvió de su estupor, y alzando la cabeza, aspiró con ánsia, como si quisiera buscar en la atmósfera que la rodeaba la causa de su nueva sorpresa.

La idea de un nuevo crimen y de un nuevo peligro la asaltó súbitamente..... por un sacudimiento supremo de sus fuerzas agotadas se puso en pié, cogió la luz y salió á la

sala, cruzó el pasillo sin detenerse, penetró en el comedor y registró la cocina; mas nada encontró que confirmára su terrible sospecha.

Al volver se detuvo en medio del pasillo y aspiró nuevamente el aire llena de espanto, creyó ver una sombra en la puerta de la sala, una sombra impalpable, que se extendía como se extienden las nubes.

Apoyándose en la pared por no caerse, siguió adelante, y la sombra la fué envolviendo, rasgándose para abrirle paso.

Penetró en la sala y la luz que llevaba en la mano se oscureció, enrojeciéndose como si brillára al traves de un cristal empañado.

La sombra flotaba á su alrededor, llenándolo todo; la luz cayó sobre la puerta del cuarto de Juana, y Magdalena, pálida como la misma muerte, con los ojos desencajados y la boca contraída por el espanto, pudo ver que la sombra salía lentamente por debajo de la puerta del cuarto de su madre.

No se detuvo: el peligro reanimó las fuerzas de su voluntad desfallecida, asió el picaporte y empujó con desesperado empe-

ño; la puerta se abrió violentamente, envolviéndola en una nube de humo.

— ¡Fuego!..... exclamó con voz sofocada.

En efecto, por aturdimiento, ó lo que es más probable, por exceso de precaucion perversa, el ladron, al huir con el tesoro, habia prendido fuego á la cama de su madre.

Salia el humo dando vueltas sobre sí mismo, y entró el aire, encendiendo la llama contenida hasta entónces.

Magdalena retrocedió gritando :

— ¡Socorro!..... ¡Socorro!..... Y la luz se le cayó de las manos.

Quería penetrar en la habitacion incendiada; pero el humo le cerraba el paso; quería huir, quería quedarse, é indecisa en medio de su tribulacion, permanecia inmóvil delante del incendio que empezaba, como si se hubieran agotado á la vez su voluntad y sus fuerzas.

Poco á poco sintió que sus rodillas se doblaban, que se oscurecian sus ojos, que el aire entraba penosamente en su pecho, que le zumbaban los oidos; sintió, en fin, que iba á caer desplomada, cuando la campanilla

sonó suavemente, como la voz de un amigo que llama.

Moviéronse sus piés paralizados, y tambaleándose, con pasos inciertos, pudo llegar hasta la puerta y pudo abrirla.

— Soy yo, dijo Javier entrando.

— Socorro..... Socorro..... exclamó ella con voz ahogada, apoyándose en el quicio de la puerta.

— ¡Qué ocurre!..... preguntó el Duque sosteniéndola.

Ella, casi sin sentido, dejó caer la cabeza en el hombro de Javier, repitiendo :

— ¡Fuego..... fuego!

No vaciló el Duque ni un instante, la suspendió en sus brazos, y oprimido por el dulce peso de tan codiciada carga bajó la escalera.

Alguna vecina curiosa debió presenciar esta escena, pues la voz atribulada de « ¡fuego, fuego!..... » circuló por la casa, poniéndola toda en agitado movimiento.

Entre tanto Javier habia llegado á la puerta de la calle; allí le esperaba su coche, entró en él con Magdalena, diciéndole al lacayo :

Pronto..... á casa.

Partió la berlina como una flecha, haciendo retumbar la calle, al mismo tiempo que Juana llegaba al portal, donde ya un vecino gritaba :

— ¡Fuego!.....

Cuando Magdalena empezó á darse cuenta de lo que le sucedia se encontró reclinada en un magnífico divan de damasco encarnado, dentro de un precioso gabinete adornado con ricos muebles, en el que ardia silencioso el fuego tranquilo de la chimenea, animando con sus reflejos los vivos dibujos de la alfombra de terciopelo que cubria el pavimento.

De pié, apoyado en la chimenea, Javier contemplaba á Magdalena, cuya extrema palidez realzaba la arrogante correccion de sus facciones, dando á las rubias ondas de sus abundantes cabellos un brillo esplendoroso, que envolvía su frente como una aureola, y destacando las suaves líneas de los redondos labios que formaban el delicado contorno de su boca.

Magdalena abrió los ojos..... pero ¡qué

ojos! en ellos se perdía la mirada como se pierde cuando la fijamos en la inmensidad del cielo.

—¿Dónde estoy? preguntó exhalando un profundo suspiro.

—Estás en tu casa, le contestó el Duque, porque estás en la mía, y yo velo por tí como un padre, como un hermano, como un amigo.

Magdalena se sentó, pasó la mano por la frente y dijo:

—¡Ah! no estoy bien aquí.

Inclinóse Javier sumisamente, y replicó diciéndole:

—Manda y serás al punto obedecida.

Después de un momento de duda, en que dejó ver claramente las vacilaciones de su espíritu, añadió:

—A lo ménos que venga mi madre.

—¡Tu madre! exclamó el Duque, moviendo la cabeza..... Bien..... tú lo quieres, vendrá.....

—No, no, gritó Magdalena con angustia; que no venga.

Y ocultando el rostro entre sus manos y

dando franca salida á las lágrimas que acudían á sus ojos, sollozó estas palabras :

— ¡Ay..... yo no tengo madre!

Entónces el Duque tomó un plato de porcelana que se hallaba sobre el mármol de la chimenea, que contenía una taza y una cucharilla de oro, con la que, agitando el líquido de color de ópalo que había en la taza, se acercó tímidamente á Magdalena, diciéndole :

— Una cucharada de este calmante reanimará tus fuerzas abatidas..... Vamos..... No me niegues este favor, que te pide un amigo.

Y diciendo y haciendo aproximó la cucharilla de oro á los labios de Magdalena, que agradecida absorbió la pequeña cantidad del calmante que tan buen amigo le ofrecía.

Éste, por su parte, se retiró, colocando de nuevo el plato sobre la chimenea. Despues volviéndose á Magdalena, le dijo :

— Acaso mi presencia te cause inquietud; lo comprendo y no me ofende, y voy á dejarte en completa libertad..... Cerca de aquí tienes criados, que acudirán ansiosos de servirte con sólo que agites ese cordon de seda

que cae sobre el divan..... yo voy á saber lo que pasa y á traerte noticias seguras.....

Nada replicó Magdalena, que continuaba sollozando, y el Duque salió del gabinete, cerrando la puerta.

Al pasar por una de las antesalas que conducian al recibimiento llamó al criado de más confianza y le hizo las siguientes advertencias :

— Nadie entrará en el gabinete de damasco si la señorita no llama.

— Bien, señor, contestó el criado.

— Si llama entras tú, y si necesita una doncella, que éntre Rosalía.

— Bien, señor, volvió á decir el criado.

— Puede que quiera salir de casa, y si así fuese, entretenedla discretamente, impidiéndolo hasta que yo vuelva.

— Bien, señor, repitió por tercera vez el criado,

El ruido que produjo la berlina al salir de nuevo á la calle sacó á Magdalena del abismo de sus crueles reflexiones.

Su atribulado espíritu pasaba alternativamente de la carta de Miguel al crimen de su

hermano, y del crimen de su hermano al tesoro de su madre, y cada uno de estos tres pensamientos desgarraba su alma, causando en ella tres heridas mortales.

Miguel le producía inmensa pena.

Juana, repugnancia invencible.

El hijo de Juana, horror profundo.

En un mismo día se encontraba por un triple golpe de su negra fortuna sin el ídolo de su corazón, sin madre, sin hermano y sin casa.

— Es muy triste esto, exclamaba entre el hervir de sus sollozos; un amante que me engaña, un hermano que me deshonra y una madre que me vende: ni amante que me defienda, ni madre que me ampare, ni hermano que me proteja..... ¡Me encuentro sola, sola en el mundo, entre el abandono del hombre que huye de mí, la codicia de una madre que no es mi madre y la maldad de un hermano que no es mi hermano.

Pensando así llegó á sus oídos el ruido del coche que salía de la casa, y anudando sus reflexiones, dijo:

— Se va..... Es un hombre generoso, su

conducta no puede ser más delicada; desde que me prometió ser mi padre, mi amigo y mi hermano no he visto en él más que la solicitud de un padre, el interés de un amigo y el cariño de un hermano..... ¡Qué diferencia, Dios mio..... qué diferencia! Si yo pudiera amar á este hombre, lo amaría con toda mi alma.

Aquí se detuvo, más meditabunda que afligida, y trascurrido un instante se puso de pié diciendo:

— No, no, yo no debo permanecer aquí, yo no he debido venir á esta casa, y es preciso salir de ella.

Sin detenerse asió el cordon de la campanilla, y en el momento de sacudirlo con el ímpetu del que llama con repentina urgencia, contuvo su mano y se replicó á sí misma:

— Huir es una ingratitud..... es hacer una ofensa á su generosidad..... esperaré.

Mas debió asaltarle la idea contraria, porque exclamó:

— Quedarme aquí es un peligro.

Se ve, pues, que la razon ¡pobre razon humana! le decia: «espera», mientras su ins-

tinto, su corazón, el pudor de su alma le decía: «huye.» Sin rendirse su voluntad ni á la razón ni al instinto, buscaba un término medio, un recurso que no la obligárá á huir del único sér que la protegía, ni á quedarse sola, abandonada de todos, en la opulenta casa del único hombre que la amaba.

No le temía á él, no se temía á sí misma, pero le temía al mundo.

Mas ¿dónde ir, dónde refugiarse?..... Se acordó de la señora Gertrúdis, pero inmediatamente rechazó este recuerdo, movida por la dignidad de su amor..... No quería ver más aquella casa, ni quería volver á pasar por aquella calle..... Era la resolución heroica de su cariño ofendido.

Sofocada por el calor de sus propios pensamientos, buscó aire que respirar..... aire libre que refrescára el ardor que abrasaba su cabeza, corrió una cortina colgada enfrente de la puerta por donde el Duque había salido, y se encontró, no una ventana, sino otra puerta, que abrió, recibiendo sus ojos la luz de la luna, que entraba al través de los cristales de la galería que daba al jardín.

Al pronto no vió más que la claridad del cielo; pero después distinguió perfectamente los objetos que tenía delante, y salió á la galería. En ella encontró una escalera alfombrada, que hundiéndose en el muro y retorciéndose sobre sí misma como una serpiente, subía en cómoda espiral hasta el piso principal de la casa.

Aquella escalera oscura fué para Magdalena un rayo de luz, y comenzó á subir asida al pasamano, diciéndose:

— Ésta debe ser la escalera que pone en comunicacion los cuartos de los dos hermanos. Si la Marquesa está en su casa, es bondadosa y me recibirá bien..... Si no está, la esperaré..... Sí, sí, podré esperarla, porque la doncella me conoce. Aquí me refugio..... No se ofenderá el Duque de que yo busque contra la maledicencia un amparo en su hermana..... Esto no es huir ni es quedarse.

Con estos pensamientos llegó al fin de la escalera, que no estaba cerrada por puerta ninguna y que desembocaba en otra galería igual á la que habia dejado.

Entró y no vió á nadie, y se detuvo sin

saber adónde dirigirse, hasta que al fin se adelantó á la ventura, conducida por la desgracia.

La escalera por donde hemos visto subir á Magdalena era, en efecto, la comunicacion interior que existia entre el piso bajo, que habitaba el Duque, y el piso principal, habitado por la Marquesa, y la gálería en que nos encontramos es la misma que al principio del capítulo XII del presente libro vimos cruzar á Mundeta apresurada por el impaciente repiqueteo de la campanilla con que su señora la llamaba.

Sabemos, pues, que esta galería terminaba—y áun pudiera decir termina—por uno de sus extremos en la puerta que, dirigiéndose á la derecha, conducia al gabinete reservado de Luisa, é inclinándose á la izquierda abria paso á la escalera que bajaba al pabellon del jardin; pero nos falta saber que esta misma galería llegaba por el otro extremo á una de las cuatro puertas que simétricamente decoraban el magnífico comedor de la Marquesa.

Magdalena se dirigió hácia la puerta que

daba al pabellon, y trató de abrirla inútilmente comprendiendo que estaba cerrada por dentro, y desandando lo andado, como aquella misma tarde habia hecho Mundeta, se dirigió hácia el extremo opuesto, deslizándose por la alfombra de la galería como una sombra, que hacian más misteriosa el silencio que reinaba en la casa y la fantástica luz de la luna que entraba por los cristales.

Llegó á la puerta que conducia al comedor, como todas las de la casa resguardada por dobles cortinas de tapicería, y entró con sólo levantar la hoja de la cortina que la cerraba el paso, hallándose en una especie de antecomedor iluminado por la luz que despedia un lagarto de bronce pendiente del techo. Cubrian las paredes anchos armarios, conteniendo en variadas vajillas de rica porcelana los dibujos más caprichosos y los más vivos matices.

Esta pieza correspondia á otra enteramente igual que se encontraba al otro lado del comedor, y ambas se comunicaban con él por dos puertas, que formaban las cuatro que ántes he indicado.

Suspensa estaba Magdalena, y casi arrepentida de su precipitada resolución ante aquella soledad y aquel silencio que la rodeaban como la sombra del desamparo en que se veía, cuando creyó oír algo parecido á un suspiro exhalado junto á ella..... Aplicó el oído y percibió el vago murmullo de una conversacion, cuyas palabras no acertaba á distinguir, distinguiendo, sin embargo, dos acentos diversos.

Era indudable que cerca de ella hablaban dos personas, puesto que oía dos voces, y hubiera jurado que una era voz de hombre y la otra voz de mujer.

Sin que ella misma supiera explicarse la causa, sintió un frío mortal, como si toda la sangre se le helara en las venas..... Era aquélla la noche de las visiones, y la pobre muchacha no quería ver más de lo que había visto, y resolvió retirarse, renunciando al amparo de la hermana del Duque.

Se esperó, no obstante, porque el murmullo de la conversacion empezó á ser más vivo y una fuerza desconocida la detenía.

Llegaba á sus oídos el murmullo de aque-

lla conversacion íntima y misteriosa, semejante al rumor que se escapa de las hojas de los árboles movidas por el viento, ó al que forma el agua al caer sobre el agua.

Oia y escuchaba á pesar suyo, porque..... porque..... francamente, cualquiera en su situacion hubiera hecho lo mismo. Además, como no distinguia las palabras, no sorprendia ningun secreto..... Por otra parte, ¿qué personas eran las que hablaban de aquel modo? ¿Sería Mundeta uno de los interlocutores de aquel íntimo diálogo?..... ¿Por qué no?..... En tal caso debia asegurarse de ello ántes de decidirse á volver atras, y siendo Mundeta, la llamaria y asunto concluido.

Mas para resolverse á dar este paso le pareció prudente inquirir si era ó no de Mundeta la voz de mujer que llegaba á sus oidos, y para conseguirlo se acercó á la puerta por donde indudablemente salia el murmullo, y escuchó con atencion profunda.

En esto la voz del hombre debió decir alguna cosa triste ó tierna, porque la mujer no pudo ó no quiso disimular su emocion y dió por respuesta un largo suspiro. Magda-

lena se acercó más hasta apoyar la cabeza en la pared y percibió estas palabras :

—Tenga V. piedad de mí.

No era la voz de Mundeta la que acababa de oír..... era la voz de la Marquesa, y las palabras pronunciadas parecían indicar que se hallaba en algún apuro..... ¿Podría serle útil su presencia en aquel momento?..... Magdalena creyó que sí, y alzando el *portier* entró, pero tuvo que detenerse, viéndose de pronto sumergida en súbitas tinieblas, como si hubiera cegado de repente.

Restregóse los ojos, y no por eso se disipó la sombra que los oscurecía, mas no tardó mucho en reconocer el motivo de oscuridad tan inesperada, y probablemente en otra ocasión ménos crítica se hubiera reído de su aturdimiento.

Se hallaba en el hueco de la pared formado por la puerta, y encerrada entre dos cortinas que impedían el paso de la luz por una y otra parte.

En el instante en que alargaba la mano para levantar la segunda cortina y penetrar en el comedor, sonó la voz del hombre diciendo:

—Éste es, señora, el único amor de mi vida.

La mano de Magdalena entreabrió la cortina y sus miradas se lanzaron como rayos dentro del comedor, porque el acento que acababa de oír había penetrado en su alma.

Miró y vió á la Marquesa indolentemente reclinada, como quien se abandona, como quien se entrega, como quien renuncia á toda resistencia, vencida por el ímpetu de sus sentimientos; delante de ella, casi de rodillas, estrechando una de sus manos y besándola con apasionada ternura vió á un hombre cuya cabeza vigorosamente contorneada no pudo desconocer..... y no vió más, porque sus ojos se nublaron de la misma manera que se nubla el cielo un momento ántes de estallar la tormenta.

Retrocedió en la sombra, salió á la galería, que atravesó como un relámpago, se precipitó por la escalera y entró en el gabinete de donde había salido diez minutos ántes, erguida, con el rostro inflamado, centelleando bajo los párpados el fuego de la ira pron-

ta á estallar. No era Magdalena dulce y risueña, bondadosa y apacible, con sus ojos de cielo y su boca de ángel; era Medea, celosa, furibunda y salvaje.

Ni una lágrima brillaba en sus mejillas ni un suspiro salía de sus labios..... Temblaba, sí, pero no con el temblor del miedo, sino con el temblor de la energía, como tiembla el acero al herir, como tiembla el aire que lleva la tempestad en sus alas.

En medio del gabinete, con los puños cerrados y los brazos tendidos, con la audacia en la frente, saboreando el terrible placer de los dioses, parecía la estatua de la venganza, como hubiera podido imaginarla el genio pàgano de los griegos, como hubiera podido salir de las manos de Fídias.

De repente compuso el desórden de su semblante y cruzó los brazos sobre el pecho sin doblar la cabeza, esparciéndose por toda su persona una serenidad sombría, más terrible que el arrebató de su enojo.

Acababa de entrar el Duque, y la contem -

plaba absorto, creyendo que no la habia visto nunca tan hermosa.

Ella se sonrió—solo Dios sabe cómo—y le dijo :

—Usted es el único sér que me ama en la tierra.

—Magdalena, exclamó Javier, ¿qué quieres?..... ¿qué deseas?..... No hay sacrificio que yo no haga.

—Quiero salir de aquí..... quiero que huyamos.

—¿Adónde? preguntó el Duque.

—A Italia, á Suiza..... léjos, muy léjos, contestó ella.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Adelantóse Javier, y ella con la majestad de una reina le tendió la mano, repitiendo :

—Ahora mismo, Duque, ahora mismo.

Él sintió toda la gloria de su triunfo ; pero dudoso aún, dobló una rodilla, cogió la mano que se le tendia y acercó á ella sus labios.

Magdalena, erguida y fria, sintió en su

mano el calor de la boca que la besaba, sin resistirse y sin estremecerse.

Infeliz..... era el primer paso que daba en el camino de la venganza.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO SEGUNDO.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO.—¿Qué será?	5
CAP. II.—Malo, malo, malo.	23
CAP. III.—Empiezan á enredarse los hilos de esta verdadera historia	55
CAP. IV.—Tesis, Hipótesis y Síntesis.	87
CAP. V.—A. Gil y Agudo.	121
CAP. VI.—El almuerzo.	155
CAP. VII.—El canto de la sirena.. . . .	183
CAP. VIII.—El Duque averigua que vale mucho más la maña que la fuerza.	217
CAP. IX.—Juega y pierde.	247
CAP. X.—Donde verá el lector desocupado cómo por huir de Scila se cae en Caríbdis.	275
CAP. XI.—El Jefe de la policía secreta.	307
CAP. XII.—Los dos hermanos.	335
CAP. XIII.—Ojo por ojo y diente por diente.	359
CAP. XIV.—La noche de las visiones.. . . .	393

FIN DEL ÍNDICE.